biblioteca de los confines
dirigida por Nicolás Casullo

NOTA DE ENVÍO

La Colección biblioteca de los confines pretende lo nuevo y lo viejo del tiempo de las ideas. Un tiempo inmemorial de raiz mítico poética que nunca dejó de anudar relatos para convertirse en historia de las interpretaciones, en historia de lo real. Libros de pensadores, de ensayistas, de teóricos. A la vieja ciudad letrada no dejan de arribar, o cada tanto vuelven a encenderse, obras. Ese indomable sello de autoría de quienes conjeturan cambiar con letras las más pequeñas o las más grandes circunstancias.

Escrituras que imaginan entender al hombre y las cosas. Podría aventurarse: obras que hacen el mundo. Pero extraña historia por cierto la de las escrituras. Construyen las escenas de lo que pasó, de lo que pasa, y sin embargo nunca pueden contra la realidad inmediata, contra lo que urge. Como pensó hace algunos años Sartre, "no existe libro alguno que haya impedido a un niño morir". La biblioteca de los confines va en busca entonces de algo de eso: literaturas que hacen el mundo, y al mismo tiempo no pueden casi nada. Desde esa conciencia extrema de lo ilusorio, por lo tanto desde la pura verdad, ofrecerá libros.

biblioteca de los confines

838
69323 c
1ª ed-19
e.2

GUATTARI

CARTOGRAFÍAS DEL DESEO

COMPILACIÓN Y PRÓLOGO
GREGORIO KAMINSKY

R-31.009
BIBLIOTECA



la marca

Cartografía del deseo, Felix Guattari

SOBRE ESTE LIBRO

Está basado en una primera edición de Santiago de Chile, **Francisco Zegers**, 1989. La traducción de la misma estuvo a cargo de **Miguel Denis Norambuena.**

Inagura la Colección biblioteca de los confines, dirigida por **Nicolás Casullo** que surge como una extensión de confines (la revista).

Fue compilado y prologado por **Gregorio Kaminsky**, corregido por Mónica Cabrera, diseñado por **Vanesa Indij** y compuesto en **Indij Lapidus Diseño.**

El lay-out fue realizado en el programa QuarkXPress 3.3, corriendo sobre una Mac Quadra 605. Se han utilizado las tipografías Slimbach para el texto, ORATOR para los títulos; Lucida para biblioteca de los confines y Stone para la marca.

La edición estuvo a cargo de **la marca**, cuya oficina está situada en la calle Virrey Olaguer y Feliú 3059, 2°. La dirección postal es casilla de correo 100, sucursal 26, (1426), Buenos Aires, Argentina; el fax (54-1) 552-1869; el correo electrónico gindij@marca.satlink.net.

Tanto el interior como las tapas fueron impresos en los talleres gráficos Edigraf de la calle Delgado 834, de la ciudad de Buenos Aires, en el mes de marzo de 1995.

Queda hecho el depósito que dispone la ley 11.723

ISBN 950-889-008-8 Impreso en Argentina

© **la marca**

ÍNDICE

7
Prólogo. Un bricolage existencial

17
El capitalismo mundial integrado y la revolución molecular

37
El capital como 'integral' de formaciones de poder

63
Las nuevas alianzas

137
Carta arqueológica

153
Micropolítica del deseo

173
Las luchas del deseo y el psicoanálisis

179
Las dimensiones inconscientes de los servicios asistenciales

187
Cracks in the street

201
Glosario

Prólogo
Un bricolage existencial

Programar una vida no es planificarla y planificar una vida no es diagramarla.

Pierre Felix Guattari: las señas particulares dicen que ha nacido en Oisy, Francia, en 1930, nieto de abuelos boloñeses y que murió en París, en 1992.

Pero su singularidad –su diagrama– desborda esas señas que ocupan, aunque no pueblan, esa vida que se quiso esquizo, una existencia rizomática.

"Cuando tenía seis o siete años, cada noche volvía la misma pesadilla: se me aparecía la Dama de Negro. Se acercaba a mi cama. Yo sentía mucho miedo y me despertaba. No quería volverme a dormir. Una noche, mi hermano me prestó su rifle de aire comprimido, diciéndome que si ella volvía sólo tenía que dispararle. Pero nunca volvió. Lo más extraño, recuerdo bien, es que yo no había cargado el fusil. Pero, la Dama Negra –nadie salvo la Parca– regresó, aunque muchos años después, el 30 de agosto de 1992 bajo la forma de una muerte convencional o sea, humana y lo sorprendió, como suele ocurrir, con el rifle descargado. Guattari sufrió un paro cardíaco en la clínica psiquiátrica La Borde, allí mismo donde trabajó durante cuarenta años junto a uno de sus maestros: Jean Oury.

La muerte, la locura, la institución y la desterritorialización se reencontraron justo en el ámbito emblemático, el 'carrefour' de la negación a la vida. Es verdad que la vida lo abandona a uno pero también ocurre que es uno quien abandona la vida, que la Dama Negra no reclama de tiempos propiciatorios sino que nos asesta como enfermedad, como resentimiento o mala conciencia. Fue allí, en el hospicio, donde Guattari quiso dejarla.

Era un personaje juvenil –cabellos rizados, lentes con aros metálicos, sonrisa de muchacho–, un intelectual francés

'come años' que no requería de la altivez ni la solemnidad para filosofar.

Dentro de las certezas ilusorias del yo, se puede creer que uno planifica o programa la propia vida aunque, en verdad, formamos parte de un tablero donde los dados o las cartas ya están echadas.

"Cuando era niño, vivía en pedazos, un poco esquizo si se puede decir. Luego pasé años y años tratando de volverme a pegar. Mi habilidad al volverme a pegar ha consistido en que saco de los pedazos realidades diferentes (...)".

Guattari fue un verdadero 'bricoleur', ese personaje adorado por los etnógrafos de las culturas; pero verdadero porque su *bricolage* constituye una acción existencial inmanente, no lo seducen las estructuras invariables sino la variación cartográfica y caosmótica. Ser y no sólo adorar al bricoleur, porque este ser es una máquina existencial; el otro es el ser de aquellos que han hecho de su subjetividad una entelequia -seca y hueca-.

"Yo terminé, no, yo terminé es mucho decir, yo comencé a 'repegarme' sólo cuando llegué a los cuarenta años, por un trabajo con un amigo, quien tuvo la capacidad de tener en cuenta todas mis dimensiones".

¿Un *bricolage* tardío?; más bien una retraducción del tiempo lineal e itinerante a un modo dimensional.

Planificar, así, es cortar dimensiones e instituir aquél que se configurará como el PLAN propio, el único y excluyente que destinará gran parte de las fuerzas para que las otras dimensiones -tan propias como LA propia- no aparezcan desterritorializando lo reprimido.

El PLAN retrasa mis mapas y dibuja mi(s) geografía(s).

Programar la vida es circunscribir y territorializar la existencia, hacer objeto de ese sujeto, replegar -¿repegar?- las fuerzas de despliegue.

Diagramar es rechazar el mecanismo iterante-itinerante, es desconocer las huellas o senderos de la vida como una segmentaridad dura, y es reconocerse como pedazos de existencia heterogénea que pueblan y configuran la máquina de nuestra vida.

Aquel que planifica se propone un modo arborescente de vida, mientras que aquel que programa es alguien para quien lo único interesante ya lo abandonó en el origen.

Diagramar es diagramarse, ofrecer recorridos existenciales, rizomáticos.

Si *gobernar es poblar*...entonces *gobernarnos es poblar nuestra cartografía existencial.*

Argelia, Mayo '68, la antipsiquiatría y el psicoanálisis, las radios libres, el marxismo contestatario, la ecología y otros diagramas existenciales que se cruzaron con el suyo -sin duda Deleuze-, éstas son las señas particulares de Felix Guattari, su ADN deseante.

Sin embargo, ésa no debe ser la única ni la satisfactoria identificación del personaje. Guattari mismo subrayaba que estaba hecho de 'demasiados pedazos o lugares', cuatro al menos.

Provenía de la Vía Comunista y de la Oposición de Izquierda; "antes de Mayo 68 nos agitábamos mucho, escribíamos un poco, por ejemplo las nueve tesis de la oposición de izquierda" (*L'Arc*, N°49, 1972).

Otro retazo existencial estaba compuesto por su activa participación en la clínica La Borde en Cour-Cheverny, desde su constitución por Jean Oury en 1953, precisamente el lugar que cuarenta años después elegiría para hacerse uno con la Dama Negra.

Junto a los italianos e ingleses, el trabajo con los psiquiatrizados fue pionero, "tratábamos de definir práctica y teóricamente las bases de la psicoterapia institucional... por mi parte yo trabajaba nociones tales como 'transversalidad' y los fantasmas de grupo".

Jean Oury es un personaje decisivo: "el me dio un lugar de trabajo y de vida". En la clínica de La Borde (extraña colusión significante con el neuropsiquiátrico porteño) comienzan a desarrollarse significativas experiencias de psiquiatría alternativa.

Esto es lo que escribe Jean Oury, su jefe y amigo, acerca de Pierre Felix: "...conocí a Guattari en 1945 gracias a mi hermano Fernand, profesor del que Felix había sido alumno. Felix tenía quince años y yo veintiuno. El militaba en un

movimiento nacido luego de la Segunda Guerra en favor de albergues para la juventud. Ya era un muchacho inquieto, imaginativo al que le interesaban la ideas políticas así como la ciencia y la música. Años más tarde, al finalizar 1950, cuando yo trabajaba en una clínica psiquiátrica de Loir-et-Cher, el vino a verme muy desorientado. Su familia lo había empujado a realizar estudios de Farmacia, cosa que a él no le gustaba en absoluto. Se quedó conmigo, discutiendo mucho, yo lo estimulé para que cambiara de carrera. Mi concepción de la psiquiatría, basada en lo social y lo político le interesaba enormemente; pero como yo no podía estar de lleno en lo social, le propuse ocupar esa función. Fue una especie de contrato que hicimos los dos. El respetó ese contrato hasta el último día. Claro que tuvimos desacuerdos, pero ellos eran parte del contrato. Se instaló en La Borde en 1955 pero ya trabajaba allí desde 1953. Felix era un animador infatigable. Tenía muchos amigos y llevó allí una muchedumbre increíble de etnólogos, psicólogos, filósofos, como Lucien Sebag, Francois Châtelet, Michel Cartry o Pierre Clastres. Además, viajaba sin cesar. Era un paseante, un verdadero punto de encuentro. Tenía una forma muy particular de intervención: le interesaban en su trabajo los problemas de la alienación y la inserción social" (*Liberation*, 31/8/92).

Guattari nunca abandonará la clínica pero La Borde no será su lugar de retiro, ni su remanso sino su 'laboratorio'. Se tratará del espacio donde podrá abandonar el mundo de las coordenadas fijas, establecidas y cuadriculadas para trazar el diagrama que más le convenga. La discusión, los desplazamientos y los cuestionamientos son, como él mismo dice, "la expresión de una subjetividad con cabeza múltiple y prolongamientos impredecibles".

Ante la denominada corriente anti-psiquiátrica, representada por nombres tales como Ronald Laing, David Cooper, Franco Basaglia, Giovanni Jervis y otros, Guattari pudo haberse definido como alguno de ellos: la radicalización de la experiencia psicótica como Cooper; adoptar un rol político activo y convertirse en un protagonista como Basaglia. Sin embargo, Guattari no se estableció en ninguna parte; retuvo de la anti-psiquiatría sus indicaciones filosóficas, morales y

políticas y confrontó todo eso con las experiencias de La Borde, las que criticó cuando alcanzaban el abuso y la equivocación.

Un retazo muy conocido aunque infelizmente mal analizado es que Guattari se formó con Lacan al comienzo de sus Seminarios. Es mejor abstenerse de buscar las huellas lacanianas para así reducir toda lectura de Guattari a sus marcas de origen; él reinscribió esos saberes y no necesitó convertirse en monaguillo ni adorador.

Al comienzo, Lacan tuvo con él... "un trato solícito y amistoso". Su análisis con el maestro fue de siete años y en 1969 Guattari se convirtió en analista, afiliándose a la Escuela Freudiana de París.

"Descubrí poco a poco la otra cara del mito analítico: de pronto me encontré con una treintena de pacientes agarrados a mí buscando protección; debo señalar que guardo de esa época recuerdos de pesadilla: todo ese racimo humano con sus ruegos permanentes, sus problemas que aglutinaban dramas frente a los cuales desfallecía...

¡Cada vez que no me pronunciaba sobre algo ellos creían que ésto se debía a que yo sabía mucho! ¡Háblame! ¿En qué me he echado a perder? ¿Donde está el error? Yo sentía deseos de gritar: ¡no me molesten! Y, un día despedí a todo el mundo y desaparecí durante un año" (*L'Arc*, Op. Cit.).

Esa experiencia será el punto de partida de aquella otra, nomádica y con mil mesetas de fuga: el estudio de las profundas relaciones entre el capitalismo y la esquizofrenia. Textos antes programáticos que enciclopédicos, antes de batalla que de reflexión, antes disparadores que una serena meditación.

Por fin, "..tuve una especie de 'lugar' o de discurso con los esquizos; siempre sentí gran amor hacia los esquizos, siempre me sentí atraído por ellos. Es necesario vivir con ellos para comprender. Los problemas de los esquizos son al menos verdaderos problemas, no problemas de neuróticos".

La política, la subjetividad, la locura, la teoría; retazos existenciales o modos de vida forzosamente desgarrados.

"Necesitaba, no unificar pero si pegar un poco esos cuatro pedazos o lugares y discursos en los que vivía. Ya tenía algunas señales, por ejemplo, la necesidad de interpretar la

neurosis desde la esquizofrenia. Pero no tenía la lógica necesaria para realizar esa pegadura..."

La lógica de ese *bricolage* –si así puede denominarse a aquello que es una política, una ética y una estética de la existencia– será una de las más importantes tareas que llevará a cabo con Gilles Deleuze; un proliferante paralelismo spinoziano de operaciones intelectuales y corporales, físicas y metafísicas.

"Lo que yo esperaba del trabajo con Gilles Deleuze eran cosas como éstas: el cuerpo sin órganos, las multiplicidades, la posibilidad de una lógica de las multiplicidades con sus adherencias sobre el cuerpo sin órganos".

Ese paralelismo es también una simultaneidad y un monismo con proliferaciones omnidireccionales.

"En el *Antiedipo* las operaciones lógicas son también operaciones físicas. Y lo que buscábamos en común era un discurso a la vez político que psiquiátrico, sin reducir una dimensión a la otra".

Esa búsqueda no se constituyó sino en el itinerario de trabajo de un novedoso estatuto de la subjetividad, su producción, sus territorios y los distanciamientos de las formas secularizadas de la individualidad, la intersubjetividad y la ideología objetivista. O sea, del psicoanálisis convencional, la fenomenología y el existencialismo y del estructuralismo en general y marxista en particular.

La geografía guattariana es en gran medida experimental y lo curioso no reside en lo que se va acopiando y acoplando en ese camino sino, al contrario, en la demolición de los saberes ya consagrados alrededor de dominios circunscriptos. Esta tarea de 'viejo topo' demoledor es la cualidad que lo caracteriza. La transversalidad, el concepto más reconocido, será antes un modo de acción –operación y reflexión– que un tránsito abreviado entre dos puntos; menos un atajo de los saberes que un derrotero de una analítica de los poderes.

Los trayectos más propicios: la política y la locura; su territorio de encuentro: las políticas del deseo, las máquinas inconscientes y la cartografía –en cuerpo y alma– del capitalismo mundial integrado.

El hombre dispone de una natural tendencia a resguardar (programar, planificar) su singularidad pero, todos los focos

de singularización de la existencia están recubiertos, sofocados, aplastados, por la valorización capitalista. Su posición es inequívoca y, aquí sí, es invariante de los ideales de juventud: "El reino de la equivalencia general, la semiótica reduccionista, el mercado capitalístico, tienden a aplastar el sistema de valorización".

Sin duda, fue con Deleuze con quien compone el más alto grado de singularización 'a dos'. Lo que esperaba de él no consistía en fabricar una filosofía a dúo sino un 'entredos' de la filosofía.

Deleuze/Guattari. Dice el primero: "El tenía la impresión de que yo estaba más adelante que él y esperaba algo. Era porque yo no tenía las responsabilidades de un psicoanalista, ni las culpas o los condicionamientos de un psicoanalizado. Yo no tenía un 'lugar' y esto me hacía liviano; por ello para mí era gracioso ver hasta qué punto es miserable el psicoanálisis. Pero yo trabajaba únicamente con los conceptos y de manera tímida. Felix me habló de lo que para ese entonces él ya llamaba las máquinas deseantes: toda una concepción teórica y práctica del inconsciente maquínico, del inconsciente esquizofrénico. Y fue entonces cuando tuve la impresión de que él estaba adelante de mí. Pero él con su inconsciente maquínico todavía hablaba en términos de estructura, de significante, de falo, etc. Y era inevitable porque le debía muchas cosas a Lacan (y yo también). Yo me decía que las cosas irían mejor cuando encontráramos conceptos adecuados, en vez de nociones que ni siquiera eran del Lacan creador, sino de la ortodoxia que se creó alrededor suyo. Es Lacan quien dice: no me ayudan. Nosotros lo íbamos a ayudar esquizofrénicamente. Debemos tanto a Lacan, ciertamente, que renunciamos a nociones como estructura, lo simbólico o el significante, que son absolutamente dañinas, y a las que Lacan siempre supo voltear para mostrarles el reverso. Felix y yo decidimos entonces trabajar juntos. Al comienzo nos escribíamos cartas. Luego, de tiempo en tiempo, hacíamos sesiones en donde uno escuchaba al otro. Nos divertimos mucho. Nos enojamos mucho. Siempre había uno de los dos que hablaba demasiado. Sucedía a menudo que alguno proponía una noción que no encontraba resonancia en el otro, y que el otro

no llegaba a servirse de ella sino meses más tarde y en otro contexto. Además leíamos mucho, no libros completos, sino pedazos, fragmentos. Algunas veces encontrábamos en ellos cosas completamente estúpidas que nos confirmaban las fechorías de Edipo y la gran miseria del psicoanálisis. Otras veces encontrábamos cosas que nos parecían admirables y, entonces sentíamos ganas de explorarlas. Y finalmente escribimos mucho. Felix trata la escritura como un flujo esquizo que arrastra toda suerte de cosas. A mí me gusta que una página fluya por todos los bordes, y sin embargo, que en sí misma esté bien cerrada como un huevo. Hay además resonancias, precipitaciones y muchas larvas en un libro. Es por eso que escribimos realmente entre dos" (Entrevista de Catherine Backès-Clement).

El entredos concierne a un proceso de desterritorialización subjetiva de la que adviene una nueva subjetividad transversalizada; allí las identidades poco importan.

Veamos por caso la producción de un texto: es muy posible que el libro *¿Qué es la filosofía?* haya sido escrito exclusivamente por Deleuze. No obstante, en cuanto a la autoría, aparecen tanto el uno como el otro y es muy difícil decir qué pertenece a quien. Como ellos dicen:

¡Qué importa quien habla!

Del mismo modo, parece un tanto inútil establecer y recortar las correspondencias disciplinarias; qué es filosofía, qué es psicoanálisis, qué es historia... Más aún, qué corresponde a la teoría y qué a la práctica.

Al tiempo de irse estaba trabajando en la idea de un nuevo paradigma estético, nuevos focos de subjetivación, acerca de micropolítica de intensificación de las subjetividades. Había llamado la atención con un nuevo foco de atención al que denominó 'caosmótico'.

Se alejaba cada vez más de las referencias paradigmáticas freudianas; le estaban pareciendo no sólo cientistas y religiosas sino también románticas. Se refería a los continuadores de su maestro como 'luteranismo lacaniano'.

Entre sus últimas palabras, encontramos éstas:

"Hay algo que puede ser el disenso, la diferencia, que puede consistir en amar al otro en su diferencia en lugar de

tolerarlo o establecer códigos de leyes para llevar de manera tolerable esta diferencias. La nueva suavidad es el acontecimiento, es el surgimiento de algo que no es yo; que no es el otro, que es el surgimiento de un foco enunciativo".

Guattari se fue; para irse se tomó el tren esquizo y se bajó en la estación La Borde.

Gregorio Kaminsky



EL CAPITALISMO MUNDIAL INTEGRADO Y LA REVOLUCIÓN MOLECULAR[1]

El capitalismo contemporáneo puede ser definido como Capitalismo Mundial Integrado:

1. Porque sus interacciones son constantes con países que, históricamente, parecían habérsele escapado (los países del bloque soviético, China, los países del tercer mundo)

2. Porque tiende a que ninguna actividad humana, en todo el planeta, escape a su control.[1]

Podemos considerar que el capitalismo ya ha colonizado todas las superficies del planeta y que lo esencial de su expresión reside actualmente en las nuevas actividades que pretende sobre-codificar y controlar.

Este doble movimiento, el de una extensión geográfica que se encierra sobre sí misma y el de una expansión molecular proliferante, es correlativo con un proceso general de desterritorialización. El Capitalismo Mundial Integrado (CMI) no respeta las territorialidades existentes; tampoco respeta los modos de vida tradicionales, como los de la organización social de aquellos conjuntos nacionales que parecen hoy día firmemente establecidos. Recompone tanto los sistemas de producción como los sistemas sociales en sus propias bases; sobre aquello que yo llamaría su axiomática propia ('axiomática' en tanto opuesta en este caso a 'programática')[2]. En otras palabras, no hay un

[1]Las notas de este texto pertenecen al traductor.

[2]Para el caso podría decirse que el concepto de 'axiomática' opera en dos dimensiones complementarias:

Primeramente, los principios del sistema dominante aparecen como verdades materializadas que no quieren demostración.

Por lo tanto, las restructuraciones necesarias a la producción del sistema se realizan a partir de su propia práctica, de condición de "sociedad en movimiento" y no a partir de una teorización previa.

programa definido de una vez por todas; siempre es posible, en el contexto de una crisis o de una dificultad imprevista, agregar axiomas funcionales suplementarios o sustraer otros. Ciertas formas capitalistas párecen derrumbarse frente a una guerra mundial o una crisis como la de 1929, pero luego renacen bajo otras formas, encontrando otros fundamentos. Esta desterritorialización/recomposición permanente concierne tanto a las formaciones de poder como a los modos de producción (prefiero hablar de formaciones de poder en vez de relaciones de producción, noción demasiado restrictiva en relación con el tema aquí considerado). Abordaré el problema del Capitalismo Mundial Integrado desde los ángulos siguientes:

1. de sus sistemas de producción, de expresión económica y de axiomatización del 'socius';

2. de las nuevas segmentaridades que éste desarrolla:

a. a nivel transnacional,

b. en el marco europeo y

c. a nivel molecular;

3. de lo que yo llamo: las máquinas de guerra revolucionaria, los agenciamientos de deseo y las luchas de clase, desde el punto de vista de sus objetivos, de sus referencias y de sus modos de acción.

1. LOS SISTEMAS DE PRODUCCIÓN, DE EXPRESIÓN ECONÓMICA Y DE AXIOMATIZACIÓN DEL CMI

a. Sobre la evolución de los sistemas de producción del CMI seré breve e incluso esquemático, dado que este tema ya ha sido largamente desarrollado en otros lugares. Señalemos para empezar que hoy en día ya no sólo no existe una división internacional del trabajo, sino una mundialización de la división del trabajo, una captación general de todos los modos de actividad, incluídos aquellos que escapan formalmente a la definición económica del trabajo. Los sectores de actividad más 'atrasados' y los modos de producción marginales, las actividades domésticas, el deporte, la cultura, etc., que hasta ahora no incumbían al mercado mundial, están cayendo unos tras otros bajo su dependencia.

El CMI integra el conjunto de sus sistemas maquínicos[3] al trabajo humano, de modo que se hace cada vez más difícil el pretender dar cuenta de los valores económicos únicamente a través de una noción cuantitativa de "trabajo socialmente necesario"; dado que lo que resulta pertinente en la asignación de un trabajador a un puesto productivo, no es sólo su capacidad de proporcionar un cierto tiempo de trabajo, sino el tipo de secuencia maquínica que va a introducir en el proceso de producción, en la que entra, evidentemente, un trabajo físico, pero de manera cada vez más relativa. Así, las reivindicaciones sindicales que apuntan a la disminución del tiempo de trabajo, pueden volverse perfectamente compatibles con el proyecto de integración del Capitalismo; y no sólo compatibles, sino incluso deseadas, para que el trabajador pueda dedicarse a actividades financieramente improductivas, pero económicamente recuperables. El ámbito de la integración maquínica ya no se limita únicamente a los lugares de producción, sino que se extiende también a todos los demás tipos de espacios sociales e institucionales (agenciamientos técnico-científicos, equipamientos colectivos, medios de comunicación de masas, etc.). La revolución informática acelera considerablemente este proceso de integración, que contamina también la subjetividad inconsciente tanto individual como social.

[3] *Grosso modo*, la noción de 'sistemas maquínicos' sobrepasa el concepto de máquina en el sentido estricto (sistema cerrado, instrumento, función). La máquina técnica aparece como la extensión instrumental de una dinámica inscrita en el funcionamiento global de la realidad o de sus componentes individuales. En ese sentido 'lo maquínico' recubre cualquier fenómeno procesal físico o abstracto. Todo fenómeno procesal articula niveles y elementos heterogéneos; así, lo maquínico subyace como matriz, acto o resultado (producción) en todo momento o segmento de lo real. Las primeras máquinas técnicas (herramientas) completan funciones que no puede cumplir el 'sistema maquínico' del cuerpo humano, amplifican la capacidad operativa de algunos de sus segmentos (brazo, voz, etc.): estos segmentos responden a un sistema maquínico orgánico, metabólico, que a su vez constituye un segmento de sistemas maquínicos ecológicos, etc. "Los sistemas maquínicos exceden todos los modos de territorio. de territorialización, incluso cuando son considerados en su integración a una cierta mecanósfera, a una cierta etología maquínica, siendo, al mismo tiempo históricos..." (Guattari. Seminario París, 6/2/84. Policopiado *La Machine*, tomo II, pág. 8.).

Esta integración maquínico-semiótica del trabajo humano implica, en consecuencia, que se tome en cuenta, dentro del proceso productivo, la modelización de cada trabajador no sólo a nivel de su saber –eso que ciertos economistas llaman el 'capital de saber'–, sino también en el conjunto de sus sistemas de interacción con la sociedad y con el entorno maquínico (imbricando en este entorno, tanto las máquinas propiamente dichas, máquinas técnicas, como las máquinas semióticas y las máquinas deseantes, que funcionan como un *logiciel*[4] en los comportamientos sociales, en los tejidos urbanísticos, en todos los niveles de sensibilidad, de interiorización de los sistemas jerárquicos, etc.).

b. La expresión económica del CMI, su modo de sujeción semiótica de las personas y de las colectividades, no sólo atañe a una serie de sistemas de signos como el sistema monetario, el bursátil, los aparatos jurídicos relativos al salario, a la propiedad, al orden público. etc. Descansa igualmente en sistemas de servidumbre, pero en el sentido cibernético del término[5]. Los componentes semióticos del capital funcionan siempre en un doble registro: el de la representación (donde los sistemas de signos son independientes y se encuentran distanciados de los referentes económicos) y el del diagramatismo (donde los sistemas de signos se encadenan directamente con los referentes, como instrumentos de modelaje, de

[4] (En francés en el texto). Concepto de informática que se refiere al conjunto de procedimientos de análisis, de programación y a la matriz lógica necesarios al funcionamiento de un sistema de tratamiento de información (computador).

[5] El sentido cibernético de servidumbre se remite a la noción de servomecanismo: sistema de control automático con retroalimentación *–feed back–* ampliamente utilizada en la industria de mecanismos como amplificador de energía, cuya especialidad es el control de elementos. El término "servo" marca aquí una servidumbre mecánica. En este contexto, las personas son concebidas como dispositivos que procesan información para una acción que obedece a las necesidades de un sistema dado. Desde este punto de vista, las acciones humanas se limitan a ser pensadas como 'adecuadas' o no, en cuanto funciones de un sistema global. Para Guattari, entonces, existe una diferencia entre 'sujeción' (del francés: *assujetissement*) que engloba tanto 'servidumbre' (control de elementos infra-personales e infra-sociales), como 'alienación social' (control de las personas globales y de las representaciones subjetivas), y 'servidumbre' en el sentido antes descrito.

programación, de planificación de los segmentos sociales y de los 'agenciamientos' productivos). De este modo, el capital es mucho más que una simple categoría económica relativa a la circulación de bienes y a la acumulación. Es una categoría semiótica que concierne al conjunto de los niveles de la producción y al conjunto de los niveles de la estratificación de los poderes. El CMI se inscribe primeramente en el marco de las sociedades divididas en clases sociales, en clases raciales, burocráticas, sexuales, clases de edad, etc., y en segundo lugar, en el seno del tejido maquínico proliferante. Su ambigüedad con respecto a las mutaciones maquínicas materiales y semióticas características de la situación actual, está en el hecho de que utilizan toda su potencia maquínica, toda la proliferación semiótica de las sociedades industriales desarrolladas, al mismo tiempo que la neutraliza a través de sus medios de expresión económicos específicos.

El CMI favorece las innovaciones y la expansión maquínica sólo en la medida en que puede recuperarlas y consolidar los axiomas sociales fundamentales sobre los cuales no puede transigir: un cierto tipo de concepción del 'socius', del deseo, del trabajo, del tiempo libre, de la cultura, etc.

c. Abordemos el tercer punto, que se refiere a la axiomatización del 'socius' por el CMI Ésta se caracteriza en el contexto actual por tres tipos de transformación: de clausura, de desterritorialización y de segmentaridad.

La clausura. A partir del momento en que el capitalismo ha invadido el conjunto de las superficies económicamente explotables, deja de poder mantener el impulso expansionista que lo caracterizaba durante sus fases coloniales e imperialistas. De este modo, su campo de acción queda clausurado y esto lo obliga a recomponerse constantemente sobre sí mismo, sobre los mismos espacios, profundizando sus modos de control de sujeción de las sociedades humanas. Su mundialización, lejos de constituir un factor de crecimiento, corresponde de hecho a una reformulación radical de sus bases anteriores, que puede desembocar, ya sea en una involución completa del sistema, ya sea en un cambio de registro. El CMI tendrá que encontrar sus medios de expansión y de crecimiento, trabajando las mismas formaciones de poder,

retransformando las relaciones sociales y desarrollando mercados cada vez más artificiales, no sólo en el ámbito de los bienes, sino también en el de los afectos. Propongo la hipótesis siguiente: la característica de la crisis actual –que en el fondo no es tal, sino más bien una *gigantesca reconversión*– es precisamente esta oscilación entre la involución de un cierto tipo de capitalismo que tropieza con su propia clausura y un intento de reestructuración sobre bases diferentes, que conduce al CMI a aceptar, tal cual, su finitud –en particular la de sus mercados– y la necesidad de redefinir permanentemente sus campos de aplicación (inclusive en los espacios 'socialistas', URSS, China, etc.). En otros términos, le es necesario operar una reconversión decisiva, aunque esto implique liquidar completamente sistemas anteriores, ya sea a nivel de la producción o a nivel de los compromisos nacionales, de la democracia burguesa, de la socialdemocracia, etc. Fin pues, de los capitalismos territorializados, de los imperialismos expansivos y paso a imperialismos desterritorializados e intensivos. Abandono de toda una serie de categorías sociales, de sectores de actividad, de zonas básicas de implantación y, por otra parte, remodelación, domesticación de las fuerzas productivas, tendiente a adaptarlas al nuevo modo de producción. Integración desterritorializada, que no es necesariamente incompatible con la existencia de regímenes diversificados y que puede incluso estimular esta diversificación, a condición de que se establezca sobre la base de su axiomática segregativa.

La desterritorialización del capitalismo sobre sí mismo es aquello que Marx había llamado "la expropiación de la burguesía por la burguesía", pero, esta vez, a una escala muy diferente. El CMI no es universalista. No pretende generalizar la democracia burguesa sobre el conjunto del planeta, ni tampoco, por otra parte, un sistema dictatorial. Pero requiere, sin embargo, una homogeneización de los modos de producción, de los modos de circulación y de los modos de control social. Esta es la única preocupación que lo conduce a apoyarse sobre regímenes relativamente democráticos en algunos lugares e imponer regímenes dictatoriales en otros. De manera general, esta orientación tiene por efecto relegar las viejas territorialidades sociales y políticas o, por lo menos,

despojarlas de sus antiguas fuerzas económicas. Pero esto sólo es posible si funciona a partir de un multicentraje de sus propios núcleos de decisión.

Hoy en día, el CMI no posee un centro único de poder. Inclusive su rama norteamericana es policéntrica. Los centros reales de decisión están repartidos por todo el planeta. Y no se trata solamente de estados mayores económicos 'de cumbre', sino también de engranajes de poder que se escalonan en todos los niveles de la pirámide social, desde el 'manager' al padre de familia. En cierto modo, el CMI instaura su propia democracia interna. No impone necesariamente decisiones que vayan en el sentido de sus intereses inmediatos. Mediante mecanismos extremadamente complejos mantiene 'interconsulta' con los otros centros de interés, con los demás segmentos con que debe componer. Esta 'negociación' ya no es política a la manera antigua. Pone en juego sistemas de información y de manipulación psicológica a gran escala, utilizando los medios de comunicación de masa. (Asistimos hoy día, por ejemplo, a una especie de negociación inconsciente del CMI, a propósito de las opciones energéticas: petróleo, energía nuclear, nueva energía, etc.).

La degeneración de las localizaciones concéntricas, de los modos de poder y de las jerarquías que se escalonan desde aristocracias a proletariados, pasando por las pequeñas burguesías, etc., no es incompatible con su mantenimiento parcial. Pero ya no corresponden a los campos reales de decisión . El *poder del CMI* está siempre en otra parte, al interior de mecanismos desterritorializados. Esto lo hace aparecer hoy día como algo imposible de aprehender, de localizar y de atacar. Esta desterritorialización engendra también fenómenos paradójicos como el hecho, por ejemplo, de que se desarrollen zonas de tercer mundo dentro de los países más desarrollados y que, inversamente, aparezcan centros hipercapitalistas desarrollados en zonas de subdesarrollo.

El sistema general de segmentaridad. Hemos visto que el capitalismo, al no estar ya en una fase expansiva a nivel geopolítico, debe reinventarse sobre los mismos espacios, de acuerdo con una especie de técnica de palimpsesto. Tampoco puede desarrollarse según un sistema de centro y periferia a

transformar sincrónicamente. Actualmente, su problema consiste en descubrir nuevos métodos de consolidación de sus sistemas de jerarquía social. Henos aquí frente a un axioma fundamental: para mantener la consistencia de la fuerza colectiva de trabajo a escala planetaria, el CMI tiene que hacer coexistir zonas de super-desarrollo, de super-enriquecimiento en beneficio de las aristocracias capitalistas (localizadas no sólo en los bastiones capitalistas tradicionales) y zonas de subdesarrollo relativo; e incluso verdaderas zonas de pauperización absoluta, de tal modo que la pirámide social se vaya socavando por otro lado. Estos son los extremos entre los cuales se puede establecer una disciplinarización general de la fuerza colectiva de trabajo y una compartimentación, una segmentación de los espacios mundiales. La libre circulación de bienes y de personas está reservada a las nuevas aristocracias del capitalismo. Todas las demás categorías de la población están condenadas a residir en algún rincón de un planeta que se ha convertido en una verdadera fábrica mundial, a la que son agregados campos de trabajo forzado o campos de exterminio a la escala de países enteros (Camboya). Así, el CMI puede hacer coexistir una perspectiva de 'progreso socia' en las zonas ricas (mejoramiento de las condiciones de trabajo desde el punto de vista de la duración de la jornada y de la cantidad de relaciones humanas, etc.) y una verdadera política de exterminación de la fuerza colectiva de trabajo en otras regiones.

Esta segmentación social, esta segregación acondicionada a escala planetaria, es la consecuencia del fenómeno de clausura del CMI. Si el CMI logra cohesionar todos estos segmentos, atravesar las disparidades por él instituidas y ser rey y señor de los más variados sistemas, es gracias a la desterritorialización y a su multi-centraje. Esta redefinición no sólo afecta las cuestiones económicas. Es el conjunto de la vida social el que se encuentra remodelado. Allí en el Este de Francia, donde se vivía de padres a hijos de la industria del acero, el CMI decide liquidar el paisaje industrial. Tal otro espacio será transformado en zona turística o en zona residencial para las elites; se alteran los niveles de vida a escala de regiones enteras. Se ha visto hasta qué punto la instauración del Mercado Común ha reactivado los sentimientos nacionalistas corsos, vascos,

bretones, etc. Nuevas interacciones, nuevos antagonismos surgen entre los segmentos del CMI y los agenciamientos humanos que tratan de resistir a su axiomatización y de reconstituirse sobre bases diferentes.

No enumero aquí todos los demás axiomas de segmentaridad que tienden a regir el conjunto de los agenciamientos moleculares (relaciones familiares, relaciones conyugales y domésticas, función de educación, de justicia, de asistencia, etc.) Todos ellos se ensamblan para modificar y adaptar el modo de valorización de la vida social y económica. ¿A condición de qué merece la pena seguir viviendo en un tal sistema? ¿Qué ataduras inconscientes hacen que sigamos adhiriendo a pesar de nosotros mismos?

Todos estos axiomas de segmentaridad están conectados entre sí. El CMI no solamente interviene a escala mundial, sino también en los niveles más personales. Inversamente, las determinaciones moleculares inconscientes no cesan de interactuar sobre componentes fundamentales del CMI.

2. Las nuevas segmentaridades del CMI

A. La segmentaridad transnacional

El antagonismo este-oeste tiende a perder consistencia. Incluso en las fases de tensión, dicho antagonismo adopta un giro artificial, de juego teatral. Esto responde a que lo esencial de las contradicciones ya no se sitúa en el eje este-oeste, sino más bien en el eje norte-sur; estando claro que para el CMI se trata siempre, a fin de cuentas, de asegurarse el control de todas las zonas que tienden a escapársele, y que existen nortes y sures al interior de cada país. ¿Bastaría con decir, entonces, que la nueva segmentaridad descansa en el 'cruce' entre un fenómeno esencial, que sería una guerra permanente y escondida entre norte y sur, y un fenómeno secundario, el de las rivalidades este-oeste? Me parece que eso sería insuficiente. La separación *Tercer mundo en vías de desarrollo* (o incluso hiper-desarrollado: países petroleros) y *Tercer mundo en vías de pauperización absoluta*, en vías de exterminación, se ha vuelto un elemento permanente de la situación actual. Pero también

intervienen otros factores. La oposición entre el capitalismo transnacional, multinacional, lobbies internacionales, por un lado, y el capitalismo nacional, por otro (oposición que sigue siendo el principio clasificador exclusivo de la mayor parte de los PC locales), ha dejado de ser pertinente desde un punto de vista global, a pesar de subsistir localmente. De hecho, todas estas contradicciones internacionales se organizan entre sí, se cruzan, desarrollan combinaciones complejas que no se resumen en sistemas de eje este-oeste, norte-sur, nacional-multinacional, etc. Proliferan como una especie de rizoma[6] multidimensional, incluyendo innumerables singularidades geopolíticas, históricas, religiosas, etc. Nunca estará de más insistir en el hecho de que la *axiomatización*, la producción de nuevos axiomas en respuesta a esas situaciones específicas, *no proviene de un programa general*, no depende de un centro conductor que dictaría esos axiomas. La axiomática del CMI no está fundada en análisis ideológicos, es parte integrante de su proceso de producción. En semejante contexto, cualquier

[6] La noción de rizoma busca salirse de los modelos explicativos genealógicos arborescentes y de los modelos estructuralistas de representación. En contraposición con la noción de estructura, la de rizoma pretende retener lo proteico y múltiple de un fenómeno, la relatividad de las jerarquías y la discontinuidad de los procesos de evolución, el carácter a-centrado de ciertos sistemas. Un rizoma nunca finaliza un sistema, sino que se sitúa siempre entre sistemas: es un punto multiforme de relevo en un tejido de conexiones cambiantes. Al abordar las segmentaridades del CMI, Guattari señala la ruptura con el modelo arborescente de análisis político: análisis que construye el núcleo fundamental a partir del cual se establecen las ramas fundamentales, y así, sucesivamente, hasta obtener una imagen jerarquizada, ordenada, de las relaciones sociales, económicas, etc. La noción de rizoma introduce la idea de transversalidad y de nomadología como saber del viaje y del movimiento, como saber en viaje y en movimiento. A través de esta idea se combate la matriz genealógica del árbol-raíz sustituyendo la pragmática del ESTRATO ANÁLISIS MICRO-POLÍTICO. "Resumamos los caracteres principales de un rizoma: a diferencia de los árboles o de sus raíces, el rizoma conecta un punto cualquiera con otro punto cualquiera, y cada uno de sus trazos no remite necesariamente a trazos de la misma naturaleza, pone en juego regímenes de signos muy diferentes e incluso estados de no-signos. El rizoma no se deja reducir ni a lo Uno ni a lo múltiple. No es el Uno que se convierte en dos, ni tampoco que se convertirá directamente en tres, cuatro o cinco etc. No es un múltiple que deriva del Uno, ni al que se añadiría el Uno (n + 1). No se compone de unidades sino de dimensiones" (Deleuze, Gilles/Guattari, Felix. *Rizoma*. Introducción.).

perspectiva de lucha revolucionaria circunscrita a espacios nacionales, cualquier perspectiva de toma del poder político por la dictadura del proletariado, aparece cada vez más ilusoria. Los proyectos de transformación social están condenados a la impotencia, si no se incluyen en una estrategia de cambio a escala mundial.

B. LA SEGMENTARIDAD EUROPEA

La oposición entre Este y Oeste dentro de Europa también está llamada a evolucionar considerablemente en los próximos años. Aquello que nos parecía un antagonismo fundamental se revelará quizás progresivamente 'fagocitable', negociable a todos los niveles. En consecuencia, nada de modelo germano-norteamericano, nada de retorno al fascismo de la pre-guerra, etc., sino más bien evolución por aproximaciones sucesivas hacia un sistema de democracia autoritaria de un tipo nuevo. Los métodos de represión y control social de los regímenes del este y del oeste, tienden a aproximarse mutuamente; un espacio represivo europeo de los Urales al Atlántico amenaza con reemplazar el actual espacio jurídico europeo. Y los partidos comunistas europeos no son los últimos en obrar en este sentido. Durante un tiempo ha podido pensarse que la desaparición relativa de la oposición este-oeste en Europa, se vería acompañada por una intensificación de la oposición entre la Europa del norte y la Europa del sur. Pero en esta dirección, tampoco es probable que lleguemos hasta una nueva guerra de Secesión. Aquí una vez más el CMI acomoda su segmentaridad económica y social, en referencia a una estrategia esencialmente mundial. Por otra parte, las amenazas secesionistas dentro de los países de Europa del este, considerablemente reforzadas por el problema polaco, estimularán a los dirigentes occidentales y soviéticos a negociar entre ellos un nuevo *statu-quo*, un nuevo Yalta.

C. LA SEGMENTARIDAD MOLECULAR

En los espacios capitalísticos encontramos constantemente dos tipos de problemas fundamentales:

a. Las luchas de interés; las luchas económicas. Las luchas sociales, las luchas sindicales en el sentido clásico.

b. Las luchas relativas a las libertades que yo asociaría con las *luchas de deseo*, los cuestionamientos de la vida cotidiana, del medio ambiente, etc. en el registro de la revolución molecular.

Las luchas de interés, los problemas de nivel de vida, continúan siendo portadores de contradicciones esenciales. No se trata, en ningún caso, de subestimarlas; sin embargo, podemos plantear la hipótesis de que a falta de una estrategia global, estas reivindicaciones darán pie cada vez más a su propia recuperación, a su integración por la axiomática del CMI. No conducirán jamás por sí mismas a una verdadera transformación social. No volveremos a asistir a enfrentamientos tipo 1848, Comuna de París o 1917 en Rusia; ya no asistiremos más a una ruptura neta, clase contra clase, que inicie la redefinición de un nuevo tipo de sociedad. En caso de conflicto grave, el CMI está en condiciones de poner en marcha una especie de plan Orsec[7] internacional y de un plan Marshall permanente. Los países europeos, Japón y EE.UU. pueden subvencionar a pérdida, y durante un buen período, la economía de un bastión capitalista en peligro. Se trata de la supervivencia del CMI, que funciona, en este caso, como una especie de compañía internacional de seguros, capaz, tanto en el plano económico como en el plano represivo, de hacer frente a las pruebas más difíciles.

¿Entonces qué va a ocurrir? ¿La crisis actual desembocará en un nuevo statu-quo social, en una normalización 'a la alemana', una ghettización de los marginales, un Welfare State generalizado (Estado-Providencia), acompañado de la habilitación parcial de algunos nichos de libertad? Es una posibilidad, aunque no la única. En cuanto nos salimos de los esquemas simplificadores, nos damos cuenta de que países como Alemania o Japón no están exentos de grandes trastornos sociales. Sea como sea, parece que, por lo menos en Francia, la situación evoluciona hacia una liquidación del equilibrio sociológico que, desde hacía varias décadas, se manifestaba por una relativa paridad entre las fuerzas de izquierda y las fuerzas de derecha. Nos orientamos hacia una ruptura de tipo:

[7] Plan Orsec: recurso constitucional del Estado francés que es puesto en pie ante catástrofes naturales o situaciones que provocan alarma pública.

90% de una masa conservadora amedrentada, embrutecida por los medios de comunicación de masas, y 10% de minoritarios más o menos refractarios. Pero si abordamos este problema desde un ángulo distinto, no sólo desde aquél de las luchas de interés, sino también a nivel de las luchas moleculares, entonces el panorama cambia. Lo que aparece en esos mismos espacios sociales, aparentemente encasillados y asepttizados, es una especie de guerra social bacteriológica, algo que ya no se afirma según frentes de lucha claramente delimitados (frentes de clase, luchas reivindicativas), sino bajo la forma de trastornos moleculares difíciles de aprehender. Distintos tipos de virus de esta índole están trabajando el cuerpo social en su relación con el consumo, con el trabajo, con el tiempo libre, con la cultura, etc. (auto-reducciones[8], cuestionamiento del trabajo, del sistema de representación política, radios libres, etc.). En la subjetividad consciente e inconsciente de los individuos y de los grupos sociales, no dejarán de aparecer mutaciones de consecuencias imprevisibles.

3. Nuevas máquinas de guerra revolucionaria, agenciamientos de deseo y lucha de clases

¿Hasta dónde podrá llegar esta revolución molecular? ¿No está condenada, en el mejor de los casos, a vegetar en los ghettos 'a la alemana'? ¿El sabotaje molecular de la subjetividad social dominante se basta a sí mismo? ¿Debe la revolución molecular establecer alianzas con fuerzas sociales del nivel molar (global)? La tesis principal que aquí se sostiene es que los axiomas del CMI (clausura, desterritorialización de los antiguos espacios nacionales, regionales, profesionales, etc.,

[8] Reducir uno mismo y colectivamente el monto de las facturas, cuando el Estado aumenta los impuestos, los arriendos, las tarifas de los servicios. Cuando el mecanismo de fijación de precios se convierte en una máquina de guerra contra los asalariados, la lucha directa de los 'consumidores', las huelgas de usuarios pueden desembocar en 'desobediencia civil'. Este movimiento tuvo una cierta relevancia en las luchas políticas, culturales, etc. que tuvieron lugar en Italia y Francia entre 1972-76.

multicentraje, nuevas segmentaridades), jamás lograrán terminar con ella. Los recursos del CMI son quizás más infinitos en el orden de la producción y de la manipulación de las instituciones y de las leyes. Pero se enfrentaron y se enfrentarán de un modo cada vez más violento, con un verdadero muro o más bien con una maraña de hostigamientos infranqueables en el terreno de la economía libidinal de los grupos sociales. Esto proviene del hecho de que la *revolución molecular* no sólo tiene que ver con las relaciones cotidianas entre hombres y mujeres, homo y heterosexuales, niños, adultos, etc. Interviene también, y ante todo, en *las mutaciones productivas como tales*. La encontramos en el corazón de los procesos mentales puestos en juego por la nueva división mundial del trabajo, por la revolución informática. El desarrollo de las fuerzas productivas depende de ella. Por esta razón, el CMI no podrá esquivarla. La revolución molecular es portadora de *coeficientes de libertad* inasimilables, irrecuperables por el sistema dominante. Esto no significa que dicha revolución molecular sea automáticamente portadora de una revolución social capaz de parir una sociedad, una economía y una cultura liberadas del CMI. ¿No era acaso una revolución molecular la que sirvió de fermento al Nacional Socialismo? De aquí puede resultar lo mejor y lo peor. La conclusión de este tipo de transformaciones depende esencialmente de la capacidad que tengan los agenciamientos explícitamente revolucionarios para articularlas con las luchas de interés, políticas y sociales. Esta es la cuestión esencial. A falta de tal articulación: ninguna mutación de deseo, ninguna revolución molecular, ninguna lucha por espacios de libertad logrará impulsar transformaciones sociales y económicas a gran escala.

¿Cómo imaginar, entonces, que máquinas de guerra revolucionaría de nuevo tipo logren injertarse, a la vez, en las contradicciones sociales manifiestas y en esta revolución molecular?

La actitud de la mayoría de los militantes profesionales con respecto a estos problemas consiste, frecuentemente, en reconocer la importancia de esos nuevos terrenos de contestación; pero añaden enseguida que nada positivo se puede esperar de ellos por el momento: "Es necesario que hayamos alcanzado

primero nuestros objetivos políticos, antes de poder intervenir en cuestiones de vida cotidiana, de escuela, de relación de grupos, de convivencia, de ecología, etc."

Casi todas las corrientes de izquierda, de extrema izquierda, de la autonomía, etc. (esto era manifiesto en Italia en el período del '77), convergen en esta posición. Cada uno a su manera está dispuesto a explotar los "nuevos movimientos sociales" que se han desarrollado desde los años sesenta, pero nadie plantea el problema de forjar instrumentos de lucha realmente adaptados a estos movimientos. En cuanto se trata de entrar en este universo vago de los deseos, de la vida cotidiana, de las libertades concretas, una extraña sordera y una miopía selectiva aparecen en los portavoces 'oficiales'. Les produce pánico la idea de que un desorden pernicioso pueda contaminar las filas de sus organizaciones. Los homosexuales, los locos, las radios libres, las feministas, los ecologistas, en el fondo todo eso es un poco sospechoso. En realidad, esta perturbación proviene del hecho de que lo que se ve amenazado es su persona de militante, su funcionamiento personal; no sólo sus concepciones en materia de organización, sino también sus 'intereses' afectivos en un determinado tipo de organización.

Todo el problema está en que estas organizaciones son asimilables, en un grado u otro, a los equipamientos del poder. Independientemente del hecho de que aquellos que las animan se declaren de derecha o izquierda, funcionan en el sentido del conformismo. Trabajan de modo que los procesos moleculares entren en conformidad con las estratificaciones globales (molares). La verdad es que el sistema del CMI se alimenta precisamente de este tipo de equipamiento de poder. Las economías occidentales no podrían funcionar hoy en día sin los sindicatos, los comités de empresa, las mutuales, los partidos de izquierda y, quizás también..., los grupúsculos de extrema izquierda. No se puede, pues, esperar gran cosa por ese lado. Al menos en Europa, porque en países como los de América Latina, por ejemplo, puede que este tipo de formación tenga todavía que cumplir una función importante. Aunque allí también los problemas relativos a la revolución molecular se plantearán, sin duda, con una agudeza cada vez mayor (problemas raciales, problemas de la mujer, problemas

de las poblaciones marginales, etc.). Toda clase de compromisos, de combinaciones reformistas seguirán gestándose. Toda clase de manifestaciones simbólicas o violentas seguirán animando la actualidad, pero nada de eso nos acercará a un verdadero proceso de transformación revolucionaria.

Henos aquí enfrentados de nuevo con la lancinante pregunta: ¿cómo 'inventar' nuevos tipos de organizaciones capaces de obrar en el sentido de esta confluencia, de este cúmulo de efecto de las revoluciones moleculares, de las luchas de clase en Europa y de las luchas de emancipación en el tercer mundo; organizaciones capaces de responder caso por caso, cuando no golpe por golpe, a las transformaciones segmentarias del CMI que tiene por consecuencia que ya no se pueda seguir hablando de masas indiferenciadas? ¿Cómo conseguirán semejantes agenciamientos de lucha (a diferencia de las organizaciones tradicionales), procurarse los medios de análisis que les permitan no ser sorprendidos ni por las innovaciones institucionales tecnológicas del capitalismo, ni por los brotes de respuesta revolucionaria que los trabajadores y las poblaciones sometidas al CMI experimentan en cada etapa? Nadie puede definir hoy día lo que serán las formas futuras de coordinación y organización de la revolución molecular, pero lo que parece evidente es que implicarán –como premisa absoluta– el respeto a la autonomía y singularidad de cada uno de sus segmentos. Desde ahora resulta claro que la sensibilidad de estos segmentos, su nivel de conciencia, sus ritmos de acción, sus justificaciones teóricas no coinciden. Parece deseable e incluso esencial que no coincidan jamás. Sus contradicciones, sus antagonismos, no deberán ser 'resueltos' ni por una dialéctica imperativa, ni por aparatos de dirección que los dominen y opriman.

Entonces, ¿qué forma de organización?, ¿algo vago, poco definido?, ¿un retorno a las concepciones anárquicas de la 'belle époque'? No necesariamente, e incluso seguro que no. A partir del momento en que este imperativo de respeto a *los rasgos de singularidad y heterogeneidad* de los diversos segmentos de luchas se pusieran en marcha, sería posible desarrollar, sobre objetivos delimitados, un nuevo modo de estructuración –ni vago ni fluido. Las realidades con las que

se enfrentan la revolución molecular y la revolución social, son difíciles; requieren la constitución de aparatos de lucha, de máquinas de guerra revolucionaria eficaces. Pero para que tales organismos de decisión lleguen a ser 'tolerables' y no sean rechazados como injertos nocivos, es indispensable que no comporten ninguna 'sistemocracia', tanto a nivel inconsciente como a nivel ideológico manifiesto. Muchos de los que han experimentado el carácter pernicioso de las formas tradicionales de militantismo, se contentan hoy con reaccionar de manera sistemáticamente hostil frente a cualquier forma de organización e incluso, frente a cualquier persona que quisiera asumir la presidencia de una reunión, la redacción de un texto, etc. A partir del momento en que la preocupación primera y permanente ha pasado a ser la de una auténtica confluencia entre las luchas globales (molares) y moleculares, el problema de la instalación de organismos no sólo de información, sino también de decisión se plantea bajo una nueva luz (a escala global, a escala de la ciudad, de la región, de un sector de actividad, a escala europea e incluso más allá). Con todo lo que eso puede suponer en cuanto a rigor y disciplina de acción, aunque respondiendo a métodos radicalmente distintos de aquellos usados por los socialdemócratas y por los bolcheviques: no pragmáticos, sino *diagramáticos*.

Qué más decir acerca de esta complementaridad (y no sólo coexistencia pacífica) entre:

1. Un trabajo analítico-político relativo al inconsciente social.

2. Nuevas formas de luchas sobre las libertades.

3. Las luchas de las múltiples categorías 'no garantizadas'[9], marginalizadas por la nueva segmentaridad del CMI.

4. Las luchas sociales más tradicionales.

Los pocos esbozos que han surgido en este sentido, a partir

[9] 'No-garantizados': Expresión difundida por los sectores vinculados a la 'Autonomía italiana' (*Potere operaio, Autonomia operaia*), que distingue dentro de las fuerzas de trabajo una serie de sectores de trabajadores no-calificados y no-sindicalizados. Trabajadores que no se benefician de la seguridad social ni laboral. Este término incluye a los desempleados.

Los llamados 'garantizados' responden a todos los trabajadores sindicalizados. Esta diferencia categorial apuntaba a distinguir las posturas

de los años '60 en los EE.UU., en Italia, en Francia, etc., no podrían servir de modelo. Sin embargo, no avanzaremos en la reconstrucción de un verdadero movimiento revolucionario más que a través de múltiples y sucesivas aproximaciones de este tipo, parciales y llenas de altibajos. En esta perspectiva, debemos prepararnos para los encuentros más imprevistos.

Los movimientos obreros y los movimientos revolucionarios, a todos los niveles, están lejos aún de haber comprendido la importancia del debate sobre todos estos asuntos de organización. Les vendría bien ponerse al día siguiendo la escuela del CMI, que por su parte se ha dado los medios de forjar nuevas armas para afrontar los trastornos que engendran sus reconversiones y su nueva segmentaridad. El CMI no posee teóricos en estos asuntos. No los necesita. Le basta con una práctica sistemática; sabe lo que es el multicentraje de las decisiones; no le plantea mayor problema el hecho de no disponer de estado mayor central, ni de una super comisión política para orientarse en las situaciones complejas. (Aunque haga creer en la existencia de estados mayores; de ahí el mito orquestado en torno a la famosa 'Comisión Trilateral'. Se deja creer que "ahí es por donde va la cosa", que ahí es donde hay que apuntar, mientras los verdaderos 'actantes', los verdaderos centros de decisión, están en otro lado.).

Mientras nosotros mismos sigamos dominados por una concepción de los antagonismos sociales, que ya no tiene mayor relación con la situación presente, seguiremos caminando en círculo en nuestros ghettos, nos mantendremos indefinidamente a la defensiva, incapaces de apreciar el alcance de las nuevas formas de resistencia en los campos más diversos. Antes que nada, se trata de darse cuenta del grado en que estamos contaminados por los engaños y trampas del

reivindicativas (y subjetivas) de ambos sectores. Los 'Farantizados' -de obediencia sindical- luchaban casi exclusivamente por más salarios y por la seguridad del empleo. Los 'no-garantizados' al mismo tiempo que reivindicaban el derecho al trabajo, incluían -como diría Guattari- los tres niveles de la ecología: lo mental, lo social y el medio ambiente cuestionando, por lo tanto, el modo de explotación y de producción, y la finalidad de esta última, como también el 'disciplinamiento' del hombre social de la fábrica y el Gran Kronos industrial, como único medidor de los tiempos sociales.

CMI. La primera de estas trampas es el sentimiento de impotencia que conduce a una especie de 'abandonismo' a las fatalidades del CMI. Por un lado, el Goulag; por el otro, las migajas de libertad del capitalismo y, fuera de eso, aproximaciones confusas hacia un vago socialismo del que no se ve ni el inicio del comienzo, ni sus verdaderas finalidades. Ya seamos de izquierda o de extrema izquierda, ya seamos políticos o apolíticos, tenemos la impresión de estar encerrados en el interior de una fortaleza o, más bien, de un enrejado de alambres de púa que se despliegan no sólo sobre toda la superficie del planeta, sino también en todos los rincones del imaginario. Y, sin embargo, el CMI es mucho más frágil de lo que parece y, por la naturaleza misma de su desarrollo, está destinado a fragilizarse cada vez más. Sin duda, en el futuro, el CMI logrará resolver todavía innumerables problemas técnicos, económicos y de control social. Pero la revolución molecular se le escapará progresivamente. Otra sociedad está gestándose desde ya en los modos de sensibilidad, en los modos relacionales, en los vínculos con el trabajo, con la ciudad, con el medio ambiente, con la cultura, en una palabra: *en el inconsciente social*. En la medida que se sentirá sobrepasado por esas olas de transformaciones moleculares, cuya naturaleza y contorno se le escapan, el CMI se endurecerá. Ese es el sentido del temible recrudecimiento reaccionario en París, Roma, Londres, Nueva York, Tokio, Moscú, etc. Pero los cientos de millones de jóvenes que hacen frente a lo absurdo de este sistema en América Latina, en Asia, en África, constituyen del mismo modo una ola portadora de otro futuro. Los neoliberales de toda especie se hacen dulces ilusiones si piensan realmente que las cosas se arreglarán por sí mismas en el 'mundo feliz' capitalista. Podemos conjeturar razonablemente que las más diversas pruebas de fuerza revolucionaria irán desarrollándose en los próximos decenios.

Nos corresponde a todos considerar en qué medida -por pequeña que sea- cada uno de nosotros puede trabajar en el levantamiento de *máquinas revolucionarias políticas, teóricas, libidinales y estéticas* que puedan acelerar la cristalización de un modo de organización social menos absurdo que el que soportamos hoy en día.

EL CAPITAL COMO 'INTEGRAL' DE FORMACIONES DE PODER

El Capital no es una categoría abstracta, es un operador semiótico al servicio de formulaciones sociales determinadas. Su función es asumir el registro, el equilibrio, la regulación y la sobrecodificación de:

1. Las formaciones de poder propias a las sociedades industriales desarrolladas.

2. Los flujos y las relaciones de fuerza relativos al conjunto de las potencias económicas del planeta. Bajo múltiples formas, encontramos sistemas de capitalización de poderes en las sociedades más arcaicas (Capital de prestigio, capital de poder mágico encarnado en un individuo, un linaje, una etnia.). Pero al parecer, es sólo al interior del modo de producción capitalista que se ha autonomizado un procedimiento general de semiotización de la mencionada capitalización. Este procedimiento se ha desarrollado en torno a los siguientes dos ejes:

Una desterritorialización de los modos locales de semiotización de poderes; modos locales que caen bajo el control de un sistema general de inscripción y de cuantificación del poder;

Una reterritorialización de este último sistema sobre una formación de poder hegemónico: la burguesía de los Estados-Naciones.

El capital económico, expresado en lenguaje monetario, contable, bursátil, etc., descansa siempre, en última instancia, sobre mecanismos de evaluación diferencial y dinámica de poderes enfrentados en un terreno concreto. Un análisis exhaustivo de un capital, sea cual fuere su naturaleza, implicaría, por ende, la consideración de componentes extremadamente diversificados, relativos tanto a prestaciones más o

menos monetarizadas, por ejemplo de orden sexual o doméstico (los regalos, las ventajas adquiridas, los 'beneficios secundarios', el dinero para el bolsillo, los peculios, etc.), como a gigantescas transacciones internacionales que –bajo la cobertura de operaciones de crédito, de inversiones, de implantaciones industriales, de cooperaciones, etc.– no son otra cosa que enfrentamientos económico-estratégicos. Desde este punto de vista, toda puesta en referencia demasiado insistente del Capital hacía un equivalente general o bien de las monedas hacia sistemas de paridad fijos, etc., no puede sino esconder la verdadera naturaleza de los procesos de sujeción y de servidumbre capitalistas; a saber, la puesta en juego de relaciones de fuerza, sociales y microsociales, de deslizamientos de poder, de avances y retrocesos de una formación social con respecto a otra, o bien, de actitudes colectivas de arranques inflacionistas a fin de sortear una pérdida de terreno, o incluso imperceptibles tomas de poder que no llegaron a hacerse visibles. Los patrones de referencia no tienen otro rol que el de cómputo, de operador relativo y de regulación transitoria. Una verdadera cuantificación de poderes sólo puede descansar en modos de semiotización conectados directamente con formaciones de poder y con agenciamientos productivos (tanto materiales como semióticos) debidamente localizados en las coordenadas sociales.

1. Trabajo maquínico y trabajo humano:

El valor del trabajo puesto en venta en el mercado capitalista, depende de un factor cuantitativo –el tiempo de trabajo– y de un factor cualitativo –la calificación media del trabajo–. Bajo este segundo aspecto de servidumbre maquínica[1], el valor no puede estar circunscrito a un nivel individual. Primeramente, porque la calificación de una performance humana es inseparable de un medio ambiente maquínico particular. Luego, porque su competencia depende siempre de una instancia colectiva de formación y de socialización. Marx habla frecuentemente del trabajo como la resultante de un 'trabajador colectivo'; pero para él, esta categoría continúa siendo una entidad de orden estadístico: 'el trabajador colectivo' es un personaje abstracto salido de un cálculo que se sustenta en 'el trabajo social medio'. Esta operación le permite superar diferencias individuales en el establecimiento del valor del trabajo, que se encuentra de este modo ajustado a factores cuantitativos unívocos, como el tiempo de trabajo necesario para una producción y el número de trabajadores concernidos. A partir de allí, este valor puede descomponerse en dos partes:

Una cantidad correspondiente al trabajo necesario para la reproducción del trabajo.

[1] En el texto original *asservissement*, del latín *servus* (siervo), tiene un doble sentido:

a. el de servidumbre: tanto la condición de siervo o del esclavo y el acto de subyugar –esclavitud, sujeción, sumisión– en cuanto sistema de dependencia que liga el siervo al feudo; definido el siervo como un individuo que no tiene derechos, que no dispone de su persona ni de bienes cuyos servicios están adscritos a la gleba y, como ella, éstos se transfieren;

b. el sentido cibernético de servomecanismos: sistema de control automático, con retroalimentación (*feed-back*) largamente aplicado en la industria de mecanismos, como amplificador de energías y cuya especialidad es el control de los elementos.

El término 'siervo' marca aquí una servidumbre mecánica. El siervomecanismo, invariablemente, posee como componentes un servo o servo motor (motor eléctrico, hidráulico o de otro tipo) que funciona como elemento de control final.

Los 'sistemas reguladores', en la medida en que tienen entradas (*input*) constantes por largos periodos, y apuntan a mantener la salida (*output*) controlada constantemente, difieren de los 'siervomecanismos', en cuanto estos últimos controlan la salida de acuerdo con la vanación de entrada. Son empleados para mantener el equilibrio de entrada y salida, sean cuales fueren las variaciones y perturbaciones de entrada.

Los siervomecanismos son normalmente diagramas de bloques que revelan la dependencia funcional entre los elementos de un sistema de control.

La entrada y la meta (ideal) del sistema de 'bajo control', que recibe órdenes (entradas) de los 'operadores humanos' corresponden a un sistema hombre-máquina.

En este contexto, los hombres son considerados como dispositivos que procesan (transforman) información para una acción conforme a las necesidades de un sistema dado. De este punto de vista, las acciones humanas se limitan a ser pensadas como adecuadas o no, en cuanto funciones de un sistema global.

Una cantidad constitutiva de la plusvalía, que es identificada con la extorsión de un sobre-trabajo por el capitalista.[2]

Una semejante concepción de la plusvalía encuentra, quizás, su correspondencia, en una práctica contable del capitalismo, pero ciertamente no en su funcionamiento real, particularmente en la industria moderna. Esta noción de 'trabajador colectivo' no debería ser reducida a una abstracción. La fuerza de trabajo se representa siempre a través de agenciamientos concretos, mezclando íntimamente las relaciones sociales con los medios de producción, el trabajo humano con el trabajo de la máquina. También, el carácter esquemático de la composición orgánica del Capital –que Marx divide en Capital relativo a los medios de producción (Capital constante) y Capital relativo a los medios de trabajo (Capital variable)– debería ser cuestionado.

Recordemos que Marx distingue la composición de valor del Capital (Capital constante, Capital variable) relativo a la masa real de medios de producción comprometidos en la valorización de un Capital y la cantidad objetiva de trabajo socialmente necesario para su puesta en marcha. Pasamos así, de un juego de valor de signo, a un juego de relación de fuerza material y social. El modo de producción capitalista –con los progresos del maquinismo– desembocaría inevitablemente, según Marx, en una disminución relativa del Capital variable con respecto del Capital constante, de la cual él deduce una ley de baja tendencial de la tasa de beneficio (ganancia), que sería

2 Marx definió así la plusvalía: "Yo llamo plusvalía absoluta, a la plusvalía producida por la simple prolongación de la jornada de trabajo. y plusvalía relativa, a la plusvalía que proviene, por el contrario, de la abreviación del tiempo de trabajo necesario y del cambio correspondiente en el tamaño relativo de las dos partes de las cuales se compone la jornada" (Pléiade, tomo I, pág. 852). La tasa de plusvalía es representada por las siguientes fórmulas:

$$Tpv = \frac{\text{plusvalía}}{\text{cap. variable}} = \frac{\text{plusvalía}}{\text{val. de la F. de trabajo}} = \frac{\text{sobretrabajo}}{\text{trabajo necesario}}$$

Marx precisa que: "las dos primeras fórmulas expresan como relación de valor, lo que la tercera expresa como una relación de los espacios de tiempo en los cuales esos valores son producidos" (Pléiade, tomo I. pág. 1024).

una especie de destino histórico del capitalismo. Pero en el marco real de los agenciamientos de producción, el modo marxista del cálculo, de la plusvalía absoluta, basado en la calidad de trabajo social medio –del cual una parte sería hurtada por los capitalistas–, está lejos de ser evidente. De hecho, el factor tiempo no constituye más que un parámetro de la explotación, entre otros. Sabemos, hoy día, que la gestión del Capital del conocimiento, el grado de participación en la organización del trabajo, el 'espíritu casero', la disciplina colectiva, etc., pueden adquirir igualmente una importancia determinante en la productividad del Capital. Desde este punto de vista, podemos incluso admitir que la idea de un promedio social de rendimiento horario para un sector dado casi no tiene sentido por sí mismo. Es en los equipos, los talleres, las fábricas, donde aparece por x razones una disminución local de la 'entropía productiva', son ellos quienes empujan, quienes 'pilotean' de algún modo este tipo de promedio en un sector industrial o en un país, mientras que la resistencia obrera colectiva, el burocratismo de la organización, etc., lo frena. Dicho de otro modo, son agenciamientos complejos –relativos a la formación, a la innovación, a las estructuras internas, a las relaciones sindicales, etc.– lo que delimitan la amplitud de las zonas de beneficio capitalista y no una retención de tiempo de trabajo. Por otro lado, el mismo Marx había detectado perfectamente el desfase creciente que se instituía entre los componentes maquínicos, los componentes intelectuales y los componentes manuales del trabajo. En los *Grundrisse*, Marx había subrayado que el conjunto de los conocimientos tiende a transformarse en "una potencia productiva inmediata". "A medida que la gran industria se desarrolla, la creación de la verdadera riqueza depende menos del tiempo y de la cantidad de trabajo que de la acción de factores puestos en movimiento en el curso del trabajo, cuya poderosa eficacia no guarda ninguna relación con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta la producción; depende más bien del estado general de la ciencia y del progreso tecnológico, de la aplicación de esta ciencia a la producción".

El insistía entonces en la absurdidad y en el carácter transitorio de una medida del valor a partir del tiempo de trabajo. "Cuando en su forma inmediata, el trabajador ha dejado de ser

la gran fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo dejará y deberá dejar de ser la medida del trabajo, del mismo modo que el valor de cambio dejará de ser la medida de los valores de uso" (Pléiade, tomo II, págs. 304-312.).

Señalemos de paso la fragilidad de este último paralelismo: en efecto, si en nuestros días pareciera que el reinado absoluto de la medida del tiempo de trabajo está, quizás, a punto de esfumarse, eso no es en ningún caso lo que ocurre con el valor de cambio. Es verdad que si el capitalismo parece capaz de rescindir del primero, no es imaginable que sobreviva a una desaparición del segundo, desaparición que sólo podría ser el resultado de transformaciones sociales revolucionarias. Marx considera que la supresión de la oposición diversión-trabajo coincidiría con el control del sobre-trabajo por las masas obreras[3]. Lamentablemente, es perfectamente concebible que sea el mismo capitalismo quien se vea inducido a flexibilizar progresivamente la medida del tiempo de trabajo y llevar adelante una política de recreación y de formación (¿cuántos obreros, empleados, funcionarios, pasan sus veladas y sus fines de semanas preparando el paso de los escalones promocionales?). La modificación de la cuantificación del valor a partir del tiempo de trabajo no habrá sido entonces, como pensaba Marx, el tributo de una sociedad sin clases. Y de hecho, a través de los medios de transporte, de los modos de vida urbana, doméstica, conyugal, a través de los medios de comunicación de masas, la industria de la recreación e incluso, de los sueños... bien pareciera que ya ningún instante escapa al dominio del Capital.

No se paga al asalariado un momento, un instante, un lapso, un intervalo de funcionamiento de 'trabajo social medio', sino una puesta a disposición, una compensación por un 'poder' que excede aquél que se ejerce durante el tiempo

[3] "Siendo la verdadera riqueza la plena potencia productiva de todos los individuos, la unidad de medida correspondiente no será el tiempo de trabajo, sino el tiempo disponible. Adoptar el tiempo de trabajo como unidad de riqueza, es fundar ésta en la pobreza; es querer que el 'tiempo libre' no exista más que en y por oposición al tiempo de sobre-trabajo; es reducir el tiempo completo, al tiempo de trabajo y degradar al individuo al rol exclusivo de obrero, de instrumento de trabajo" (Pléiade, tomo II, pág. 308).

de presencia en la empresa. Lo que cuenta aquí es la ocupación de una función, un juego de poder entre los trabajadores y los grupos sociales que controlan los agenciamientos de producción y las formaciones sociales. El capitalista no hurta una prolongación de tiempo, sino un proceso cualitativo complejo. El no compra fuerza de trabajo sino el poder sobre agenciamientos productivos. El trabajo aparentemente más serializado –por ejemplo, mover una palanca, vigilar un intermitente de seguridad–, siempre supone la formación previa de un capital semiótico multi-compuesto: conocimiento de la lengua, de los usos y costumbres, de las reglamentaciones, de las jerarquías, del dominio de procesos de abstracción progresivos, de itinerarios, de interacciones propias de los agenciamientos productivos, etc.

El trabajo ya no es –si alguna vez lo ha sido– un simple ingrediente, una simple materia prima de la producción. Dicho de otra manera, la parte de servidumbre maquínica que se incluye en el trabajo humano, nunca es cuantificable en tanto tal. Por el contrario, la sujeción subjetiva, la alienación social inherente a un puesto de trabajo o a no importa qué otra función social, es perfectamente mensurable. Es, por lo demás, la función que se le otorga al Capital.

Los dos problemas concernientes; por una parte, al valor trabajo, su rol en la plusvalía y, por otra parte, a la incidencia del aumento de la productividad generado por el maquinismo sobre la tasa de beneficio, están indisolublemente ligados. El tiempo humano se substituye cada vez más por un 'tiempo maquínico'. Como dice todavía Marx, ya no es el trabajo humano el que se inserta en el maquinismo: "Es el hombre que, frente a ese proceso, se conduce como vigilante y regulador". Bien parece que la sobrevivencia del trabajo en serie y las diferentes formas de taylorismo en los sectores más modernos de la economía, están pasando a depender más bien de métodos generales de sujeción social, que de métodos de servidumbre específicos a la fuerza productiva[4].

[4] En otro orden de ideas, vemos bien que el actual triunfo del conductismo en los EE.UU. no es de ninguna manera el resultado de un "progreso de la ciencia", sino que de una sistematización de los métodos más rigurosos de control social.

Esta alienación taylorista del tiempo del trabajo, estas formas neo-arcaicas de sujeción al puesto de trabajo, continúan siendo medibles, en principio, a partir de un equivalente general. El control del trabajo social medio siempre puede –en teoría– encarnarse en un valor de cambio de poderes (podríamos así comparar el tiempo formal de alienación de un campesino senegalés al de un funcionario del ministerio de hacienda o de un técnico de IBM). Pero el control real de los tiempos maquínicos, de la servidumbre de los órganos humanos a los *agenciamientos* productivos, no podría ser medido de un modo válido, a partir de un tal equivalente general. Se puede medir un tiempo de presencia, un tiempo de alienación, una duración de encarcelamiento en una fábrica o en una prisión; no pueden medirse sus consecuencias sobre un individuo. Se puede cuantificar el trabajo aparente de un físico en un laboratorio, no el valor productivo de las fórmulas que elabora. El valor marxista abstracto sobrecodificaba el conjunto del trabajo humano concretamente destinado a la producción de valores de cambio. Pero el movimiento actual del capitalismo tiende a que todos los valores de uso se transformen en valores de cambio y que todo trabajo productivo dependa del maquinismo. Los mismos polos del cambio se han pasado al lado del maquinismo, los computadores dialogan de un continente a otro y dictan a los managers las cláusulas de cambio. La producción automatizada e informatizada ya no obtiene su consistencia a partir de un factor humano de base, sino de un *phylum* maquínico que atraviesa, contornea, dispersa, miniaturiza, recupera todas las funciones, todas las actividades humanas.

Estas transformaciones no implican que el nuevo capitalismo substituya completamente al antiguo. Hay más bien coexistencia, estratificación y jerarquización de capitalismos de diferentes niveles, poniendo en juego:

1. *Los capitalismos segmentarios tradicionales*, territorializados sobre los Estados-Naciones y que secretan su unificación a partir de un modo de semiotización monetario y financiero[5].

[5] La 'revolución mercantilista' podría ser la referencia de esto: yo pienso, en particular en el gran libro de Mun, Thomas, *A discourse of trade*

2. *Un capitalismo mundial integrado*, que ya no se apoya sólo sobre el modo de semiotización del Capital financiero y monetario, sino fundamentalmente sobre todo un conjunto de procedimientos de servidumbre técnicocientíficos, macro y microsociales, mass-mediáticos, etc.

La fórmula de la plusvalía marxista está ligada esencialmente a los capitalismos segmentarios. No permite dar cuenta del doble movimiento de mundialización y miniaturización que caracteriza la situación actual. ¡Por ejemplo, en el caso límite en que una rama industrial fuera completamente industrializada, ya no se ve qué ocurre con esta plusvalía! Ateniéndose rigurosamente a las ecuaciones marxistas, ésta deberá desaparecer por entero; ¡lo que es absurdo! ¿Deberíamos entonces cargarla a la cuenta, únicamente, del trabajo maquínico? ¡Por qué no! ¡Podríamos anticipar una fórmula según la cual una plusvalía maquínica correspondería a un sobretrabajo 'exigido' de la máquina, más allá de su costo de mantenimiento y de su renovación! Pero, de seguro, no es tratando de readecuar de esta manera la vertiente cuantitativista del problema, que podremos ir muy lejos. En realidad, en un caso como este –pero también en todos los casos intermediarios de fuerte disminución del Capital variable en relación con el Capital constante– la extracción de la plusvalía escapa en buena parte a la empresa, a la relación inmediata patrón-asalariados y nos devuelve a la segunda fórmula del capitalismo integrado.

La doble ecuación planteada por Marx, haciendo equivaler "el grado real de explotación del trabajo", la tasa de plusvalía, y el tiempo de sobre-trabajo referido al Capital variable, no puede aceptarse como tal. La explotación capitalista conduce a tratar a los hombres como máquinas, a pagarles como máquinas, sobre un modo únicamente cuantitativista. Pero la explotación, ya la hemos visto, no se limita a eso. Los capitalistas extraen bastantes otras plusvalías, bastantes otros

from England into the East Indies (1609), Londres, 1621, que representa para Marx "la escisión consciente operada por el mercantilismo del sistema del cual este mismo surgió". Quedará 'el evangelio mercantilista' (Pléiade, tomo II, pág. 1499.).

beneficios, inscribibles también sobre el patrón del Capital. El capitalismo se interesa en lo 'social', tanto como los explotados. Pero mientras para él lo maquínico precede lo social y debe controlarlo, para éstos, lo maquínico debería, a la inversa, estar sometido a lo social. Lo que separa esencialmente al hombre de la máquina, es el hecho de que él no se deja explotar pasivamente como ella. Podemos admitir que en las condiciones actuales, la explotación concierne en primer lugar a los *agenciamientos* maquínicos –el hombre y sus facultades habiéndose vuelto parte integrante de sus *agenciamientos*–. A partir de esta explotación absoluta, en un segundo tiempo, las fuerzas sociales entran en lucha por la repartición del *producto maquínico*. Habiéndose vuelto relativo el criterio de supervivencia del trabajador –¿cómo apreciar, en efecto, hoy día, un umbral absoluto de 'mínimo vital', la parte del valor correspondiente al trabajo necesario para la reproducción del trabajo?–, todos los problemas de repartición de bienes económicos y sociales se han transformado esencialmente en asuntos políticos, a condición de extender el concepto de política e integrar en él aquel conjunto de dimensiones micro-políticas que comprometen los diversos modos de vida, de sentir, de hablar, de proyectar el porvenir, de memorizar la historia.

Luego de haber constatado que la sujeción del trabajador pone en juego el factor cuantitativo del 'trabajo social medio', sólo de un modo accesorio, nos vemos conducidos a 'despegar' la tasa de explotación de la tasa de plusvalía marxista. Haciéndolo, la habremos implícitamente despegado de la tasa de beneficio que, en Marx, es un pariente próximo[6].

Una confirmación de esta distinción está dada en el hecho –que se ha vuelto frecuente en los sectores sostenidos por el Estado– de que empresas "que venden a pérdida" produzcan, mientras tanto, beneficios considerables. (A pesar de una

[6] Según Marx, la disminución relativa y progresiva del capital variable en relación al capital constante (del hecho de los progresos del maquinismo y de la concentración de las empresas) desequilibraría la composición orgánica del capital total de una sociedad dada. "La consecuencia inmediata de esto es que la tasa de plusvalía se expresa en una tasa de ganancia en constante decrecimiento, que el grado de explotación queda invariable, véase, aumenta" (Pléiade, tomo II, pág. 1002).

plusvalía teóricamente negativa, según la fórmula marxista, ellas engendran un beneficio positivo.) El beneficio puede depender hoy día de factores no sólo exteriores a la empresa sino también a la Nación; por ejemplo: de una explotación 'a distancia' del Tercer Mundo, a través del mercado internacional de materias primas.

Señalemos, finalmente, que la pretendida ley de baja tendencial de la tasa de ganancia, no podría subsistir en un campo político económico, en cuyo seno los mecanismos transnacionales han adquirido una importancia tal, que ya no es concebible determinar una tasa local de plusvalía que pueda ser relacionada con una tasa de crecimiento local del maquinismo correspondiente al Capital constante[7]. La reactivación de zonas de beneficio –ejemplo: la pseudo crisis del petróleo, la creación de nuevas ramas industriales (lo nuclear), responde hoy día en lo esencial a estrategias mundiales que implican la consideración de factores cuyo número y complejidad no podían ser imaginados por Marx.

2. La composición orgánica del Capital Mundial Integrado:

A diferencia de lo que Marx había pensado, el Capital ha sido capaz de sacarse de encima una fórmula que lo habría encerrado en un modo de cuantificación ciega de los valores de cambio[8] (es decir, de toma de control del conjunto de los

[7] Una multinacional después de una negociación con un poder de Estado implantará una fábrica ultra moderna en una región subdesarrollada. Luego, al cabo de algunos años, por motivos políticos o de 'inestabilidad social' o en razón de 'negociaciones' complejas, ésta, decide cerrarla. ¡Imposible, en esas condiciones, cercar el crecimiento del Capital fijo! En otro campo, como el del acero, es una rama de la industria ultramoderna que es pasada al desahucio o localmente desmantelada, debido a problemas de mercado o de elección pretendidamente tecnológica, que no son sino la expresión de opciones fundamentales que implican al conjunto del desarrollo económico y social.

[8] Como muchos antropólogos lo han mostrado para las sociedades arcaicas, el intercambio aparente es siempre relativo a las relaciones de fuerza reales. El intercambio está siempre 'trucado' por el poder (Leach, Edmund Ronald. *Critique de l'anthropologie*. PUF, 1968).

modos de circulación y de producción de los valores de uso). La valorización capitalista todavía no ha atrapado el cáncer maquínico que, de baja tendencial de la tasa de ganancia en crisis de super producción, debería haberla conducido a la impasse y, al capitalismo, al aislamiento total. La semiotización del Capital se ha dotado, progresivamente, de medios para estar en condiciones de detectar, cuantificar y manipular las valorizaciones concretas de poder y, de ese modo, no sólo sobrevivir, sino proliferar. Sean cuales fueren las apariencias que reviste, el Capital no es racional. Es hegemonista. No armoniza las formaciones sociales; ajusta por la fuerza las disparidades socio-económicas. Antes de ser una operación de beneficio, es una operación de poder.

El capital no se deduce de una mecánica de base de la ganancia. Se impone por la cumbre. Ayer, a partir de lo que Marx llamaba "el Capital social de todo un país"[9] y, hoy día, a partir de un capital mundialmente integrado. Porque se ha constituido siempre a partir de movimientos de desterritorialización de todos los dominios de la economía, de las ciencias y técnicas, de las costumbres, etc. Su existencia semiótica se injerta sistemáticamente al conjunto de las mutaciones técnicas y sociales que él mismo diagramatiza y reterritorializa sobre las formaciones de poder dominantes. Incluso, en la época en que parecía centrarse únicamente en una extracción de beneficio monetario a partir de actividades comerciales, bancarias e industriales, el Capital –como expresión de las clases capitalistas más dinámicas– ya llevaba adelante una tal política de destrucción y de reestructuración (desterritorialización de los campesinos tradicionales, constitución de una clase obrera urbana, expropiación de las antiguas burguesías comerciales y de los viejos artesanados, liquidación de los 'arcaísmos' regionales y nacionalitarios, expansionismo colonial, etc.)[10]. En consecuencia, no basta con evocar aquí la

[9] Pléiade, tomo I, pág. 1122, tomo II, pág. 1002.

[10] Este movimiento general de desterritorialización deja, sin embargo, subsistir estratos arcaicos más o menos territorializados, o más frecuentemente les da un segundo respiro trasformándoles su función. A este respecto, el actual 'ascenso' del oro constituye un ejemplo sorprendente.

política del Capital. El Capital, en tanto tal, no es más que *lo* político, *lo* social, *lo* técnico-científico, articulados entre sí. Esta dimensión diagramática general aparece cada vez más clara con el rol creciente del capitalismo estatal, como relevo de la mundialización del Capital. Los Estados-Naciones manipulan un Capital multidimensional: masas monetarias, índices económicos, cantidades de 'puesta en vereda' de tal o tal categoría social, flujos de inhibición para mantener a la gente en su lugar, etc.

Asistimos a una especie de colectivización del capitalismo –esté ella circunscrita o no en un cuadro nacional–. Pero eso no significa, de ninguna manera, que esté degenerando. A través del enriquecimiento continuo de sus componentes semiótico[11], toma el control, más allá del asalariado y de los bienes monetarizados, de una multitud de 'cuantas' de poder que antaño permanecían enquistados en la economía local, doméstica y libidinal. Hoy día, cada operación particular de ganancia capitalista en dinero y en poder social– compromete, poco a poco, el conjunto de las formaciones de poder. Las nociones de empresa capitalista y de puesto de trabajo asalariado se han vuelto inseparables del conjunto del tejido social, que se encuentra, él mismo, directamente producido y reproducido bajo el control del Capital. La noción misma de empresa capitalista debería ser ampliada a los Equipamientos Colectivos y, la de puesto de trabajo, a la mayor parte de las

Parece funcionar en dos direcciones opuestas simultáneamente:

por un lado, como 'hoyo negro' semiótico, como detención de un flujo económico;

por otro lado, como operador diagramático de poder que trata:

1. El hecho, para los portadores, de "haber sido capaces" de insertar sus intervenciones semióticas bursátiles en los 'buenos lugares' y en los 'buenos momentos'.

2. El hecho de estar en medida, aquí y ahora, de inyectar crédito abstracto de poder en el 'momento preciso', en los sectores económicos claves del sistema. Sobre la función diagramática, los 'hoyos negros' semióticos, etc. Referirse a *L'inconscient machinique*. Ed. Recherche, Collection Encre.

[11] Más allá del oro, la moneda fiduciaria, la moneda de crédito, las acciones, los títulos de propiedad, etc., el capital se manifiesta hoy día a través de operaciones semióticas y de manipulaciones de poder de toda naturaleza comprometiendo a la informática (computación) y a los medios de comunicación de masas, etc.

actividades no asalariadas. De una cierta manera, el ama de casa ocupa un puesto de trabajo en su domicilio, el niño ocupa un puesto de trabajo en la escuela, el consumidor en el supermercado, el telespectador frente a su pantalla. Cuando en la fábrica las máquinas parecen trabajar solas, en realidad es el conjunto de la sociedad que las sostiene. Sería del todo arbitrario considerar hoy día al asalariado de empresa aislado de los múltiples sistemas de salarios diferidos, de asistencia y de costos sociales, que afectan de cerca o de lejos la reproducción de la fuerza colectiva de trabajo y que se sitúan fuera del círculo monetario de la empresa, siendo tomados a cargo por múltiples instituciones y equipamientos de poder. Agreguemos a esto un punto en el que nunca podré insistir lo suficiente: el capitalismo no sólo explota al asalariado más allá de su tiempo de trabajo, durante su tiempo de 'ocio', sino además, se vale de él como relevo para explotar a aquellos que éste somete en su esfera de acción propia: sus subalternos, sus allegados no asalariados, mujeres, niños, viejos, asistidos de toda índole.

Volvemos siempre a esta idea central: a través del sistema del salariado, el capitalismo apunta ante todo al control del 'conjunto de la sociedad'. Y de manera recurrente se pone de manifiesto que, en toda circunstancia, el juego de los valores de cambio siempre ha dependido de las relaciones sociales y no a la inversa. Mecanismo como los de la inflación ilustran bien, en este sentido, la intromisión constante de lo social en lo económico. Lo que es 'normal', es la inflación y no el equilibrio de precios, dado que se trata de un medio de ajuste de las relaciones de poder en permanente evolución (poder de compra, poder de inversión, poderes de cambio internacionales de las diferentes formaciones sociales). La plusvalía económica, estando ligada indisolublemente a las plusvalías de poder vinculadas al trabajo, las máquinas, los espacios sociales, la redefinición del Capital como modo general de capitalización de las semióticas del poder (más bien como cantidad abstracta, universal), implica por ende, un reexamen de su composición técnica. Esta última ya no descansa sobre dos elementos de base: el trabajo vivo y el trabajo cristalizado en el seno de los medios de producción, sino por lo menos sobre cuatro componentes, cuatro agenciamientos irreductibles entre sí:

1. *Las formaciones de poder capitalistas*, que realizan un capital de mantenimiento del orden, garantizan la propiedad, las estratificaciones sociales, las reparticiones de los bienes materiales y sociales (siendo inseparable el valor de un bien cualquiera, de la credibilidad de los equipamientos represivos de derecho, de policía... y también de la existencia de un cierto grado de consenso popular en favor del orden establecido.

2. *Los agenciamientos maquínicos* relativos a las fuerzas productivas, constitutivos del Capital fijo (máquina, fábrica, transporte, reserva de materias primas, capital de conocimiento técnico-científico, técnicos de servidumbre maquínica, instrumentos de formación, laboratorios, etc.) Estamos aquí en el dominio clásico de las fuerzas productivas.

3. *La fuerza colectiva del trabajo y el conjunto de las relaciones sociales sometidas por el poder capitalista*: la fuerza colectiva de trabajo ya no es considerada aquí bajo su aspecto de servidumbre maquínica, sino de alienación social. Está sometida a las burguesías y a las burocracias y es, al mismo tiempo, un factor de sujeción de otras categorías sociales (las mujeres, los niños, los inmigrados, las minorías sexuales, etc.). Estamos aquí en el dominio de las relaciones de producción y de las relaciones sociales.

4. *La red de equipamientos, de aparatos de poder estatal y para-estatal y los medios de comunicación de masas*: esta red ramificada tanto a escala microsocial, como a escala planetaria, se ha convertido en una pieza esencial del Capital. Es ella la que permite extraer e integrar las capitalizaciones sectoriales de poder relativas a los tres componentes precedentes.

El Capital, en tanto operador semiótico de las formaciones de poder, despliega una superficie de inscripción desterritorializada sobre la cual evolucionan estos cuatro componentes. Pero insistimos en el hecho de que no se trata de un escenario en el cual se montaría *una representación*, especie de teatro parlamentario donde se confrontarían los diversos puntos de vista en presencia. Se trata también de una actividad directamente *productiva*, tanto más cuanto el Capital participe en la planificación de los *agenciamientos* maquínicos y sociales y a toda una serie de operaciones prospectivas que les conciernen. Las funciones diagramáticas específicas del Capital es decir: de

inscripción, que no sean exclusivamente representativas sino oratorias, 'agregan' algo de esencial a lo que sería un simple cúmulo de los diferentes componentes antes evocados. La elevación del nivel de abstracción semiótica correspondiente a ese diagramatismo, puede evocar lo que Bertrand Russell describía en su teoría de los tipos lógicos, vale decir, que existe una discontinuidad fundamental entre una clase y sus miembros. Pero con el Capital, estamos en presencia de una discontinuidad que no es sólo de orden lógico sino también maquínico, en el sentido de que ella opera no sólo a partir de flujos de signos, sino igualmente, a partir de flujos materiales y sociales. De hecho, la potencia desmultiplicadora del diagramatismo propio del Capital, es inseparable del 'dinamismo' desterritorializante de los diversos agenciamientos concretos del capitalismo. Lo que tiene por consecuencia descalificar sin apelación las perspectivas reformistas fundadas sobre las contradicciones intra o inter-capitalistas, o sobre su humanización bajo la presión de las masas. (Querer 'jugar' a, por ejemplo, las multinacionales contra el capitalismo nacional o la Europa germano-americana contra la Europa de las patrias, el liberalismo 'occidental' contra el socio-capitalismo de la URSS, el norte contra el sur, etc.) El Capital se alimenta de sus contradicciones; éstas constituyen otras tantas 'puestas a prueba' que funcionan como estímulo de desterritorialización. Una alternativa revolucionaria, si existe, no es sostenible, de ninguna manera, sobre tales bases.

3. El capital y las funciones de alineación subjetivas:

El ejercicio del poder por medio de las semióticas del Capital tiene esto de particular: que procede simultáneamente a partir de un control por la cima de los segmentos sociales y por una sujeción de todos los instantes de la vida de cada individuo. Aunque su enunciación sea individuada, nada es menos individual que la subjetividad capitalista. La sobrecodificación de las actividades, de los pensamientos, de los sentimientos humanos, por el Capital, conlleva a una puesta

en equivalencia y en resonancia de todos los modos particularizados de subjetivación. La subjetividad está, por así decirlo, nacionalizada. El conjunto de los valores de deseo es replanificado en una economía fundada sobre una dependencia sistemática de los valores de uso con respecto a los valores de cambio, al grado de despojar de todo sentido a esta oposición categorial. Pasearse 'libremente' por una calle, o por el campo, respirar aire puro, cantar a toda voz, se han vuelto actividades cuantificables desde el punto de vista capitalista. Los espacios verdes, las reservas naturales, la libre circulación, tienen un costo social e industrial. Por último, los sujetos del capitalismo –en el sentido que hablábamos de los sujetos del rey– sólo asumen de sus existencias la parte que se inscribe sobre el equivalente general: el Capital, según la definición ampliada que aquí propongo. El orden capitalista pretende imponer a los individuos a vivir solamente para un sistema cambista, una traductibilidad general de todos los valores, más allá de los cuales todo está hecho para que el menor de sus deseos sea resentido como asocial, peligroso, culpable. Para cubrir el conjunto del campo social, "haciendo blanco" con precisión en sus más mínimas disparidades, una tal operación de sujeción no podría contentarse con un control social exterior. El mercado general de valores desplegado por el Capital tomará las cosas relativas al 'dentro' y al 'fuera' e involucrará no sólo los valores económicamente detectables, sino también los valores mentales, afectivos... Es a una red multicentrada de equipamientos colectivos, de aparatos estatales, para-estatales, de comunicación de masas, que corresponderá el rol de operar la unión entre ese afuera y ese adentro. La traductibilidad general de los modos locales de semiotización de poder no depende entonces sólo de dispositivos centrales, sino de 'condensadores semióticos' adyacentes al poder de Estado, o que le son infeudados directamente, siendo una de sus funciones esenciales la de hacer asumir por cada individuo los mecanismos de control, de represión, de modelización del orden dominante[12].

[12] Tal es el rol, paralelamente a la administración, a la policía, a la justicia, al fisco, a la bolsa, a las fuerzas armadas, etc., de la escuela, de los servicios asistenciales, del deporte, de los medios de comunicación de masas, etc.

En el contexto del Capitalismo Mundial Integrado, podemos considerar que los poderes centrales de los Estados-Naciones son a la vez todo y nada. Nada o poca cosa con respecto a una eficiencia económica real; todo o casi todo con respecto a la modernización y al control social. La paradoja reside en que, en una cierta medida, la red de aparatos, equipamientos y burocracias de Estado, tiende por sí misma a escapar al poder del Estado. De hecho, es esta red la que con bastante frecuencia lo teledirige, lo manipula: siendo, en efecto, sus verdaderos interlocutores los 'actores sociales', los grupos de presión, los lobbies. La realidad del Estado tiende a coincidir de este modo con las tecnoestructuras estatales y paraestatales, que ocupan por esto, un lugar muy amplio en las relaciones de producción y en las relaciones de clase, dado que, por un lado, controlan puestos reales de dirección y contribuyen de manera efectiva al mantenimiento del orden dominante y, por otro, son objeto de una explotación capitalista a mismo título que los diferentes componentes de la clase obrera.

Marx consideraba que un maestro de escuela era un trabajador productivo por cuanto él preparaba a sus alumnos a trabajar para los patrones[13]. Pero el maestro de escuela, hoy, se ha multiplicado al infinito bajo la forma de esta red capitalista, generadora de formaciones y de socialidad, al punto que llegamos a un conglomerado de agenciamientos colectivos que sería del todo arbitrario pretender descomponer en esferas autónomas de producción material, de socius, de modos de semiotización y de subjetivación.

La misma ambigüedad, la misma ambivalencia entre la producción y la represión, características de las tecnocracias, se encuentra en las masas obreras: los trabajadores se 'trabajan' a sí mismos en el momento mismo en que obran para la producción de bienes de consumo. Bajo distintos rótulos, todos participan en la producción de control y de represión. De hecho, como hemos visto, en una misma jornada un mismo individuo no cesa de cambiar de rol: explotado en el

[13] Pléiade, tomo I, pág. 1002.

taller o en la oficina, se vuelve a su vez explotador en familia, en la pareja, etc. En todos los niveles del socius encontramos una mezcla inextricable de vectores de alienación. Los trabajadores y los sindicatos de tal sector industrial de avanzada, defenderán arduamente, por ejemplo, el lugar de su industria, en la economía nacional y, eso, a pesar de sus 'repercusiones' en el dominio de la polución o a pesar de que esta misma industria participe en el equipamiento de aviones de caza que servirán para ametrallar a las poblaciones africanas... Las fronteras de clase, 'los frentes de lucha' se han vuelto difusos. ¿Significa esto que hayan desaparecido? No. Pero se han desmultiplicado al infinito, e incluso, cuando surgen enfrentamientos directos, éstos adoptan con frecuencia un 'carácter ejemplar', siendo uno de los principales objetivos el llegar a repercutir en los medios de comunicación de masas que, a cambio, los manipulan y los recuperan.

En la base de los mecanismos de modelización de la fuerza de trabajo, en los niveles de la interpenetración entre ideologías y efectos, encontramos esta red maquínica tentacular de los equipamientos capitalísticos. Subrayo que no se trata en ningún caso de una red de aparatos ideológicos, sino, aunque parezca imposible, de una megamáquina compuesta de una multitud de elementos dispares que concierne no sólo a los trabajadores, sino que "dispone a la producción", permanentemente y en todos lados, a mujeres, a niños, a viejos, a marginales, etc. Hoy por ejemplo, por medio de la familia, de la televisión, de la guardería infantil, de los servicios sociales, un niño es "puesto a trabajar" desde su nacimiento y se compromete en un proceso complejo de formación a cuyo término sus diversos modos de semiotización deberán estar adaptados a las funciones productivas y sociales que le esperan.

Sabemos la importancia que ha tomado hoy día en la gestión de las empresas la evaluación del mantenimiento industrial. ¿Podemos contentarnos con decir que el Estado asume una especie de 'mantenimiento social' generalizado? A mi manera de ver, eso sería del todo insuficiente. En los regímenes del Este como en los del Oeste, el Estado está directamente conectado sobre componentes esenciales del Capital. Podemos, con propiedad, hablar en ambos casos del

capitalismo de Estado a condición de modificar simultáneamente la definición de la composición orgánica del capital y de la del Estado. Lo que llamo *red de equipamientos del Capital* (en la cual conviene incluir hasta un cierto punto los medios de comunicación de masas, los sindicatos, las asociaciones, etc.) tienen la función de *homogeneizar el Capital* que funciona, *estricto sensu*, a partir de los valores de cambio y el Capital social de los valores del poder. Administra tanto las actitudes colectivas, los '*patterns*' de conducta, las referencias de todo tipo compatibles con la solidez del sistema, con los medios de intervención reglamentarios y financieros para repartir las masas de poder de compra e inversión, entre los diferentes sectores sociales e industriales o incluso para financiar grandes complejos militar-industriales que le sirven, en cierto modo, de columna vertebral a escala internacional.

Es esencial no remitir cada uno de estos dominios a categorías herméticas. Después de todo, en cada oportunidad, se trata del mismo Capital manipulado por las formaciones sociales dominantes: el Capital de conocimiento, el Capital de adaptación y sumisión de la fuerza de trabajo al medio ambiente productivo y, más generalmente, del conjunto de las poblaciones al medio ambiente urbano y rural urbanizado; como asimismo, el Capital de introyección inconsciente de los modelos del sistema, el Capital de fuerza represiva y militar... Todos estos modos de semiotización del poder participan con pleno derecho en la composición orgánica del Capital contemporáneo.

Así, el desarrollo de un mercado general de los valores capitalísticos, la proliferación de la red multicentrada de los equipamientos capitalistas y de los equipamientos estatales de los cuales es soporte, lejos de entrar en contradicción con la existencia de los poderes centrados sobre los Estados-Naciones –y que tienden generalmente, incluso, a reforzarse– le son, por el contrario, complementarios. En efecto, lo que es capitalizado, desde entonces, es mucho más un poder por *la imagen del poder*, que una verdadera potencia en los dominios de la producción y de la economía. Por las más diversas vías, el Estado y sus innombrables ramificaciones tienden a recrear un mínimo de indicios y de territorialidades de recambio, con el fin de permitir a las masas reencuadrar más o menos

artificialmente su vida cotidiana y sus relaciones sociales. Los verdaderos relevos de decisionalidad se encuentran, por el contrario, por otro lado: atraviesan o contornean los viejos y los nuevos modos de territorialización y dependen cada vez más del sistema de redes capitalistas integradas a escala mundial[14].

Los espacios del capitalismo contemporáneo ya no adhieren a los terruños, a las castas, a las tradiciones étnicas, religiosas, corporativas 'precapitalistas', y cada vez menos a las metrópolis, a las ciudades industriales, a las relaciones de clases y a las burocracias del capitalismo segmentario de la era de los Estados-Naciones. Estos espacios están confeccionados tanto a escala planetaria como a escala micro-social y micro-física. El mismo sentimiento "de pertenecer a algo" parece resultar, de una especie de producción en cadena, a mismo título que 'el marco de vida'. En estas condiciones, comprendemos mejor que el poder de Estado no pueda ya contentarse con tronar en la cumbre de la pirámide social, con legislar a distancia del pueblo y estar sujeto a intervenir permanentemente en la confección y recomposición del tejido social, con retomar y revisar constantemente sus 'fórmulas' de jerarquización, de segregación, de prescripción funcional, de calificación específica. El Capitalismo mundial está comprometido en una vertiginosa fuga hacia adelante. Debe quemar todas las naves y ya no puede casi permitirse el lujo de respetar las tradiciones nacionales, los textos legislativos o la independencia, aunque formal, de cuerpos constituidos como el de la magistratura, que pudieran limitar en algo su libertad de maniobra.

4. EL CAPITAL Y LAS FUNCIONES DE SERVIDUMBRE MAQUÍNICAS:

A los sistemas tradicionales directos de coerción, el poder capitalista no cesa de agregar dispositivos de control que

[14] Incluso a ese nivel encontramos una reterritorialización relativa: las multinacionales no pueden ser, de ninguna manera, reductibles a subconjuntos económicos de EE.UU. Son objetivamente cosmopolitas y tienen cada vez menos ciudadanos norteamericanos en sus puestos directivos.

requieren, si no la complicidad de cada individuo, al menos su consentimiento pasivo. Pero una tal extensión de sus medios de acción no es posible sino a condición que éstos descansen sobre los resortes mismos de la vida y de la actividad humana. (Por el lado de los maquinismos técnicos, la miniaturización de los medios nos conducen lejos). La maquinaria capitalista se aferra al funcionamiento de base de los comportamientos perceptivos, sensitivos, afectivos, cognitivos, lingüísticos, etc., cuya parte desterritorializada 'invisible' es, sin duda temiblemente eficaz. No podemos aceptar las explicaciones teóricas de la sujeción de masas, a partir de no sé qué triquiñuela ideológica o pasión colectiva masoquista. El capitalismo se apodera de los seres humanos desde su interior. Su alienación por medio de imágenes e ideas, no es más que un aspecto de un sistema general de sometimiento de sus modos fundamentales de semiotización, tanto individuales como colectivos. Los individuos están 'equipados' de modos de percepción o de normalizaciones de deseo, del mismo modo que las fábricas, las escuelas, los territorios. La extensión de la división del trabajo a escala planetaria implica, de parte del capitalismo mundial, no sólo una tentativa de integración de todas las categorías sociales a las fuerzas productivas, sino además, una recomposición permanente, una reinvención de esta fuerza colectiva de trabajo. El ideal del Capital ya no es el tener que ver con individuos ricos en pasiones, capaces de ambigüedad, de duda, de rechazo, como también de entusiasmo, sino exclusivamente, con robots humanos. El Capital no querría conocer más que dos tipos de categorías de explotados: aquellas que dependen del asalariado y las que dependen de la asistencia. Su meta es borrar, neutralizar, suprimir, todas las categorizaciones fundadas sobre otra cosa que no sea su axiomática de poder y sus imperativos tecnológicos. Cuando al final de la cadena 'encuentra' hombres, mujeres, niños, viejos, ricos, pobres, intelectuales, manuales, etc., el Capital busca recrearlos por sí mismo, redefinirlos en función de sus propios criterios.

Pero, a causa de que interviene, precisamente, al nivel más funcional –sensitivo, afectivo, práxico– la servidumbre maquínica capitalista puede invertir sus efectos y conducir a

la puesta al día de un nuevo tipo de plusvalía maquínica percibida perfectamente por Marx. Desmultiplicación de lo posible de la raza humana, renovación constante del horizonte de sus deseos y de su creatividad[15]. El capitalismo pretende apoderarse de las cargas de deseo acarreadas por la especie humana. Se instala en el corazón de los individuos a través del cauce indirecto de la servidumbre maquínica.

Es indiscutible, por ejemplo, que la integración social y política de las élites obreras y de los mandos medios no sólo se funda en una partipación material, sino también en su apego –a veces muy profundo– a sus profesiones, a sus tecnologías, a sus máquinas... De un modo más general, está claro que el medio ambiente maquínico secretado por el capitalismo, está lejos de dejar indiferentes a las grandes masas de la población y ello no sólo corresponde a las seducciones de la publicidad, a la interiorización de los objetos e ideales de la sociedad de consumo por los individuos. Aunque parezca imposible, algo de la máquina parece participar en la esencia del deseo humano. Pero el problema es de saber de qué máquina se trata y qué se va a hacer con ella.

La servidumbre maquínica no coincide con la sujeción social. Mientras que la sujeción compromete personas globales, representaciones subjetivas cómodamente manipulables, la servidumbre maquínica organiza elementos infrapersonales, infrasociales en función de una economía molecular de deseo mucho más difícil de 'mantener' en el seno de relaciones sociales estratificadas[16]. Consiguiendo integrar

[15] El mecanismo dialéctico de Marx conduce a veces a este autor a visualizar una especie de generación casi espontánea e involuntaria de este tipo de transformación: "Al mismo tiempo que se desarrolla el sistema de la economía burguesa se desarrolla, poco a poco, su propia negación. Por el momento, nosotros tenemos en vista el proceso de la producción inmediata. Si nosotros consideramos la sociedad burguesa en su conjunto, vemos el último resultado del proceso de la producción social; dicho de otro modo, el hombre mismo en sus relaciones sociales" (Pléiade, tomo II, pág. 311).

[16] Esta proposición tiene posibilidades de ser escuchada sólo a condición de concebir el deseo no como una energía pulsional indiferenciada, sino como el resultado mismo de un ensamblaje altamente elaborado de maquinismos desterritorializados.

directamente al trabajo funciones perceptivas, afectos, comportamientos inconscientes, el capitalismo toma posesión de una fuerza de trabajo y de deseo que sobrepasa considerablemente la de las clases obreras en su acepción sociológica. En estas condiciones, las relaciones de clase tienden a evolucionar de un modo distinto. Son menos bipolarizadas y tienden a implicar progresivamente estrategias complejas. El destino de la clase obrera francesa, por ejemplo, no sólo depende de sus patrones directos, sino también de los jefes del Estado, de Europa, del Tercer Mundo, de las multinacionales, y, en otra vertiente, de los trabajadores inmigrados, del trabajo femenino, del trabajo precario, del trabajo temporario, de las luchas regionalistas, etc. La misma burguesía ha cambiado de naturaleza. Al menos en su sector más modernista, ya no se encuentra tan vigorosamente comprometida en la defensa de una posesión personal de los medios de producción –sea a título individual, sea a título colectivo . Hoy día, su problema consiste en controlar colectiva y globalmente la red de base de las máquinas y de los equipamientos sociales.

Es ése el terreno en el que tiene cuidado de no hacerse expropiar. Y en este sentido, se debe reconocer que ha mostrado una sorprendente capacidad de adaptación, de renovación y de regeneración; en particular, en los regímenes socialistas–capitalistas del Este. La burguesía pierde terreno por el lado del capitalismo de Estado, de los equipamientos colectivos, de los medios de comunicación de masas, etc. No sólo incorpora a sus filas nuevas capas de burócratas de Estado y del aparato administrativo, de tecnócratas, etc., de profesores, sino que logra contaminar a distintos grados el resto de la población.

¿Qué límites encontrarán las clases capitalistas en su empresa de conversión generalizada de todas las actividades humanas en un equivalente negociable, únicamente, a partir de sus redes-trampas semióticas?

¿Hasta qué punto una lucha de clase revolucionaria es aún concebible en un semejante sistema generalizado de contaminación?

¡Sin duda estos límites no deben ser buscados allí donde los arrinconan desde hace tanto tiempo los movimientos revolucionarios tradicionales! La revolución no se juega sólo al nivel

del discurso político manifiesto, sino también en un plano mucho más molecular, del lado de las mutaciones de deseo y de las mutaciones técnico-científicas, artísticas, etc. En su fuga vertiginosa, el capitalismo se ha enrolado en la vía de un control sistemático de todos los individuos del planeta. Sin duda, con la integración de la China, el capitalismo ha logrado llegar hoy día a la cima de su poder, pero está quizás al mismo tiempo en proceso de alcanzar un punto extremo de fragilidad. Ha desarrollado un tal sistema de dependencias generalizadas, que el más pequeño obstáculo a su funcionamiento terminará tal vez por generar efectos sobre los cuales perderá el control.



LAS NUEVAS ALIANZAS[1]



La palabra comunismo está marcada de infamia. ¿Por qué? Si bien indica la liberación del trabajo como posibilidad de creación colectiva, se la ha hecho sinónimo de aplastamiento del hombre bajo el peso del colectivismo. Por nuestra parte, lo concebimos como la vía de una *liberación de las singularidades individuales y colectivas*, es decir, todo lo contrario de una regimentación de los pensamientos y los deseos.

Los regímenes colectivistas que se reclaman del socialismo han fracasado abiertamente. Sin embargo, *el problema del capitalismo permanece*. Las promesas de libertad, de igualdad, de progreso, de luz, han sido traicionadas por ambas partes. Las organizaciones capitalistas y socialistas se han vuelto cómplices; han reunido sus esfuerzos para desplegar sobre el planeta una inmensa maquina de esclavización de la vida humana en todos sus aspectos (los del trabajo, como también los de la infancia, los del amor, de la vida; los de la razón tanto como los del sueño y del arte). El hombre que, no hace mucho, hacía de su trabajo y de su calificación una fuente de dignidad, se encuentra, sea cual sea su posición, constantemente amenazado de caducidad social: desempleado, menesteroso, asistido en potencia.

En lugar de trabajar para el enriquecimiento de las relaciones entre la humanidad y su entorno material, el hombre trabaja sin descanso en su propia exclusión de los procesos maquínicos.

El trabajo y su organización capitalista y/o socialista se ha convertido en el nido de todas las irracionalidades en que se anudan todos los apremios y todos los sistemas de reproducción y de amplificación de esos apremios, que consiguen así

[1] En autoría con Negri, Toni. 1984.

infiltrarse en las conciencias, y proliferar en todas las avenidas de la subjetividad colectiva. El primer imperativo de esta gigantesca máquina de sujeción capitalística es la instalación de una implacable red de vigilancia colectiva y de autovigilancia, capaz de prohibir cualquier escape a ese sistema y de taponear cualquier cuestionamiento de su legitimidad política, jurídica y 'moral'. Nadie puede sustraerse a la ley capitalística que se ha transformado, por excelencia, en la ley de la ceguera, en la ley de las finalidades absurdas.

Cada secuencia de trabajo, sea cual sea su naturaleza, está sobredeterminada por este imperativo de reproducción de los modos de valorización y de las jerarquías capitalistas.

¿Por qué la palabra comunismo es difamada y perseguida por aquellos a quienes ella pretendía liberar de sus cadenas? ¿Será porque se ha dejado contaminar por el 'progresismo' del Capital y los imperativos de la racionalidad del trabajo?

Los agenciamientos capitalistas se han apropiado del discurso del comunismo para despojarlo de su capacidad de análisis y de su potencia de liberación. Las diversas variedades de socialismo han sido, también, gangrenadas por las epidemias de 'recuperación'. Unos y otros han pretendido substituir la 'ética' de la revolución social, por una nueva trascendencia de los valores de referencia, surgida de una lógica únicamente instrumental. El sueño de la liberación se ha vuelto una pesadilla. Todas las revoluciones han sido traicionadas y nuestro futuro parece cargado de una inercia histórica infranqueable. Hubo un tiempo en que la crítica atacaba, con justa razón, el concepto de mercado. Hoy día, las almas traumatizadas se someten pasivamente a su yugo, la reinversión como condición pretendidamente menos opresiva de la planificación capitalista y/o socialista.

Hay que reinventarlo todo: las finalidades del trabajo, así como la disposición del socius, los derechos y las libertades. Nosotros volveremos a llamar comunismo a la lucha colectiva por la liberación del trabajo, es decir, en primer lugar, a la lucha por el término del estado actual de las cosas.

Los economistas de cabeza hueca dictan la ley sobre todos los continentes. El planeta es desvastado inexorablemente. En primer lugar, debemos reafirmar que no es cierto que sólo exista

una vía: aquella del imperio de las formas capitalistas y socialistas del trabajo. La persistencia y la vitalidad que éstas manifiestan proviene, en gran medida, de nuestra incapacidad para redefinir un proyecto, así como nuevas prácticas de liberación.

Llamaremos comunismo al conjunto de las prácticas sociales de transformación de las conciencias y de las realidades en los niveles políticos y sociales, históricos y cotidianos, colectivos e individuales, conscientes e inconscientes. El discurso es un acto. Forjar otro discurso sobre este modo puede constituir el primer paso de su destrucción. Nuestro comunismo no será, sin embargo, una fantasía que vaga sobre la vieja Europa. Lo queremos como una imaginación esparciendo procesos al mismo tiempo colectivos y singulares, barriendo el mundo con una inmensa ola de rechazo y de esperanza. El comunismo no es nada más que un llamado de la vida a romper el cerco de la organización capitalística y/o socialista del trabajo, que conduce hoy al mundo, no sólo hacia un acrecentamiento de coacciones de explotación, sino hacia el exterminio de la humanidad.

La explotación se ha vuelto *amenaza de ejecución* sobre la base de la acumulación nuclear y del *peligro de destrucción* y de guerra que ella engendra.

Nosotros no somos deterministas. Pero hoy en día no es necesario serlo para reconocer que la catástrofe está presente y próxima si abandonamos el poder a la organización capitalista y/o socialista del trabajo. Desbaratar la catástrofe es cumplir la acción colectiva de libertad.

La vida cotidiana se ha vuelto temblorosa de miedo. Un miedo que ya no es el que describía Hobbes –guerra permanente de uno contra otro, segmentariedad feroz de los intereses y de las voluntades de poder–; se trata, hoy, de un miedo trascendental, que infiltra la muerte en las conciencias individuales y polariza a la humanidad entera en un punto de catástrofe. Promovida al rango de prohibición fundamental, la esperanza es borrada de este universo turbio. La vida cotidiana no es más que tristeza, aburrimiento, monotonía, cuando ya no consigue organizarse en ruptura de sentido con este espantoso pantano de lo absurdo. La palabra colectiva –palabra, fiesta del *logos* o concertación cómplice– ha sido expropiada por el

discurso de los medios de comunicación de masas. Las relaciones entre los hombres están marcadas por la in-ferencia, por el desconocimiento simulado de la verdad del otro y, en consecuencia, de la suya propia, que cada uno termina por execrar. ¡Lo que no exime a nadie, sin embargo, de sufrir!

La trama de los más elementales sentimientos se desintegra en la medida en que no logra anudarse con líneas de deseo y de esperanza. Una guerra larvada atraviesa el mundo desde hace treinta años, sin que la conciencia colectiva la perciba como acontecimiento-clave en la historia, como empresa masiva, tenaz, encarnizada de destrucción.

Desde entonces, las conciencias pulverizantes-pulverizadas no tienen más recursos que el de abandonarse a *una individualizacion de la desesperanza*, a una implosión personal del conjunto de los universos de valor. Todas las formas particulares de impotencia encuentran su anclaje en este miedo y en esta parálisis masiva de la vida. Sólo la barrera del sin-sentido pasmoso de la existencia, retardará quizás por algún tiempo aún, la transformación brutal de la desesperanza en pasión de suicidio colectivo. La explotación ha tomado el rostro del miedo: un miedo universal físico y metafísico de las líneas de singularidades del deseo, lo mismo que las tentaciones de trenzar para el mundo otras líneas de porvenir.

Y, sin embargo, el desarrollo de las ciencias y de la potencia productiva del trabajo han alcanzado el umbral de una *alternativa (princept) entre la exterminación y el comunismo*, entendido como la liberación del trabajo, reapropiación no de la riqueza producida (este excremento que ni siquiera podemos utilizar como abono), sino valorización de las potencialidades de la producción colectiva.

El comunismo consiste en crear las condiciones de aparición de una renovación permanente de la actividad humana y de la producción social: a través del despliegue de procesos de singularización, de auto-organización, de auto-valorización. Sólo un inmenso movimiento de reapropiación del trabajo, en tanto actividad libre y creadora, en tanto transformación de las relaciones entre los sujetos, sólo un descubrimiento de las singularidades individuales y/o colectivas, aplastadas, bloqueadas, dialectizadas por los ritmos del apremio, lograrán

engendrar nuevas relaciones de deseo capaces de 'invertir' la situación presente.

El trabajo puede ser liberado porque es, en su esencia, un modo de ser del hombre tendencialmente colectivo, racional, solidario. El capitalismo y el socialismo lo someten a una máquina logocéntrica, autoritaria, potencialmente destructiva. La reducción de los niveles de explotación directa y mortal, que los trabajadores han conseguido imponer a través de sus movimientos progresistas, en los países de alto desarrollo industrial, se ha pagado con una acentuación y un cambio de naturaleza de la dominación, con la disminución de los grados de libertad, con una precarización de la paz en las zonas limítrofes, marginales o de bajo desarrollo industrial, donde la explotación del trabajo se ha entrelazado, para colmo, con la exterminación por el hambre La disminución relativa de la explotación en las zonas metropolitanas, ha sido pagada con la exterminación en el Tercer y Cuarto Mundo. No es una casualidad si todos esos fenómenos advienen en el mismo momento en que una liberación del trabajo se vuelve posible, mediante la *reapropiación de éste por los nuevos proletarios de las ciencias y de las técnicas* más avanzadas. Lo que está básicamente en cuestión es la capacidad de las comunidades, de las razas, de los grupos sociales, de las minorías de toda índole para conquistar una expresión autónoma. Ninguna causalidad histórica, ningún destino impone que la potencia liberadora del trabajo esté condenada a medida que crece, a ser cada vez más manipulada y oprimida. ¿Cómo el Capital logra utilizar la fuerza colectiva de trabajo en sus infinitas variaciones, en calidad de variable dependiente, mientras que ésta se presenta a sí misma, en las particularidades y las variaciones que la constituyen; como una invariante insoslayable? Es, con esta aporía, con sus formas constantemente renovadas, que deberán necesariamente enfrentarse los nuevos movimientos de transformación social.

El *rechazo del trabajo*, como perspectiva de lucha y como práctica espontánea, tiende a la destrucción de las estructuras tradicionales que obstaculizan una verdadera liberación del trabajo. Se trata, a partir de ahora, de *acumular otro capital*, el de una inteligencia colectiva de la libertad, capaz de pilotear

las singularidades fuera del orden de serialidad y de unidimensionalidad del capitalismo. Se trata de apuntalar los procesos de aparición y de amplificación de los proyectos de liberación; en otros términos: reconquistar el control del tiempo de la producción, que es la parte más esencial del *tiempo de la vida*. La producción de nuevas formas de subjetividad colectiva capaces de administrar, en función de finalidades no-capitalistas, las revoluciones informáticas, comunicacionales, robóticas y de producción difusa, no constituye de ninguna manera una utopía. Esta se inscribe en la encrucijada actual de la historia como uno de sus desafíos primordiales y depende totalmente de la capacidad que la humanidad experimente para despegar de sus antiguos campos de inercia, para flanquear 'el muro' de los saberes y de los poderes adyacentes a las viejas estratificaciones sociales.

Considerado desde este punto de vista, el comunismo es fundación y reconocimiento de nuevos modos de vida comunitaria y liberación de singularidad.

Comunidad y singularidad no se oponen entre sí. La edificación de un nuevo mundo no opone los procesos de singularización y de enriquecimiento de las potencialidades colectivas. Ambas dimensiones son parte integrante de la liberación del trabajo. La explotación del trabajo, en tanto esencia general, engendra la generalidad; pero en tanto proceso liberador y creador, el trabajo engendra modos de ser singulares; una proliferación de nuevos posibles. El rizoma de procesos autónomos y singulares que éste puede constituir, se enriquecerá infinitamente más en el terreno de una nueva colectividad, que bajo el yugo de la sobrecodificación capitalística.

El comunismo no es el colectivismo ciego, reductor, represivo. Es la expresión singular del devenir productivo de colectividades que no son reductibles, 'remitibles' unas a otras. Y ese devenir implica por sí mismo una continua puesta en acto, una defensa, un refuerzo, una amplificación, una reafirmación permanente de este carácter de singularidad. Es también en este sentido que vamos a calificarlo como proceso de singularización. El comunismo no podría ser reducido, de ninguna manera, a una adhesión ideológica, a un simple contrato jurídico o a un igualitarismo abstracto. Se

inscribe en la prolongación de un enfrentamiento que atraviesa la historia de acuerdo a líneas siempre nuevas, del momento que se encuentran cuestionadas las finalidades colectivas del trabajo.

Innumerables *alianzas de nuevo tipo* ya están maduras en este terreno. Empezaron a buscarse, a tientas, durante la fase espontaneísta y creativa que se ha desarrollado paralelamente a la gran desagregación-reagregación que conocemos, a partir de los últimos tres decenios. Para detectarlas mejor y apreciar su importancia distinguiremos:

los antagonismos molares que se expresan en el plano de la lucha contra la explotación; por medio de la crítica de la organización del trabajo, por medio de la perspectiva de su liberación;

y la proliferación molecular de procesos singulares que transforma irreversiblemente las relaciones de los individuos y de las colectividades en el mundo arterial y en el mundo de los signos.

Progresar en el terreno de los antagonismos molares contra las formaciones de poder capitalista y/o socialista puede contribuir, de manera decisiva, a la maduración de las mutaciones relativas a los agenciamientos productivos . ¡Y viceversa! Pero el desafío que implica la estructuración y los modos de subjetivación de la fuerza colectiva de trabajo, sigue siendo primordial: es el terreno en que se inscriben, en última instancia, la desnutrición del capitalismo y/o del socialismo y la instauración de una sociedad finalizada en la liberación de las nuevas singularidades, que se sitúan de este modo en posición de ser, a la vez, contenido y medio de la revolución. Rescatemos el sueño glorioso del comunismo de las mistificaciones jacobinas y de las pesadillas estalinistas; devolvámosle su potencia de articulación y de alianza entre la liberación del trabajo y la gestación de nuevos modos de subjetividad.

Singularidad, autonomía y libertad son las tres líneas de la alianza que vendrán a anudarse sobre el nuevo puño levantado contra el orden capitalista y/o socialista. Es a partir de ellas que podrán ser inventadas desde ahora, las formas de organización adecuadas a la emancipación del trabajo y la libertad.

1. La revolución ha comenzado en el '68

1. La producción socializada

No es necesario ver *bajo el agua* para darse cuenta de que el *ciclo de la revolución se ha reabierto en 1968* para alcanzar una de sus mayores intensidades. Lo que no era sino una indicación en 1917, lo que las luchas de liberación nacional no consiguieron instaurar de un modo durable, 1968 lo ha puesto al día como posibilidad inmediata de la conciencia y de la praxis colectiva. Sí, el comunismo es posible. Es verdad, aún más que ayer, que éste pena sobre el viejo mundo. En 1968 apareció crudamente revelada, la fragilidad de los 'contratos sociales' sucesivamente instaurados para contener a los movimientos revolucionarios de principios de siglo, aquellos que se sucedieron a la gran crisis de 1929, así como los movimientos que acompañaron y siguieron a la segunda gran guerra imperialista. Sea cual sea el ángulo desde el que se consideren estos 'acontecimientos', es indiscutible que han mostrado que esta contractualización no había, en ningún caso, eliminado o sobrepasado las contradicciones antagónicas de los sistemas capitalísticos.

Examinaremos, a continuación, las tres series de transformaciones materiales que conciernen a la *calidad*, las *dimensiones* y la *forma* del 'producir' capitalista, esforzándonos por poner en relieve la nueva 'repartición de cartas' a la que se verán confrontados, en los años que vienen, los agenciamientos revolucionarios.

La calidad del producir. La lucha entre las clases proletarias y las de los patrones capitalistas y/o socialistas, había engendrado un contexto de producción cada vez más integrado y masificado. La imposibilidad de controlar racionalmente las crisis que revelaba la persistencia de una bipolarización social de los poderes, había inducido el proyecto de una gestión relativamente planificada o, por lo menos, fuertemente centralizada de las economías capitalistas y/o socialistas. En ese marco, la ley del valor dejaba de encarnarse en las semióticas monetarias y económicas, en tanto simple proporción entre cantidades de trabajo concreto, sino en tanto masas de trabajo abstracto, desterritorializadas en diferentes grados e

integrando a los factores de tiempo humano del trabajo directamente dependiente de la producción, 'capitales' de conocimiento colectivo, de formación, de disciplina y dispositivos maquínicos, informáticos, cada vez más sofisticados e integrados a escala planetaria En este contexto, las clases obreras han sido reconvertidas poco a poco en clases de consumo. Para llegar a esa meta, el capital –más o menos socializado– ha debido hacer avanzar considerablemente *los procesos de cooperación en el seno de la fuerza colectiva de trabajo.*

La sociedad se ha convertido para el Capital, en una vasta fábrica en cuyo interior éste negocia las tasas de ingreso con la clase obrera organizada en sindicatos. Esta *desterritorialización de los procesos productivos*, esta asimilación progresiva de la sociedad a la lógica del desarrollo capitalista, ha modificado substancialmente la calidad del 'producir'. La intensificación y la diversificación de los sistemas de garantía de recursos (salarios diferidos, seguros sociales, fondos de desempleo, asignaciones familiares, jubilaciones, etc.) se volvió, durante un tiempo, una especie de sueño social. Conservando la producción su carácter fundamentalmente social, la desterritorialización de los componentes productivos, que operan a un alto nivel de abstracción en el seno de las fábricas, se ha transferido al resto de la sociedad. Como contrapartida, la *producción* se ha visto conferir un carácter reforzado de *socialidad inmediata*. El grado de pertenencia a los diversos engranajes de la sociedad, se ha vuelto la calidad productiva esencial. Se ha establecido una ecuación entre el sentido de la inherencia de la producción y de la participación en las máquinas sociales, instaurando al mismo tiempo promoción y explotación. La reivindicación política de participación se ha visto profundamente removida por esta ecuación: hemos llegado a una situación en que la conciencia de clase, engendrada por las revoluciones del siglo pasado, se ha extendido y disuelto en conciencia social. Todo el esfuerzo de los patrones, que nada ignoran de esta socialización, consiste en mantenerla –sea por vía democrática, sea por vía totalitaria– en el marco de las instituciones y de las reglas de distribución del producto social que les permiten reproducir y reforzar su *posición de dominación*, de tal manera que del plano inmediatamente económico, ésta se transfiera al plano político.

Antes de examinar las consecuencias de esta transformación del mando/ dominación, conviene insistir sobre un aspecto esencial de la transformación de las modalidades del 'producir'. El hecho de que la socialización se haya convertido en una cualidad esencial, no ha dejado de afectar igualmente la dimensión de la producción en cuanto tal. Más que una cualidad formal, la socialización se ha transformado así, en cualidad sustancial. Podemos constatarlo, por ejemplo, en la pérdida de independencia del mundo campesino o en la absorción del sector terciario en los procesos de mecanización rígida, así como 'en el corte' funcionalista de la producción social. Hasta ahora, la producción industrial asociada al modo capitalista y/o socialista de organización del trabajo no había tomado posesión de las estratificaciones sociales, sino desde el exterior.

La gran deflagración antagonística de 1968, ha mostrado que las nuevas modalidades del producir penetraban en el *dominio de la reproducción*. Antes, el mundo de la producción dependía del valor de cambio y el de la reproducción, del valor de uso. Todo eso ha terminado. En este sentido, podemos considerar los movimientos de este período como un resultado necesario.

La familia, la vida personal, el tiempo libre y quizás incluso el fantasma y el sueño, todo ha aparecido sujeto en lo sucesivo a las semióticas del Capital, de acuerdo a regímenes de funcionamiento más o menos democráticos, más o menos fascistas, más o menos socialistas. La producción socializada ha logrado imponer su ley al ámbito de la reproducción, sobre casi toda la superficie del planeta y el *tiempo de la vida humana* ha sido completamente vampirizado por el de la producción social.

Los acontecimientos de 1968 se instauraron como toma de conciencia antagonística de esta formación de la cualidad social de la producción y de los procedimientos de trabajo. Revelaron de manera caótica, pero sin embargo convincente, la contradicción fundamental que soportan estas transformaciones; a saber, el hecho de conferir una inmensa fuerza productiva a la humanidad, imponiéndole al mismo tiempo un nuevo destino proletario: el del expropiado permanente, el del desterritorializado sin recursos, del 'no-garantizado', no sólo al interior del socius, sino también en el registro de las

referencias inconscientes. Generalizando la explotación a todos los niveles de la sociedad y de la vida humana, esta *redefinición del producir* ha engendrado cargas suplementarias de desgracia, y ha puesto al día *nuevos tipos de conflictualidad política y micro-política*. Estas formas integrativas, totalizantes y totalitarias del producir, transforman los viejos modos de esclavismo económico en sujeción política y cultural, y se esfuerzan por reducir a la impotencia toda resistencia a las pretendidas necesidades económicas. Pero es precisamente esta transferencia de los objetivos totalitaristas al plano más molecular lo que engendra a su vez nuevas formas de resistencia en el nivel más inmediato y da todo su relieve a las problemáticas de la singularidad, tanto individual como colectiva. En 1968, esta nueva 'reactividad' se expresó bajo la forma de un gigantesco cortocircuito. ¡Inútil tratar de mistificar estos acontecimientos, como han tratado de hacerlo las cabezas blandas de la recuperación, inútil estigmatizar, en este caso, el retorno de los grandes monzones de la irracionalidad!

¿Qué pueden significar, por otra parte, las referencias a la racionalidad, en un mundo en que las finalidades del funcionalismo anidan en el Capital, que constituye en sí mismo un punto de maximización de la irracionalidad? La pregunta que queda planteada desde el '68, es más bien la de saber cómo constituir una relación liberadora y creadora entre felicidad y razón instrumental.

A partir de esa fecha, hemos igualmente asistido a la *inversión del ciclo de las luchas de liberación contra el colonialismo*, contra el subdesarrollo y a la aparición de tentativas de modernización interna de los sectores más dinámicos de las burguesías capitalistas y/o socialistas. Sólo que hay un largo trecho entre esas tentativas ideológicas y las realidades de la explotación o de las nuevas formas de resistencia en el terreno concreto.

1968 expresa la reapertura material-objetiva y la cristalización de una conciencia crítica de las mutaciones producidas al interior de la fuerza de trabajo y del modo de producción. Esta toma de conciencia apareció ante todo como rebelión y apertura de posibles diferentes, producto del crecimiento económico, de su impasse, de su crisis y de las reacciones de rechazo

que lo ha acompañado. La fuerza esencial de 1968 residió en que, por primera vez en la historia de las revueltas humanas contra la explotación; *su objetivo no fue una simple emancipación, sino una verdadera liberación.* Los movimientos surgían a un nivel de globalidad que sólo podría ser asumido por un tipo de toma de conciencia correspondiente al compromiso en un proceso histórico de singularización. Por vez primera, se pusieron a coincidir con este grado de intensidad, en el seno mismo del torbellino subversivo los macrocosmos molares y los microcosmos moleculares.

1968 marca, en consecuencia, la reapertura del ciclo revolucionario. No ya por la repetición vacía de las viejas consignas, sino por la intervención de nuevas perspectivas de acción, por una redefinición del comunismo en tanto enriquecimiento y diversificación de la conciencia y de la comunidad. Desde luego, ese movimiento sigue siendo inseparable del desarrollo de las luchas sociales anteriores y del re-despliegue de la capacidad de resistencia y ofensiva de los patrones, pero un *salto cualitativo* de importancia histórica se produjo entonces. Habrá sido necesaria la puesta en obra de una inmensa energía colectiva y la constitución de una especie de ciclotrón que acelere los pensamientos y los afectos, para que fuera posible con ese grado de radicalidad y de singularización, semejante movimiento de rebelión de una parte significativa de la población del globo. En 1968 nació una revolución digna de los más auténticos deseos de la humanidad.

2. MÁS ALLÁ DE LO POLÍTICO

Durante estos acontecimientos, el rechazo de la organización capitalista y/o socialista de acumulación de ganancia a través del trabajo social vivo, se encarnó y se impuso también en el terreno político. La protesta que surgió de una multiplicidad de conflictos singulares, *se enfrentó cara a cara con el poder político* gestionario de la producción social. Es en ese sentido que 1968 fue revelador de la naturaleza revolucionaria del movimiento. La política tradicional se encontró totalmente desfasada de este gran movimiento de transformación de la subjetividad colectiva; sin conseguir aprehenderlo sino *desde afuera*, en términos de bloqueo, de represión y ulteriormente,

de recuperación y de reestructuración autárquica. Sin embargo, a través de este desconocimiento y esta denegación, la política tradicional no demostró nada más que su propia impotencia.

Hoy en día la política no es sino la expresión de la dominación de estructuras muertas, sobre los *phylum* de la producción viviente. Antaño, a la salida de los grandes períodos revolucionarios, *la historia reconoció restauraciones políticas* semejantes que no tuvieron otro fin que el de 'cubrir' la profunda ausencia de legitimidad de las élites que se habían amparado del poder. Los príncipes que nos gobiernan parecen haber vuelto, de la manera más caricaturesca, sobre las mismas escenas perversas y vacías, sobre los mismos círculos viciosos que marcaron los días posteriores a la Gran Revolución y a las epopeyas napoleónicas. (Que baste con evocar aquí a la Cartuja de Parma).

Y la exclamación de Hegel nos vuelve al espíritu: "Decididamente, a este templo le falta religión, a Alemania le falta metafísica, a Europa, humanidad, al reformismo, imaginación".

Por el contrario, la imaginación colectiva sigue siendo vivaz, pero ya no puede concebir la política fuera de los paradigmas y de los *agenciamientos* de transformación que comenzaron a ver la luz en 1968.

Esto es evidente, antes que nada, en lo que se refiere a la *izquierda tradicional* Los partidos comunistas históricos, prisioneros de las antiguas figuras de la producción, ni siquiera imaginaron la fuerza revolucionaria del modo de producción social que estaba emergiendo. Incapaces de deshacerse del modelo centralista de organización y del paradigma de 'la vanguardia' separada de las 'masas', se encontraron desorientados y asustados frente a la auto-producción organizacional de este tipo imprevisto de movimiento social.

Fieles al destino unidimensional del movimiento reformista, la irrupción de nuevos deseos en el terreno de la producción y de la reproducción fue vivida por ellos como una catástrofe y los volvió literalmente paranoicos. Lo mismo ocurrió, aunque en menor medida, con la social-democracia.

En los países del 'socialismo real', la reacción fue de la más extrema brutalidad, mientras que *en los países occidentales* fue más insidiosa, maniobrera, llena de compromisos.

En todos los casos encontramos las mismas constantes:

el conservadurismo social, resultante de un recurso sistemático al corporativismo para canalizar las luchas;

la reacción política, resultante de un recurso sistemático al poder de Estado y a las estructuras tradicionales para restaurar la legitimidad de las antiguas 'élites';

el control de la subjetividad colectiva, resultante de un recurso cada vez más intensivo a los medios de comunicación de masas, a los Equipamientos Colectivos y al *Welfare State* (Estado Providencia).

De hecho, los partidos de izquierda fueron atravesados profundamente por los efectos devastadores del movimiento del '68 y, más aún, por los movimientos colectivos singulares que han caracterizado desde entonces las luchas de transformación social. La izquierda se ha aferrado a las estructuras estatales tradicionales en el mismo grado de progresión con que se desmoronaban las viejas relaciones de conflictualidad y de compromiso que ella regulaba desde hacía decenios y que constituían el único fundamento de su 'legitimidad'. ¡Pero paralelamente, esas estructuras sufrieron también la conmoción de los contragolpes del '68! Desde entonces, es el conjunto de la vieja política politiquera que ya no conseguía enmascarar su rostro cadavérico. Las *estructuras constitucionales e institucionales* de los países desarrollados de occidente y de oriente fueron doblemente minadas: *desde el interior*, por su carácter de profunda inadaptación; *desde el exterior*, por las nuevas formas de protesta proletaria, encarnada en la masa inmensa de los excluidos y de los 'no-garantizados' de este tipo de sociedad y por la multitud de minorías que la rechazan activamente. Ningún tipo de tentativa de renovación ha aparecido en ningún lado.

Toda perspectiva de capitalismo 'progresista' que hubiere implicado una mayor participación de las masas populares, fue sistemáticamente borrada. Ciertamente, las estructuras constitucionales democráticas o totalitarias, capitalistas y/o socialistas, sufrieron un cierto número de modificaciones; pero todas en términos negativos, todas más o menos *inscritas en el mismo registro de su separación* con respecto al movimiento cuyos efectos sufrían, mistificando siempre los criterios de funcionamiento de la representación política. A

esta caducidad de las instancias de representación de las fuerzas populares, el poder se ha esforzado por responder con *mecanismos de sustitución y de previsión*, jugando un rol de simulación simbólica, de adaptación y de control. En el momento en que la sociedad entera se volcaba a la producción y en que la organización del trabajo y de la vida cotidiana, en todos sus aspectos, revelaba su naturaleza profundamente política, dicha naturaleza fue reprimida, negada, manipulada. Es un gobierno gótico aquel que pretende retener como horizonte propio, sólo visiones de castillo y de corte, separadas de toda vida real, de pequeños universos aristocráticos incapaces de discernir a su alrededor las nuevas aspiraciones de libertad, las nuevas territorialidades que buscan autonomía. Pero ¿cómo calificar esas mismas aristocracias políticas, cuando desde sus fortalezas pretenden gobernar, cueste lo que cueste, un modo de estratificación social cuyos principios han perdido toda consistencia, supliéndolos por una arrogancia universal y una implacable crueldad?

La enfermedad, la corrupción, la peste y la locura, proliferan en este universo cerrado, como en las casas señoriales del Antiguo Régimen. Pero tienen su tiempo contado: es el tiempo del interregno entre su agonía y el momento en que las nuevas potencialidades históricas lograrán actualizarse. La parálisis de las estructuras políticas y las 'dificultades' gubernamentales consecuentes, constituyen a la vez los síntomas y las características específicas de formaciones de poder moribundas, incapaces de ajustar política alguna a los movimientos de la sociedad.

Es indiscutible que estos problemas vieron la luz a partir de los movimientos de los años '60. En efecto, asistíamos en ese entonces a la aparición sobre el primer plano de la escena histórica, de un crecimiento lancinante de las luchas sociales. Después, como veremos, las tentativas de toma de control de la situación fueron innumerables. Pero ninguna tuvo un efecto profundo, debido al hecho de que la *crisis de lo político* no correspondía (como ha querido hacer creer la derecha más reaccionaria), a simples disfuncionamientos económicos independientes de lo político, sino a una ruptura de la capacidad de las instituciones para transformarse. La crisis de lo político encuentra sus raíces en lo social. El silencio actual de las

formas de oposición política corresponde a una especie de punto de interferencia ciego, punto de neutralización que se ha instaurado transitoriamente entre diversos componentes de la producción social que están, por lo demás, en plena conmoción y en plena mutación. La llamada "muerte de lo político", con la que nos machacan los oídos, no es sino la expresión de un nuevo mundo que está en vías de instalarse y que trata de dar consistencia a modos distintos de auto-valorización, materiales y culturales (ya sea de manera completamente exterior, ya sea sobre las franjas de las formaciones de poder dominantes, pero que, en cualquier caso, les son antagónicas). Por lo tanto, es un mundo en plena mutación el que ha comenzado su expansión en el '68 y que, desde entonces, a través de transformaciones incesantes, de fracasos y de éxitos de toda índole, se ha esforzado por tejer una red inédita de alianzas entre la multitud de componentes singulares que se aferran a él. *Esta es la nueva política*: la exigencia de una recalificación de las luchas de base con vistas a la conquista continua de espacios de libertad, de democracia y de creatividad. Y digan lo que digan los militantes y los intelectuales que "vienen de vuelta de todo eso", no hay nada de anacrónico, nada de retrógrado, nada de anárquico en esta perspectiva, en la medida que intenta aprehender las transformaciones sociales contemporáneas –incluyendo sus contradicciones–, a partir de las actividades productivas, de los deseos y de las necesidades reales que las presiden. Lo que, por el contrario, resulta completamente irracional y delirante es el poder de Estado, tal cual evoluciona desde los años '60, en una especie de estalinismo lunar que no hace sino desmultiplicar al infinito su rigidez y su parálisis institucional. La voluntad feroz de "muerte de lo político" no existe más que en estos Palacios de Espejos del poder.

Para ser vacío y mistificador, este tipo de poder posee sin embargo una temible eficacia. No sabríamos ni subestimar ni ocultar la masa inmensa de dolor y de angustia que encubre detrás de su cinismo y su indiferencia tecnocrática: inseguridad de la vida cotidiana, precariedad del puesto de trabajo, fragilidad de las libertades civiles y quizás, por encima de todo, imposibilidad de dar un sentido individual y colectivo a la vida, prohibición de hecho a la realización de cualquier

proyecto comunitario, a la instauración autónoma de todo 'devenir creativo'. Este dolor, contiguo a la falta de humanidad de la subjetividad capitalista, puede ser convertido en una gama infinita de reacciones de rechazo o de síntomas paradojales: inhibiciones, evasiones de toda índole, pero también sabotaje, transformación del rechazo en odio. Este movimiento de ida y vuelta encuentra su límite cuando el miedo a la destrucción se articula con la conciencia de la locura del poder y cuando el dolor mismo se vuelve vértigo de abolición.

Es esta feroz voluntad de muerte, en todas sus formas, la que constituye hoy en día la naturaleza de lo político y del verdadero fundamento del dolor humano.

3. Las nuevas subjetividades

A partir de los años '60 *nuevas subjetividades colectivas* se han afirmado en la escena de las transformaciones sociales. Hemos evocado lo que ellas adeudan a las modificaciones de la organización y de la calificación social del trabajo; hemos tratado de establecer que los antagonismos que ella comporta no son recuperables en el horizonte tradicional de lo político. Pero queda por demostrar que la innovación del '68 debe ser aprehendida sobre *todo en el universo de las conciencias, de los deseos y de los comportamientos*. Es en este nivel que los *cambios* se han vuelto claramente *irreversibles*. Los nuevos modos de subjetivación han dislocado literalmente los viejos escenarios de la lucha de clases, implantándose en las raíces imaginarias y cognitivas de las nuevas dimensiones del 'producir', convirtiendo su toma de conciencia en un acto de voluntad transformadora. Los procesos de singularización de deseo se han apoyado así, sobre prácticas colectivas que constituyen desde entonces nuevos territorios políticos. Su dramática y tumultosa afirmación ha cuestionado nuestro 'vivir' social y lo ha promovido como base de una mejor expresión subjetiva del conjunto de los sistemas de producción materiales y semióticos. *Su contestación de la propiedad privada es una negación radical* de todas las formas de colectivismo ciego de las empresas capitalistas y/o socialistas y su rechazo del trabajo por encargo, expresa la voluntad de una mayor *productividad social*.

Se trata de romper toda relación de necesidad entre esta última y la masificación de la subjetividad social; se trata de reducir esta relación a una paradoja donde la miseria de esa masificación se vea obligatoriamente confrontada a los más singulares procesos de subjetivación.

¡El comunismo no tiene nada que ver con la barbarie colectivista que se nos ha presentado! El comunismo es la experimentación de la más intensa subjetivación y maximización de los procesos de singularización susceptibles de ver la luz a partir de nuestras raíces colectivas! Ninguna universalidad del hombre puede ser extraída de la abstracción desnuda del valor social.

Tampoco se trata de eso, sino de la manifestación de lo singular como multiplicidad, como movilidad, variabilidad espacio-temporal y creatividad. Este es el único valor sobre el cual es posible, hoy por hoy, *re-construir el trabajo*. Un trabajo que no pretende cristalizarse bajo forma de propiedad privada, que no considera los instrumentos de producción como el fin en sí, sino como vehículo para el desarrollo pleno de la singularidad y para su expansión en rizomas maquínicos (abstractos y/o concretos). Un trabajo que rechaza el mando jerárquico, planteando así el problema del poder; que esclarece las funciones de artificio y explotación de la sociedad y que rechaza todo compromiso, toda mediación entre su propia existencia y la productividad Lo cual implica refundar el concepto de trabajo, tanto al interior de las transformaciones y los *agenciamientos* de producción, como en el marco de prácticas inmediatas de liberación. Las nuevas modalidades de la subjetividad colectiva consolidan en sí esas cualidades y esos deseos de mutación, relativos a la productividad. Esta nueva producción de sujetividad concibe, sin embargo, el poder únicamente en tanto horizonte de liberación colectiva de las singularidades y como trabajo polarizado sobre este objetivo (en otros términos, en tanto auto-valorización y auto-producción de las singularidades).

Las luchas sociales que explotaron en el '68 y en los años siguientes confirieron una enorme fuerza a la toma de conciencia de los estudiantes y de los jóvenes, de los movimientos de mujeres, a los movimientos por la defensa y la

reconquista de la ruptura, por la reivindicación de las diversidades culturales, raciales, sexuales y también a las tentativas de renovación de las concepciones tradicionales de la lucha social, empezando por la lucha de los trabajadores.

Se ha hablado demasiado de *marginalidad* refiriéndose a esas experiencias. Es verdad que la marginalidad ha sido rápidamente tirada hacia el centro y que las reivindicaciones minoritarias difícilmente han llegado a separarse de ese pantano. Y, sin embargo, siguiendo su propio trayecto y articulando su propio discurso, cada una de ellas representa *potencialmente las necesidades de la gran mayoría*.

Potencialmente, ¡pero de un modo que no por eso es menos eficaz! Apropiándose de la sociedad en su conjunto, la socialización productiva ha querido conferir un carácter de universalidad a los individuos, a las comunidades y a sus relaciones recíprocas. ¡Pero esta universalidad con que han sido disfrazados no les conviene para nada! No es un sombrero que sienta bien, sino más bien una máscara, un capuchón que desfigura la expresión de sus necesidades, de sus intereses y de sus deseos. No es una paradoja plantear que *sólo las marginalidades son capaces de universalidad*, o si se prefiere, de movimientos creadores de universalidad. Los 'universales' políticos no conllevan ninguna verdad trascendente; no son independientes de los juegos de la valorización económica, son inseparables de los territorios particulares de poder y de deseo de los hombres. La universalidad política no puede desarrollarse a través de la dialéctica aliado-enemigo, como la tradición reaccionaria y jacobina lo prescriben recurrentemente. La verdad (universal, si hay una) se constituye por el descubrimiento del *amigo* en su singularidad, del *otro* en su irreductible heterogeneidad, de la *comunidad* solidaria en el respeto de sus valores y finalidades propias. Tal es el 'método' y 'la lógica' de las marginalidades, que constituyen el signo ejemplar de una *innovación política* adecuada a las transformaciones revolucionarias exigidas por los agenciamientos productivos actuales.

Toda marginalidad que apueste sobre sí misma, es portadora en potencia de las necesidades y de los deseos de las más extensas mayorías.

Antes del '68, el *problema de la reproducción* seguía siendo marginal con respecto al de la producción. El *movimiento de mujeres* lo ha vuelto central. Mientras las cuestiones relativas a la *formación de la fuerza de trabajo abstracta* e inmaterial seguirán siendo laterales con respecto a la fuerza de trabajo de fábrica, *los movimientos estudiantiles* se han vuelto centrales del mismo modo que las nuevas necesidades propuestas por la imaginación teórica y estética. La conciencia colectiva emergente se reconoció entonces como la articulación medular de una multitud de marginalidades y de singularidades; empezó a verificar su fuerza en la escala de una experimentación social considerable, que no se cerraba sobre sí misma, que no 'terminaba', sino que se abría al desarrollo de las luchas, a la proliferación de los procesos colectivos de singularización y a los *phylum* infinitamente diversificados de su transformación.

El imaginario de la liberación intentó entonces, con más o menos éxito, sobreponerse e imponerse a las ficciones de la realidad dominante. Sus líneas colectivas de sensibilidad, su nueva 'dulzura', su capacidad de conjugar las preocupaciones más inmediatas con las más amplias dimensiones sociales, demostraban que las figuras emergentes de la producción no eran enemigos del deseo, de la libertad y de la creatividad, sino solamente de la organización capitalista y/o socialista del trabajo para la ganancia. Son las finalidades humanas y los valores de deseo los que deberían, sin embargo, calificar y orientar la producción. ¡No a la inversa!

Durante ese período, la *producción de liberación se convirtió en la primera finalidad*. Quizás se necesite todavía un largo tiempo para dimensionar lo que estuvo en juego en ese momento. Insistimos, en ningún caso se trataba de una utopía, sino de la realidad intrínseca al movimiento social de ese período histórico. Quizás fue el movimiento de mujeres el que, con su extraordinaria potencia de desarrollo, hizo avanzar a partir del '68 la nueva síntesis del concepto de producción y de liberación social. Por primera vez, con ese grado de lucidez, la producción para el beneficio y el trabajo para la reproducción de la especie resultaban conmovidos,

revolucionados, sobre el terreno de la más extrema singularidad, la de la 'concepción' total del niño y de la gestación de una nueva dulzura de la vida.

Pero esta formidable experiencia fue también un símbolo: la revolución se entendía entonces como una optimización de las singularidades, como una entrada en la era de la existencia contra el desastre de la situación presente y de sus formas de mando/ dominación. La *corporeidad de la liberación* pasó a primer plano. Insurrección de los cuerpos como expresión de la subjetividad, como encarnación de la materialidad de los deseos y de las necesidades, como promesa –para el futuro– de la imposibilidad de separar la naturaleza colectiva del desarrollo de la singularización de sus fines.

Insurrección de los cuerpos, como liberación efectiva de las gigantescas fuerzas productivas que el hombre, hasta entonces, no hacía sino volverse contra sí mismo. 1968 representa la vertiente subjetiva de la producción; es una 'interpretación' a gran escala de su textura social, que disloca sus problemáticas políticas anteriores en el terreno de la representación, en tanto proyecto singular de liberación.

1968 es también una magnífica reafirmación de la democracia. Que haya adolecido de un 'rousseaísmo' ingenuo, que los últimos campeones del jacobinismo y de un leninismo desfigurado hayan conseguido aprovecharlo para brillar con luces tardías, no altera en nada la potencia de democracia del movimiento. 1968 mostró que el proletariado, de ahora en adelante socializado y singularizado, no querría oír hablar de movimiento político que no estuviese fundado sobre '*agenciamientos*' democráticos en acto. Esto no sólo ha sido una verdad teórica, sino también una afirmación histórica concreta: no hay una forma específica de libertad que no haya estado ligada a las finalidades globales del movimiento y que no haya sido vivida, 'experimentada', por sus componentes. Esta nueva 'distribución de cartas' fue grabada por así decirlo, ontológicamente, en las generaciones que sucedieron al '68. ¡Y quién podrá pretender, hoy en día, mandarnos a la escuela del liberalismo anglo-americano y a su idea de mercado! El anti-capitalismo y el anti-socialismo se han vuelto la única forma que permite un renacimiento de la democracia.

2. La reacción de los años '70: "No Future"

1. El Capitalismo Mundial Integrado

La reactivación de la acumulación productiva capitalista y/o socialista durante los años '70, y la restauración de los mecanismos de mando/dominación pasaron por una *reestructuración del poder*. La integración de lo político y de lo económico, del 'Estado' y del Capital ha sido total. El proceso se ha desarrollado en dos direcciones.

En primer lugar, como integración transnacional –a un nivel mundial cada vez más acentuado– de las relaciones económicas internacionales y de la subordinación de éstas a un proyecto de control policéntrico y rigurosamente planificado. Llamamos Capitalismo Mundial Integrado, CMI, a esta figura del mando/dominación que recoge y exaspera la unidad del mercado mundial sometiéndola a instrumentos de planificación productiva, de control monetario, de sugestión política, con características casi estatales. El Capitalismo Mundial integra en este proceso, junto a los países metropolitanos y directamente dependiente, al *conjunto de los países* del socialismo real y dispone además de los instrumentos de absorción de la economía de numerosos países del Tercer Mundo, cuestionando la antigua posición de éstos, denominada como de 'dependencia periférica'. El mando/dominación estatal y los Estados nacionales están sometidos así a una verdadera *desterritorialización*. El Capitalismo Mundial Integrado no se obstina en recomponer, de acuerdo a nuevas formas de unificación, los flujos y las jerarquías de los poderes estatales tradicionales. Engendra funciones estatales suplementarias que se expresan a través de una red de organizaciones internacionales, una estrategia planetaria de los medios de comunicación de masas, una rigurosa toma de control del mercado, de las tecnologías, etc.

Desde luego, conviene evitar cualquier visión ingenua y antropomórfica del CMI, que llevaría a describirlo como la obra de un Leviatán o como una macro-estructura unidimensional de tipo marcusiano. Su expansión planetaria, así como su infiltración molecular, se operan a través de mecanismos que pueden ser sumamente elásticos y revestir incluso una figura contractual. Las formas de derecho que ambas

revisten emanan más bien de procedimientos continuos, que de un derecho substancial constreñido. Sin embargo, es ese mismo continuum procesal y reglamentario de las relaciones el que consolida la tendencia centrípeta del sistema, diluyendo y 'negociando' el efecto de las crisis en el tiempo y en el espacio, reterritorializando de un modo relativo cada proceso singular.

En *segundo lugar*, y como condición de esta integración mundial, la reestructuración apunta al *modo de producción* y al conjunto de los Componentes de la *fuerza colectiva de trabajo* vinculado a ese modo de producción. Es sobre la base de la informatización de lo social, que esta desterritorialización y esta integración se han vuelto posibles. De esta manera, la explotación suele ser articulada científicamente sobre toda la escena social y los mecanismos de formación del beneficio pueden ser controlados en su más amplia articulación. En esas condiciones, la cadena de la producción del tejido industrial y comercial se extiende a lo social, *no en un sentido simbólico formal, sino material*. La sociedad ya no sólo está subsumida por el mando/dominación del Capital, sino que es totalmente absorbida por el *modo de producción integrada*. Las diferencias de productividad y los diversos grados de explotación pueden ser articulados, entonces, de un modo elástico y difuso al interior de cada segmento geo-político entre las regiones, los países, los continentes. La competencia, principal eslabón del mercado burgués, poco tiene que ver con este proceso de re-calificación capitalista.

La información transnacional de lo social sólo conoce una *competencia*: la que ella puede suscitar *entre los trabajadores* y entre los diversos estratos de la clase obrera y del proletariado. Así, el CMI puede activar dispositivos específicos de análisis y de control de las clases sociales que desintegren las luchas o que pulvericen su potencia allí donde su grado de politización es importante o, al contrario, que las desencadenen de manera controlada, allí donde los problemas de 'despegue' económico y de reforma política se planteen con urgencia.

Como siempre ha ocurrido en la historia del Capital, esta renovación de las formas de mando/dominación del CMI va aparejada con la redefinición de las formas de extracción de la plusvalía (informatización de los procesos de trabajo, difusión

del control social a través de los medios de comunicación de masas, integración subjetiva por medio de los equipamientos colectivos, etc.).

Y como siempre ha ocurrido en la historia de las luchas obreras, este salto hacia adelante de la *organización del trabajo y del Estado ha sido 'anticipado' por los movimientos de la lucha de clases*. Las formas de subjetividad social, emergentes en 1968, engendraron un tejido de luchas moleculares de liberación dirigidas a objetivos simultáneamente inmediatos y de largo plazo, locales, cotidianos, triviales, comprometiendo no obstante el porvenir de la humanidad a escala planetaria.

Efectivamente, ésta fue una operación sumamente compleja y, en más de un sentido, imposible de 'resolver' en el marco de una sola secuencia histórica.

De cualquier modo, la dialéctica seudo-progresista del capitalismo triunfante de la post-guerra se encontró aquí completamente bloqueada. Después del '68, la dinámica entre las diversas funciones del Capital (constante y variable) y la confrontación entre la clase de los capitalistas y la fuerza de trabajo social, han cambiado radicalmente de contexto debido a la multiplicación y a la importancia creciente de *agenciamientos* de subjetividad y de sensibilidad cada vez más heterogénea. La ley del valor ha dejado de funcionar (si alguna vez funcionó de la manera en la que fue descrita), así como las normas de proporcionalidad económica e incluso las modalidades habituales de la simple explotación entre las fuerzas sociales. La *hegemonía social de las nuevas subjetividades proletarias*, una vez afinada, debía adquirir un carácter de irreversibilidad: nada podría impedir que se revelara en el curso de los acontecimientos, sea cual fuere el curso que tomaran las correlaciones de fuerza, los 'altibajos', particularmente en el 'frente' de su afirmación mass-mediática; nada podría extirparlas de las referencias básicas de las luchas futuras. La reestructuración capitalista y/o socialista no depende mecánicamente de leyes más o menos racionales, no es 'científica' –sea cual sea la sofisticación de los dispositivos teóricos e instrumentos de previsión de los cuales se provee–, es *esencialmente represiva*. La informatización de lo social resulta inseparable de su automatización y de su

militarización, de tal manera que la búsqueda de la información tiende a ser reemplazada por producción sistemática. Como las zonas de importancia estratégica, los círculos de reproducción que sostienen la vida y la lucha, son sometidos a un control creciente y llegado el caso, reprimimos preventivamente, resultando así una asimilación estrecha entre el tiempo de la vida y el tiempo militar del Capital.

El tiempo del Capital o la capacidad de traducir toda secuencia de la vida en términos de cambio y de sobredeterminación (con la urgencia y la necesidad de las operaciones de cuantificación económica y de mando/dominación política); el terror a la capacidad de aniquilación de todos los que se niegan a plegarse: he aquí la que caracteriza la restructuración de las funciones tradicionales del Estado, y la expansión indefinida de esas funciones sobre los gestos, la sensibilidad y los espíritus (a través de los equipamientos colectivos y de los medios de comunicación de masas, etc.). Todo se pone en marcha para *controlar los tiempos singulares de la vida*, para reducirlos a los tiempos capitalísticos, *bajo amenaza de liquidación del ser*. La reactivación de la acumulación capitalista y/o socialista en los años '70 debió efectuarse sobre un fondo de terror, cuando se hizo claro que ninguna ley, que ninguna otra normatividad podría imponerse desde entonces entre el Capital y las subjetividades colectivas que comenzaron a proliferar en las mallas de la transformación. La instauración paralela de los fenómenos de integración del capitalismo mundial y de reestructuración informática de la producción social, se ha desarrollado ante todo bajo los auspicios de este terror.

El estado nuclear se ha convertido en la figura central del Capitalismo Mundial Integrado. Sobre él se ha desplegado el abanico de medios de aniquilación que proporciona su armadura al orden capitalista.

Hoy en día, el club de las potencias nucleares no sólo orquesta a gran escala la sumisión de todos los pueblos y naciones a las redes multicentradas que lo constituyen, sino que teledirige además detalladamente (suscita e inhibe, según las circunstancias) la multitud de conflictos y ajustes de cuenta locales, que envenenan la vida de la humanidad. En el *Tercer Mundo*, desde el llamado período de 'descolonización'

esos conflictos se suceden en una especie de guerra mundial no declarada. Esta misma función de terror nuclear sostiene el conjunto de relaciones de opresión, sobredetermina a todo nivel –sea político o micro-político– las relaciones de explotación entre los grupos sociales. Así, la intimidación, la amenaza, se han difundido en todos los poros del socius, sin excluir, desde luego, injerencia directa; y han conferido a los poderes del CMI, la capacidad de controlar los tiempos independientes y creativos de la vida y de transcribirlos en el tiempo de la explotación social; lo ideal, en esta materia, reside en la aceptación pasiva de la miseria y de la impotencia política. El capital responde: *'No Future' a la emergencia de las nuevas subjetividades proletarias*; a pesar de eso, éstas ponen al Estado a la defensiva y lo obligan a veces a reconstituirse únicamente sobre la base del terror. De hecho, todas las perspectivas de formación y de sobrevivencia del Capitalismo Mundial Integrado descansan sobre una inmensa fuga hacia adelante en la expansión de sus capacidades destructivas. Resulta manifiesto que la integración forzada de las subjetividades no operará dentro del marco y en armonía con un proyecto global de reestructuración, sino sólo en la sujeción política y económica instaurada por el Estado y el Capital, descansando, la forma última de esta integración, sobre la posibilidad de anular el estar en el mundo de la especie humana.

Llegados a este punto, se plantea el problema de una redefinición de la democracia. Si bien es cierto que la palabra comunismo ha sido difamada, la palabra democracia ha sido desfigurada, mutilada. Desde la *pólis* griega hasta las insurrecciones populares del Renacimiento y la Reforma, desde las revoluciones proletarias paralelas a las grandes revoluciones liberales hasta las olas de esperanza, expresadas y luego reprimidas, en el caso de las revoluciones socialistas, la democracia siempre ha sido sinónimo de una legitimación del poder a través del pueblo. Legitimación particular, por cuanto concreta, puntual, material, en ruptura con la tradición de una legitimación divina o absoluta.

Con la democracia, la legitimidad es ante todo humana, temporal y especialmente definida. Con el CMI, todos estamos encadenados, porque ya no podemos localizar el poder.

Si tratamos de remontar a su fuente, descubrimos que estamos encadenados a un segundo, tercero, enésimo grado...

El origen del poder remonta siempre más arriba y nosotros no imaginamos verdaderamente en qué medida, sino cuando entendemos plenamente la amplitud de nuestra importancia. Las relaciones políticas llamadas democráticas, que vivimos día a día, no son sino –en el mejor de los casos– falsas apariencias, cuando no nos precipitan pura y simplemente en el dolor o la desesperanza. Ese es el rasgo común, el axioma insoslayable de la reestructuración capitalista y/o socialista del poder político.

2. Norte/Sur: Terror y hambre

Como hemos comenzado a vislumbrarlo, la reacción capitalista y/o socialista de los años '70, integra el mercado mundial de acuerdo a un propósito de explotación del trabajo y de control político que evoluciona de manera homogénea. La transición fundamental se produce durante la fase en que Nixon introduce una serie de iniciativas en materia monetaria y de política internacional. Entre 1971 y 1973, asistimos a una serie de operaciones que confieren su figura política a la red de explotación de las multinacionales ya implantadas en el mercado mundial. En consecuencia, el despegue del dólar y la crisis petrolera articulan bajo un mismo mando/dominación monetario (sustraído a toda función de valor) las reglas de organización de trabajo y las de jerarquía productiva en el plano internacional. La crisis petrolera vacía las cajas de las naciones y empuja al paroxismo la unificación y la centralización financiera. Al principio, durante el período Kissinger, esta operación se presenta como un golpe de fuerza de gran dimensión. Las divisiones que el personal político capitalista y/o socialista conoce en este momento repercuten sucesivamente en la Comisión Trilateral y luego –a través de los acuerdos y las coopciones al interior del CMI– en los nuevos agenciamientos de la voluntad política de la dominación. Es sobre esta base que se dibuja la *cartografía política efectiva de la explotación a nivel mundial.* La integración capitalística determina ciertas polaridades fundamentales en torno a las cuales se mueven subsistemas dependientes, en ruptura

parcial con las jerarquías de poder sobrecodificando las luchas de liberación y las luchas de clases. Eso le permite darse el lujo de emprender operaciones de reorganización en gran escala a nivel de esos subsistemas. Al interior de este juego complejo de sistemas multicéntricos que dispersan los flujos de lucha y operan desestabilizaciones y/o estabilizaciones estratégicas, se consolida un modo de producción transnacional. A lo largo de las nervaduras de estos conjuntos sistémicos, reencontraremos la inmensa empresa de producción de subjetividad informatizada que regula redes de dependencia y procesos de marginalización. *La clase obrera* y el proletariado social productivo de los países metropolitanos centrales se ven por este hecho sometidos a la competencia exponencial del proletariado a las grandes metrópolis del subdesarrollo. Los *proletariados de los países más desarrollados* están de este modo literalmente aterrorizados *frente al espectáculo de esa exterminación por el hambre* que el Capitalismo Mundial Integrado impone en los países marginalizados (con frecuencia; limítrofes).

El *ejército industrial de reserva*, dominado por una nueva ley de pauperismo absoluto, está constituido actualmente sobre bases continentales. El mando dominación capitalista y/o socialista, desmultiplicado en subsistemas subalternos policéntricos hace coexistir las más elevadas tasas de explotación con zonas de miseria y de muerte. Sin embargo, las luchas de liberación no han sido estranguladas ni política ni militarmente. Pero en el marco de esos subsistemas; el CMI no ha dejado de estimular guerras fratricidas dirigidas a conquistar grados intermedios de participación en la integración. El *enemigo ha pasado a ser el pobre, el más pobre* que uno. Si la teoría nunca tuvo necesidad de evaluar lo que está en la base del poder y del mando/dominación sobre la vida de los hombres, encuentra aquí un ejemplo convincente, por cuanto lo esencial del problema aparece situado en la producción, en la organización del trabajo, en la espantosa voracidad capitalista que las estructuras a escala mundial y las somete en el marco de una integración informática y 'mass-mediática' generalizada de los polos de dominación.

El pobre se encuentra, de alguna manera, engendrado dos veces en este sistema: por la explotación y por la

marginalización y la muerte. El terror, que en los países metropolitanos se encarna como exterminación nuclear potencial, resulta actualizado en los países marginales, como exterminación por el hambre. Entiéndase bien: no hay nada 'periférico' en este último propósito. De hecho, no hay sino *diferencias de grado* entre la explotación, el aplastamiento por medio de la polución industrial y urbanística, el Welfare concebido como puesta en barbecho de zonas de pobreza y la exterminación de pueblos enteros, como aquellos que recorren los continentes de Asia, África y América Latina.

Conviene apreciar en su justa medida el carácter novedoso de las formas de control del CMI. Las estrategias de terror y de represión tienden a ser cada vez más *transversales*, puntuales, repentinas.

Cada parcela de tierra, cada segmento geopolítico se ha vuelto potencialmente una *frontera enemiga*. El mundo se ha transformado en un laberinto en el que cada uno puede caer en cualquier momento, a merced de las opciones destructivas de los poderes multinacionales.

A la política de potencia del período de madurez del capitalismo impenalista se ha sustituido una *práctica de piratería*, correspondiente a la fase actual de sobre-madurez del Capital. Las flotas de las superpotencias surcan los océanos y los mares a la manera de Morgan o de Olonnais.

¡Preparémonos para asistir a los ajustes de cuentas entre los submarinos de los filibusteros nucleares capitalistas y/o socialistas! Esta guerra permanente del CMI contra la sociedad mundial se desarrolla no sólo en los ámbitos terrestres, marítimos y áreas explícitamente militarizadas, sino también en las esferas civiles, sociales, económicas, industriales.

Y también ahí, según filiales transversales infinitamente diversificadas, de operadores de poder inaprehensibles para el común de los mortales, sin control político y sindical (por lo menos en el sentido tradicional) y en cuyo seno se entrecruzan las multinacionales, las mafias, los complejos militar industriales, los servicios secretos; incluso "los subterráneos del Vaticano"... En todos los niveles, en todas las escalas, todo está permitido; especulaciones, rapiñas, provocaciones, desestabilizaciones, chantajes, deportaciones masivas,

genocidios. En esta fase virulenta de decadencia, el modo de producción capitalista parece reencontrar, intacta, la ferocidad de sus orígenes.

Todas estas modalidades se inscriben al interior de un mismo *continuum de integración* de la información, del mando/dominación y del beneficio. Si bien es verdad que durante un largo período, las luchas planetarias de 'liberación comunista' se desarrollaron -al menos en la imaginación de los revolucionarios- según el *eje este-oeste*, hay que admitir que las *contradicciones fundamentales por la que atraviesa hoy día el modo de producción del Capital Integrado a nivel mundial se distribuye emblemáticamente entre el norte y el sur*. Si alguna vez la Plaza Roja representó un faro de esperanza, el sistema socialista se ha vuelto el estadio supremo de la degeneración del capitalismo y es parte integrante del eje multivalente de la explotación norte-sur. La reestructuración capitalista y/o socialista de los años '70 ha saturado mutualmente los antiguos modos de producción, ha redistribuido las funciones de sus protagonistas y reorganizado la división de la explotación a nivel mundial.

Es de buen gusto en las filas de la *intelligentsia* occidental, proclamar que por razones estratégicas o viejas reminiscencias maoístas, los países del socialismo real y en particular la URSS, constituirían una amenaza más importante para Europa y los países del Tercer Mundo, que EE.UU.

Ese no es en ningún caso nuestro punto de vista; ¡no creemos que pueda preferirse el oeste al este! En la medida en que creemos considerarnos 'ciudadanos del mundo', no nos sentimos concernidos por el antagonismo existente entre las dos superpotencias. Peligrosa, agotadora, dramática, esta confrontación es, en cierto sentido, artificial, mistificadora, puesto que está sobre-determinada por un *acuerdo funcional fundamental* relativo al sometimiento de la fuerza productiva de los proletariados europeos y a la apropiación de áreas de expansión y de aprovisionamiento casi gratuito en materias primas y fuerza de trabajo sobre otros continentes.

Sin recurrir en 'última instancia', a una referencia marxista, sino simplemente a la luz del buen sentido y de la percepción cotidiana de las relaciones internacionales, nos parece

que el ascenso actual de la tensión este-oeste se propone, antes que nada, enmarcar el aplastamiento por el hambre y la destrucción de pueblos enteros, en una misma fiebre de reproducción mediante la ganancia, que amenaza a las castas dominantes tanto en EE.UU. como en la URSS.

A largo plazo, en consecuencia, complementariedad y complicidad para asentar una denominación común a escala planetaria, sobre la división del trabajo y su explotación

¡Y es precisamente a esta escala que la 'misión civilizadora' del capital ha mostrado la talla de su ferocidad y de su absurdo! La pobreza, la marginalización, la exterminación, el genocidio aparecen como las consecuencias últimas de un modo de producción que se ha instaurado en simbiosis, hasta ahora relativamente pacífica, con las luchas de la clase obrera de los países metropolitanos. Pero frente a la crisis de su propio sistema de rentabilidad y a la degradación de sus propios principios de legitimación, el Capital está obligado a recurrir (y a teorizar el recurso) a los medios más extremos. La era de la sobre-madurez del capitalismo revela la violencia de sus orígenes en un clima de pánico derivado del debilitamiento de sus motivaciones. La reestructuración capitalista del mercado mundial, en operación desde los años '70, ha traído una *aceleración extraordinaria de los procesos de integración*, difiriendo al mismo tiempo sus efectos bajo la forma de crisis paradojales. Si bien la integración capitalística del mercado mundial no ha coronado los sueños de promoción de una civilización más humana, ha mostrado, por el contrario, hasta qué nivel podía alzarse la crueldad y el cinismo del modo capitalístico de producción. Las tentativas de superación de las contradicciones internas, engendradas por la emergencia de nuevas subjetividades colectivas fundadas en la ampliación del mercado (a pesar de la prudencia del personal político del tipo Kissinger o Carter), no sólo no ha puesto fin a la crisis interna de los países metropolitanos centrales, sino que la han llevado al paroxismo, *extendiendo sus efectos devastadores, a todos los rincones del globo.*

El espacio dominado por el Capital, subdividido, fragmentado, segmentado, funcionalizado según las finalidades de su mando/dominación, se abre como un nuevo terreno de

resistencia y de conquista. Las armas extremas de la exterminación y de la marginalización *no lograrán bloquear indefinidamente los procesos de recomposición*, cuya vitalidad puede vislumbrarse desde ya. Es importante subrayar la correlación entre el nivel alcanzado por la restructuración capitalística y las dimensiones sin precedentes de la crisis del último decenio. Podemos constatar, así, por una parte, que incluso en las pruebas más terribles, la nueva disidencia social no ha dejado de pensar en la situación, de acelerar la crisis; y, por otra parte, que los instrumentos de control capitalísticos aparecen cada vez menos adaptados a su función, cada vez más ineficaces. Fue durante el verano de 1982 que el ciclo de reestructuración iniciado entre 1971 y 1973, enfrentó una primera barrera decisiva cuando los países más endeudados del Tercer Mundo amenazaron a los consorcios bancarios con desatar deliberadamente su propia bancarrota en respuesta a la política de estrangulamiento deflacionista de la que eran víctimas. Pareciera ser que haya aparecido, entonces, –de un modo irreversible– un nuevo tipo de proceso de liberación y de auto-organización a gran escala. Volveremos sobre esto más adelante.

3. La derecha en el poder

El mecanismo de control temporal y espacial de las luchas, instalado a lo largo de los años '70 durante la reestructuración capitalista y/o socialista del modo de producir, ha investido las nuevas figuras de lucha de clases. Ahí donde la derecha ha triunfado, el CMI ha logrado institucionalizarlas y hacerlas actuar como motor de reestructuración.

Como nos lo muestra el ciclo reaccionario de los años '70, los instrumentos puestos en marcha por el CMI para canalizar e incluso producir la lucha de clases en el marco de la integración institucional residen:

1. En su capacidad de instalar *sistemas de competencia transnacionales* entre sectores de clase;

2. En la utilización de *políticas monetarias deflacionistas* productoras de desempleo;

3. En la reconversión de la *política del Estado Providencia* hacia un crecimiento 'controlado' de la pobreza. Esta política

se acompaña de una *represión pulverulenta*, molecular, de todas las tentativas de resistencia y de libre expresión de las necesidades.

Es esencial que el control que esta política promueve logre volverse eficaz en el imaginario colectivo y determine así una situación de crisis difusa en la que tratará de separar:

1. El sector del proletariado con el que sus instancias de poder pretenden negociar una garantía de reproducción;

2. La inmensa masa de los excluidos, de los 'no garantizados'.

Esta división es jerarquizada desmultiplicada al infinito en el mercado del trabajo, en el cual se registra la competencia entre los obreros y, más allá, en el 'mercado social e institucional', en el que están obligados a 'hacerse valer' todas las otras categorías de población.

Los acontecimientos revolucionarios de 1968, como también las transformaciones materiales del modo de producir, han mostrado el peso determinante que seguía teniendo la clase obrera en la escena social. El espíritu de competencia entre los obreros se debilitó entonces, en beneficio de una toma de conciencia de objetivos revolucionarios que concernían a un número creciente de categorías de oprimidos. Pero con el retorno de la derecha al poder, durante los años '70, asistimos a una *nueva segregación de la clase obrera* que se replegaba a sus 'ventajas adquiridas', sus garantías, sus *privilegios corporativos*. Hemos asistido a la paradoja de la institucionalización que pre-forma una clase obrera enemiga de sí misma (esta vez sí podemos hablar de una 'nueva clase obrera'). En este contexto, las luchas estaban condenadas a seguir siendo institucionales, a ser pilotadas por el CMI, llegando a mostrarse frecuentemente incluso como los mejores soportes del conservadurismo político y social. (Sobre todo en el terreno molecular de la absorción del trabajo social por el Capital y contra la difusión social de las necesidades revolucionarias y de los deseos de transformación). Nos parece fundamental insistir en este punto: hoy en día, Stakhavnov, la dignidad superior del obrero de mano callosa (del que Reagan siente nostalgia), una cierta concepción de la centralidad obrera y todo el viejo imaginario vehiculado por los sindicatos y por la izquierda, con un desconocimiento sistemático de la inmensa

mayoría no-garantizada del proletariado, todo esto se descompone irremediablemente.

El *'socialismo real'* se ha convertido en un *instrumento privilegiado de la división del proletariado metropolitano*; un arma directamente maniobrada por el conservadurismo capitalista. Lo que no significa, sin embargo, que las clases obreras en tanto tales no puedan desarrollar en el futuro luchas decisivas en la dinámica de las transformaciones sociales. Pero *sólo a condición de que éstas sean radicalmente recalificadas por las revoluciones moleculares que las atraviesan.*

De hecho, las estructuras capitalistas y/o socialistas de los años '70 han enfrentado las nuevas subjetividades revolucionarias, obligándolas a interiorizar su conciencia potencial y a pasar por el bisturí de sistemas de control tecnológicos y de una red de equipamientos colectivos cada vez más sofisticados. El objetivo fundamental del CMI fue llegar a una ampliación máxima de la dimensión productiva integrada, a nivel social y a nivel político; derivada de la re-introducción de la pobreza, del hambre y del terror como instrumento de división. La victoria de la derecha ha descansado en su capacidad para neutralizar la recomposición de esta subjetividad revolucionaria, que ha encontrado frente a la terrible dificultad de reconstruir líneas unitarias para enfrentar la explotación.

Este viraje reaccionario ha logrado asumir, derrumbar y atomizar todo lo que en el '68 se había revelado como nueva potencia del proletariado, a saber: el conjunto de los componentes sociales y de las capacidades colectivas de articular la multiplicidad molecular de sus necesidades y de sus deseos. La división impuesta a través de los instrumentos de violencia económica e institucional ha sido consolidada mediante la promoción de un simbolismo de la destrucción, llevado al extremo.

El *'exterminismo' se ha vuelto el valor de referencia (por excelencia.)*. Exterminación, por medio de la sumisión o la muerte, como horizonte último del desarrollo capitalista. La única ley de valor que el capitalismo y/o socialismo conoce hoy día es la del chantaje de la muerte. No nos dejaremos llevar por ese realismo mortífero. "¡Es justo rebelarse!".

La responsabilidad de las organizaciones profesionales del movimiento obrero, que quedaron aprisionadas en la alternativa ilusoria entre capitalismo y socialismo fue decisiva en aquel entonces. Hay que reconocer que, aunque el desarrollo del modo de producción y la maduración de la conciencia colectiva hayan sobrepasado completamente el esquema de esa alternativa, sus efectos de deriva, de mistificación y de paralización de toda iniciativa en el movimiento obrero se siguen sintiendo con igual fuerza. La inercia que los movimientos sociales han mostrado, en numerosas situaciones, la incapacidad del movimiento revolucionario para constituirse sobre bases políticamente nuevas, la impotencia del proceso de transformación para imponerse plenamente, están esencialmente *condicionadas por el monopolio del imaginario y de la representación política sellado desde hace decenios por la alianza entre el personal capitalista y socialista.*

Esta alianza se apoya en la instauración del modelo de doble mercado de la fuerza de trabajo: el de los trabajadores garantizados y el de los no garantizados (legitimando, el socialismo, sólo el primero de ellos). De ello ha resultado una sociedad paralizada, comparada a la del Antiguo Régimen, pero, a la larga, tan insostenible como ésta, puesto que innumerables fuerzas moleculares que expresan su esencia productiva, la modelan subterráneamente De ahí sus temáticas obsesivas: seguridad, orden y represión. De allí su *imaginario de la urgencia*, su obsesión de la crisis, la impresión que transmite de no poder actuar sino golpe a golpe, sin retroceder, sin proyecto coherente. Arrastrados en la misma deriva, el *capitalismo* y el *socialismo* constituyen hoy en día, los *dos pilares del conservadurismo*, e incluso, en ciertos casos, de la *reacción fascistizante*.

A pesar de todo, una nueva revolución tuvo su auge en 1968. ¡No son los fantasmas de "muerte de los políticos" o "implosión de lo social" quienes cambiarán algo de ese hecho! A partir de los años '70, el capitalismo y/o socialismo se ha visto obligado a admitir su fracaso en materia de progreso social, de gestión coherente de las relaciones económicas y sociales a escala internacional, de impulso en los dominios vitales de la creación técnico-científica. Se ha revelado como

lo que es, vale decir: un sistema de reproducción feroz e irracional, que obstaculiza el desarrollo de los *agenciamientos* colectivos de producción e inhibe los movimientos de valorización y de capitalización de las riquezas que éstos engendran. El mercado mundial, lejos de responder a los principios que el liberalismo pretende refundar, no es sino un instrumento de 'encuadramiento' de la pobreza y de la muerte, un 'reticulado' de la marginalización y de la disciplinarización planetaria, cimentados en el terror nuclear. Insistimos infaltablemente: la 'razón' última del capitalismo y/o socialismo es su imposible tensión hacia un único paradigma: el de una pasión de abolición dirigida contra todo lo que no participa en la manutención de su propio poder.

Pero esta pasión amenaza también internamente la razón instrumental misma. En efecto, la voluntad de exclusión y de segregación del Capital Mundial Integrado tiende a volverse contra él, amenazando la consistencia de sus propios sistemas de comunicación política, y reduciendo casi a cero sus capacidades de apreciación objetiva de las correlaciones de fuerza. ¡También podemos temer que se abra ante nosotros la era de los grandes paranoicos del poder!

De ser así, la *empresa de reconquista de la significación del trabajo, inaugurada el '68, se identifica con la de la liberación de la vida y de la reconstitución de la razón*. Para todas y donde sea... promover las potencialidades que conllevan las nuevas singularidades.

3. La revolución continúa

1. La recomposición del movimiento

En el contexto de la reestructuración de la producción emprendida por el CMI, a partir de 1968, las nuevas subjetividades revolucionarias aprendieron a reconocer las *rupturas* impuestas por el enemigo, a medir su consistencia y sus efectos. La primera determinación fundamental del CMI consiste en que independientemente de las segmentaciones sociológicas, éste produce un modelo de subjetividad por lo menos *tripolar*, que atraviesa sincrónicamente el conjunto de los

niveles colectivos inconscientes, las conciencias personales y las subjetividades de los grupos de cualquier envergadura (grupos primarios, etnias, naciones, razas, etc.).

Esos tres polos son: *un polo elitista*, que comprende tanto la capa dirigente y los estratos tecnocráticos del este y del oeste, así como los del Tercer Mundo; *un polo garantizado*, que atraviesa las diferentes especificaciones de clase; *un polo no-garantizado*, que recorre igualmente cada estrato de la sociedad.

En estas condiciones, las nuevas subjetividades revolucionarias se enfrentan, desde el principio, a un deseo de paz, de seguridad colectiva, de salvaguardia de una reproducción mínima contra el desempleo y la miseria. Este miedo pánico al infierno de la falta de garantías, lo encontramos al interior de tres polos de subjetividad: entre las poblaciones totalmente desprovistas, entre los estratos proletarios relativamente garantizados por el trabajo asalariado o la Welfare (asistencia estatal), del mismo modo que entre ciertas capas de la élite cuyo estatuto se ve fragilizado sistemáticamente. Es evidente que la base esencial de la producción contemporánea reposa en la masa fluctuante, constituida por esa mezcla y esa dosificación continua de garantismo y no-garantismo. Los *no-garantizados constituyen un punto de apoyo fundamental para la instauración del poder capitalístico*: a partir de ellos logran consistencia las instituciones de represión y de marginalización. *Pero* en contrapunto, a raíz de los valores y del potencial productivo del que son portadores, los no-garantizados asumen un rol social en el nuevo marco del poder y de la explotación. Conviene agregar que ellos son los detentores de luchas y de líneas de imaginación capaces de catalizar devenires singulares, de engendrar otras referencias, otras praxis, dispuestas a romper la inmensa máquina de control y de disciplinarización de la fuerza colectiva de trabajo.

La historia de las luchas de los años '70 esbozaron ya un proceso de recomposición y de liberación social.

Numerosas matrices de ruptura fueron engendradas entonces por los nuevos agenciamientos proletarios. Sea cual fuere su diversidad, todas ellas se originaron en las

prodigiosas mutaciones de una fuerza productiva social cada vez más compleja, super-poderosa y desterritorializada, afirmándose con reforzada evidencia contra la normalización represiva y la reestructuración basada en la segmentaridad y en la estratificación social. Estas *fases de lucha* fueron significativas, sobre todo como experiencia de descubrimiento y de compresión obrera de las censuras y de las sobrecodificaciones corporatistas impuestas al socius proletario, y también como experiencia de lucha interna contra la violencia, con la que el CMI ha tratado de impedir los procesos de innovación en los diversos dominios concernidos. La segmentación tripolar propia del CMI se ha visto recubierta por luchas internas a las luchas de cada componente subjetivo. Como siempre, ha ocurrido en cada fase de emergencia de una nueva subjetividad social, la calidad, la fuerza, la cohesión de estas luchas han sido el resultado de un 'self-making' colectivo. La necesidad, la conciencia y la producción se fusionaron al interior de este proceso... Los años '70 estuvieron marcados, en consecuencia, por la *emergencia continua de los momentos de ruptura* que puntearon las tentativas de reestructuración capitalista y/o socialista, caracterizados todos, por subjetivaciones de nuevo tipo y por un esfuerzo colectivo y particular de redefinición de su perspectiva.

Del '77 italiano a la *Grosse Bruch* en Europa Central (Alemania, Suiza, Holanda), de la revolución iraní a la epopeya de *Solidarnosc* y a la reactivación de las luchas revolucionarias de América Central, hasta los movimientos de liberación de gran alcance que comienzan a irrumpir en el Cono Sur; donde sea que dirijamos la mirada, reaparecen esas características principales del proyecto. Las luchas internas y antagónicas a las políticas reaccionarias de reestructuración se desenvuelven, ya sea contra sus texturas represivas o al interior de esos procesos de subjetivación, como tensión unificadora y como perspectiva de auto-liberación. Nunca antes las luchas revolucionarias habían 'apuntado', con ese grado, a la definición teórica y a la realización práctica de una orientación que descansa intrínsecamente en la subjetivación colectiva y que implica, en consecuencia, la liquidación de todas las ideologías de la vanguardia exterior. *Nunca antes la autonomía se ha presentado con tanta fuerza, como primer objetivo.* Insistimos: en esto no hay nada anárquico, puesto que se trata esencialmente de una autonomía cualitativa, capaz de aprehender la complejidad social de los movimientos y de acogerla como un proceso subversivo de convergencia, centrado en la calidad de la vida y en la reconstrucción comunitaria de las finalidades de la producción; puesto que se trata también de asumir a través de ella la paz contra todas las formas de terrorismo y de imponer la negociación de masas como base de movilización y de organización.

Por cierto, es necesario estar atento cuando abordemos el problema de las experiencias y de las iniciativas de los nuevos sujetos. Frecuentemente, durante los acontecimientos que hemos evocado (a partir del '77 italiano), la acción de esos nuevos sujetos ha sido presentada desde un punto de vista teórico en términos de hipótesis y, desde un punto de vista práctico, en términos de función lineal. Una vez más, corríamos el riesgo de recaer en la vieja mitología de "la acción de masas". Estas ilusiones son las resultantes, quizás inevitables, de la decepción y del reflujo. Pero no es posible ahorrar la aclaración teórica de esta cuestión. La lucha teórica contra tales ilusiones conducirá a una aceptación sin reservas y sin impaciencia de la situación real; es decir, del hecho que la universalidad de la proposición de transformación debe diluirse necesariamente en la multiplicidad de los movimientos, en las ocasiones contradictorias que los caracterizan y en el 'largo plazo' del movimiento de la imaginación colectiva.

Antes de desarrollar este punto, debemos insistir en el esfuerzo constructivo que los *nuevos modos de subjetivación* han cumplido en una escena profundamente modificada con respecto a la historia y a las tradiciones del movimiento obrero y revolucionario, a raíz de la ampliación de las competencias y de los resultados de los *agenciamientos* de subjetivación que se hallan implicados. Confrontados con la amplitud de la producción de subjetividad totalitaria por los Estados capitalísticos, los agenciamientos revolucionarios *plantean el problema de la calidad de vida, de la reapropiación de la autoproducción en dimensiones igualmente vastas.* Por medio de un movimiento provisto de cabezas múltiples y de una

reorganización proliferante, sus instancias de liberación podrán revelarse capaces de ocupar el espectro completo de la producción y de la reproducción. Cada revolución molecular, cada autonomía, cada movimiento minoritario harán cuerpo con un aspecto de lo real, para exaltar las dimensiones liberadoras singulares y romperá así con el esquema de explotación que el Capital impone como realidad dominante. Es esta nueva toma de conciencia del proletariado moderno (desterritorialización y fluctuante), la que permitirá visualizar la ruptura de las segmentariedades capitalistas y reformular, *no las consignas*, no el programa, *sino las 'proposiciones diagramáticas' del comunismo y de la liberación*. Lo que explica la aceleración positivamente catastrófica que ha conocido el movimiento en la curva de los años '80. Es el carácter hiperreaccionario que ha asumido la reestructuración capitalística. Esta reestructuración no ha dañado, sin embargo, los puntos de emergencia de las nuevas subjetividades proletarias; simplemente ha comprimido su elasticidad. En todo caso, numerosos signos nos indican que el movimiento está nuevamente a punto de efectuar pasos de avance, rompiendo los cercos represivos que han logrado bloquear sus fuerzas durante el último período.

Si volvemos a la tripartición propuesta anteriormente y examinamos cómo los procesos de recomposición recorren, ya sea el polo elitista, ya sea el polo garantizado, ya sea el polo no-garantizado, podemos descubrir con qué amplitud el *movimiento de las nuevas alianzas* ha planteado sus premisas . Ello resulta sensible desde que se toma en cuenta la fluidez de relaciones que la crisis ha introducido, y no cesa de acentuar, entre los garantizados y los no-garantizados. Pero esto no es menos evidente cuando se consideran las articulaciones que el polo elitista mantiene con los otros dos. Numerosos individuos que actúan en la administración y en los más altos niveles de las instituciones del saber, se vieron implicados durante estos últimos diez años, no sólo en un proceso de precarización continua de su rol y de su función, sino también, introducidos en la conciencia crítica elaborada de la legitimidad de su estatuto. La irracionalidad y la locura de las opciones reproductivas del CMI, la obsesión de la carrera

armamentista de la era nuclear, el vértigo de la hambruna y del genocidio profundizan las diferencias y engendran las discrepancias, hasta empujar a ciertas élites dirigentes al rechazo y a la disidencia. Este proceso, generalmente desfigurado y ridiculizado cuando se le remite al mercado de la propaganda, muestra. La expansión de la resistencia de las nuevas formas de subjetividad. Antaño, una de las consignas de los comunistas consistía en proponer la importación de la lucha de clases al interior de las instituciones; hoy día, constataremos más modestamente, que los nuevos sujetos son capaces de exportar sus valores y sus referencias antagónicas a los niveles más altos de la administración y de las instituciones del saber. Los verdaderos procesos de disidencia no son recuperables; ¡no se trata de una mercadería que pueda ofrecerse como regalo al adversario!

De hecho, la revolución continúa. *El carácter de irreversibilidad de los procesos cumplidos se consolida*. Las nuevas subjetividades reagencian su identidad política 'asimilando' (es decir, semiotizando y fagocitando) los obstáculos dispuestos por el adversario –incluidos aquellos que éste les ha hecho introyectar–. Las cualidades mutantes de las fuerzas colectivas de trabajo, las fuerzas vivas de proletariado urbano no-garantizado y la red transfinita de los *agenciamientos de enunciación desidentes* sin instaurar como otros protagonistas de un nuevo ciclo de lucha.

2. La cisura terrorista

El desarrollo de las nuevas subjetividades ha sufrido profundas cisuras internas durante este proceso; cisuras que responden, en primer lugar, al modo de producción capitalístico que hemos descrito anteriormente, como también a las convulsiones internas de los movimientos. Todo período histórico puede ser afectado por el nacimiento de polos elitistas y de brotes extremistas de auto-exaltación, que se desarrollan en detrimento de los intereses de los movimientos que pretenden representar. Esto ha sido particularmente evidente durante el período en el cual el CMI se abocó a defender y refundar el modelo de una segmentación sistemática de los movimientos sociales y de las ideologías.

Quizás, el terrorismo fue la más profunda y más loca cisura que conocieran los revolucionarios a lo largo de los años '70. Frente a la presión reaccionaria ejercida por el Estado y el CMI para bloquear el movimiento de liberación; frente a las tentativas de división y de puesta en competencia de las diferentes categorías de explotados (dirigidas a fijar las relaciones sociales y constitucionales en niveles ya superados) y frente a la rigidez cadavérica de las formas del poder dominante, la rabia y la frustración se apropiaron de sectores enteros del movimiento. En un contexto de ebullición molecular y de maduración de las nuevas subjetividades revolucionarias, *el Estado creyó conveniente* imponer un orden molar de retorno a una dicotomía social reforzada y emprendió, entonces, un proceso de despliegue extensivo de sus fuerzas, adoptando medidas drásticas y desplegando dispositivos de control y de represión altamente sofisticados. Al mismo tiempo, el terrorismo de Estado emprendió la destrucción indiscriminada de todas las disidencias existenciales y políticas.

En este terreno, el CMI procedió a una verdadera movilización de las funciones del Estado y desencadenó *un nuevo tipo de guerra civil*: no sólo con medios militares y policíacos, con legislación de excepción, sino también con instrumentos de guerra psicológica e informática y estrategias políticas y culturales adecuadas.

Durante los años '70, esta especie de guerra civil creó una base favorable al desarrollo de la más extrema reacción. Para comprender lo que pasó entonces, es necesario tener presente en la memoria los desafíos considerables de la prueba de fuerza iniciada, entre los nuevos deseos y necesidades de la subjetividad colectiva, por una parte, y los diferentes componentes actuantes en la restauración/reestructuración de la producción y del mando/dominación; por otra. Es verdad que la guerra civil ha permitido con frecuencia al Estado proveerse de las fuerzas y el estímulo necesario para 'reaccionar' contra una situación que ya no controla. ¡También los nuevos revolucionarios tienen mucho que ganar con el reconocimiento realista de las realidades en las que se desenvuelven!

Lo mismo que ciertos grupos pueden tener la ilusión de estar en condiciones de controlar por sus propios medios este

tipo de situación, corriendo el riesgo de situarse en el *terreno de enfrentamiento molar, deseado por el enemigo, identificándose con él en cierto sentido*, entrando de lleno en los moldes imaginarios y en las trampas de la dominación política que le son tendidas al movimiento

Los años '70 son entonces los de una guerra civil, cuya escalada, impuesta por el CMI, ha conducido a exterminaciones puras y simples, como la de los Palestinos. No podemos negar que en ese contexto, el terrorismo de origen obrero y proletario no haya logrado a veces tomar la iniciativa, pero sin salirse en todo caso del *círculo vicioso de la sobredeterminación capitalística*. En lugar de reducirla, éste no ha hecho más que consolidar la voluntad de los poderes dominantes de aislar, de ejemplarizar y de neutralizar los conflictos.

¡La perspectiva del movimiento revolucionario, correspondiente a las transformaciones históricas reales, es completamente distinta! ¿De qué manera los nuevos componentes subjetivos podrán conquistar espacios suplementarios de vida y de libertad?

¿Cómo vaciar de su substancia la potencia del enemigo impulsando otros tipos de fuerza, de inteligencia y de sensibilidad? ¡He aquí, más bien, las preguntas que le pertenecen!

Desde todo punto de vista, el terrorismo rojo ha sido *una cisura desastrosa* para el movimiento. Pero, en particular, el impulso que dio a la reactivación de las concepciones centralistas abstractas e ideológicas de la *organización*. Su loca búsqueda de puntos centrales de enfrentamiento redundó en un leninismo dosificado, desconectado de todo *phylum* histórico, reducido por completo a una interpretación centrada en la figura de Estado, especie de referencia paranoica que se pretendía imponer a la recomposición de la subjetividad proletaria. *Nada es más urgente que terminar con esta falsa alternativa*. Hay que impedir el acceso a los territorios del movimiento, a esos absurdos mensajeros del pasado. El terrorismo rojo sólo tiene un destino: el del fracaso y el de la desesperanza. No cumplen más que la función de frenar el inmenso potencial de liberación que ha aparecido durante este pesado período de reacción que atravesamos. Toda vez que plegándose a los ritmos históricos y a las programaciones adversas, el

terrorismo rojo se ha mostrado como lo que es: una forma paradojal de conservadurismo.

¿Pero, por eso mismo, las formaciones de poder capitalista no han "tomado la medida" de los movimientos autónomos y secretado las 'anti-toxinas' capaces de impotenciarlos? Es a esta pregunta a la que están confrontados los militantes de las generaciones precedentes que 'reemergen', como de una bruma, del gran desastre reaccionario.

La cisura terrorista de origen proletario de los años '70 se ha vuelto locamente, *mortalmente peligrosa para el auge de los procesos revolucionarios que habían comenzado a destotalizar, a desterritorializar las estratificaciones del poder a todos los niveles.* Resulta claro también que las ideologías que la alimentaron deben ser apartadas con fuerza, como tantas otras desviaciones que no hacen más que desnaturalizar y conducir al fracaso las luchas del movimiento real. Siendo así, hay que reconocer que esta ola terrorista ha planteado un problema verdadero a través de premisas y de respuestas radicalmente falsas: ¿cómo ligar la resistencia contra la reacción, con la instalación de un nuevo tipo de organización? La respuesta correcta a esta pregunta y la línea estratégica que se conduce de ella, ya están en el movimiento, allí donde éste se ha constituido sobre un modo institucional, sin perderse por los senderos de la legitimación estatal. *Se trata entonces de construir otra sociedad, otra política, otro movimiento de mujeres, otro movimiento obrero, otros movimientos juveniles.* 'Otro', 'diferente', 'nuevo', siempre las mismas palabras demasiado pobres para expresar vectores de felicidad y de imaginación, capaces de conmover el mundo esclerótico donde la política no es sino paranoia y frustración, donde la sociedad no es sino el triunfo del conformismo, donde el movimiento obrero se empantana en el corporativismo, el movimiento de mujeres en la introyección de la subordinación, el movimiento de jóvenes en las drogas de toda índole y donde, por último, el límite entre la reivindicación del poder y el terrorismo cesa de estrecharse.

Es posible, también, que la cisura externa no fuera sino el síntoma de una enfermedad interna. Sería absurdo negar que los procesos de recomposición vehiculan también elementos

grupusculares y dogmáticos, 'virus' de las antiguas estratificaciones que los amenazan. Es la articulación entre la inmediatez y la mediación, la táctica y la estrategia (que no pueden instaurarse, sino en tanto relaciones prácticas y multilaterales); lo cual corre el riesgo de 'precipitarse' bajo forma de caos, de agitación maniática y de provocación . Y si ése ha sido el caso, entonces la única cura posible para esta especie de paranoia debe buscarse en la clarificación; más aún, en la exaltación de esos síntomas, en la exploración de su etiología, en el desciframiento de los deseos de que es expresión y su liberación radical de toda sobre-codificación por pulsiones capitalistas de muerte.

El problema del recurso a la fuerza no ha desaparecido sin embargo de nuestro horizonte. Pero nosotros consideramos que su eficacia política es tanto mayor como diversificadas son las fuerzas en cuestión, desmultiplicadas por mil nexos con el pensamiento y la imaginación. La fuerza es el cuerpo, y nosotros queremos reconstruir el movimiento fuera del cuerpo muerto que la tradición nos ha legado; nosotros queremos reconstruir un cuerpo vivo, real, vivir, experimentar una fisiología de la liberación colectiva. Es sobre esta hipótesis de un otro tipo de expresión de potencia que los movimientos de los años '70 han reafirmado la urgencia de la liberación. ¡Nada de anarquismo en esto!

Puesto que el movimiento no pierde su carácter colectivo y rechaza la mortífera implosión del individualismo. Nos resistimos a los mitos espontaneístas, mientras éstos traten de devaluar las dimensiones de cotidianidad y de reformulación paciente de los problemas a los cuales estamos confrontados. ¡Nada de idealismo en ello tampoco! Puesto que aquí el cuerpo es, al mismo tiempo, materia de expresión del sujeto y contenido, finalidad. Su promoción tiene como consecuencia relativizar el formalismo de la representación del contrato y de la ley, en beneficio de la alianza y del proyecto común entre las fuerzas productivas. La liquidación del concepto de la práctica terrorista es correlativa, entonces, a la negación de las referencias políticas arcaicas –sean ellas espontaneístas o no– y a la afirmación de un materialismo radical. También esto es lo que nos han enseñado los años '70 con su horrible cisura terrorista.

3. Una nueva política revolucionaria

La recomposición del movimiento pasa por una re-organización de los frentes de lucha, en tanto procesos de autovalorización y auto-producción al más alto nivel de la subjetivación colectiva.

El redescubrimiento de la política, es decir, la fundación de otra política, exige un despliegue de fuerzas sociales en campos de aplicación indefinidamente abiertos. Esas fuerzas dependen, desde luego, de la intensidad de las necesidades reveladas por las luchas inmediatas y, en consecuencia, del choque contra el obstáculo; pero, también, de la positividad del mundo que queremos construir, de los valores que pretendemos promover. ¡Qué no se vea aquí ninguna dialéctica! En todo caso, ninguna similar a aquella gloriosa y dolorosa que ha presidido las luchas de clase: sociológica, retórica, más próxima del embrollo que de la ciencia. En efecto, lo negativo y lo positivo están anclados en la materialidad de las opciones. Y no podría concebirse ninguna transición, ningún 'salto cualitativo' que permita pasar de la guerra a la paz, de la muerte a la vida, de la destrucción del ser a la construcción del mundo. En esta fase del movimiento y del desarrollo histórico, nos parece que sólo una revolución continua y multidimensional puede constituir una alternativa a los proyectos fracasados del arqueo-socialismo. Desde luego, no se trata de quedarse en estas consideraciones generales. Cada componente singular del movimiento desarrolla sistemas de valor que deben ser considerados en sí mismos, que no reclaman ninguna 'traducción', ninguna 'interpretación'. Esos sistemas están llamados a evolucionar en direcciones que les son propias y a mantener, a veces, relaciones contradictorias entre sí. Sin embargo, participan del mismo proyecto de construcción de un nuevo tipo de realidad social.

En los años '70, se bosquejó en un terreno positivo, el de las *luchas antinucleares y anti-destrucción de la biosfera humana*, una primera experiencia de convergencia de los procesos revolucionarios. Estas luchas se vieron inmediatamente ligadas e implicadas a *programas alternativos de recuperación de la energía productiva*. Así, la ecología evitó encerrarse en la nostalgia y la protesta; demostró que un nuevo

estilo de acción era posible. Por otra parte, las luchas antinucleares abrieron horizontes específicos en el registro de la *explotación de la fuerza de trabajo científica y de su consecuente acumulación*. Las luchas de los técnicos y de los científicos, que revelaron ser esenciales en el desarrollo del programa comunista, comienzan a esclarecer las dimensiones complejas de una utilización alternativa de las ciencias. Por lo demás, es en el punto de articulación entre ésta y la fuerza colectiva de producción que se operará la mutación decisiva del proyecto comunista.

Es en el mismo *continuum* de luchas contra la explotación y en pro de alternativas positivas, que se verá progresivamente cuestionada la explotación capitalista y/o socialista del tiempo y se iniciará un nuevo tipo de organización comunitaria de las fuerzas productivas sociales. Luchas contra el proceso de trabajo y sus modos de sobre-codificación del tiempo, luchas por un hábitat diferente y una manera distinta de concebir la sociedad doméstica, la vecindad, la cooperación entre los segmentos del socius.

Se trata de *conjugar positivamente la crítica de la ciencia y la contestación de la explotación*; conjugar, por ejemplo, la investigación en torno a las energías alternativas y la reconstrucción práctica de la comunidad productiva. Sólo a ese precio lograremos aprehender la coherencia de los proyectos proletarios actuales, a través de la multiplicidad y diversidad de las iniciativas que los encarnan y la riqueza de su finalidad productiva. Nosotros partimos del hecho de que la destrucción de la propiedad, en tanto forma jurídica fundamental de la acumulación capitalística, y la destrucción del control burocrático, en tanto forma jurídica fundamental de la acumulación socialista, en el entrelazamiento indisoluble con que ellas se presentan hoy ante el análisis, constituyen las condiciones esenciales de la liberación de la ciencia y la elaboración de una vida social abierta y comunitaria; así como de las formas difusas y creativas de organización del trabajo social que corresponde a las nuevas subjetividades proletarias. ¡No, lo que evocamos aquí no es una utopía! Es la explicación de un movimiento real, que innumerables trazos e indicios designan como potencia en acto.

La elaboración de la economía política de esta transición se ha vuelto un problema urgente; el programa comunista no franqueará un nuevo grado de conciencia sino en la medida de su avance sobre estos problemas. En este sentido, resulta evidente que los programas particulares de los diferentes movimientos no pueden menos que entremezclarse. Lo mismo ocurre con su pasaje hacia la organización, por la vía de diversas tentativas fuertemente espontaneístas. Lo que prima ante todo, en este dominio, es la positividad de las perspectivas, que prohíbe caer en cualquier tipo de jacobinismo o leninismo. Debemos insistir nuevamente aquí en la materialidad de estos pasajes, en el modo cómo logran demostrar sus fuerzas (incluso en los peores sectores de la reacción capitalista) y cómo terminan por clavar en la médula misma de los patrones y de los burócratas, el aguijón de sus perspectivas cambiantes.

Ya hemos evocado una ilustración mayor de esta conjunción entre vectores radicalmente heterogéneos para echar abajo los planes del peor de los patronatos reaccionarios: el del sistema monetario internacional. En el verano del '82, la declaración de no pago de las deudas contratadas y la amenaza de bancarrota de los grandes países latinoamericanos han significado un golpe, quizás fatal, para los *'Reaganómicos'*. La resistencia interna al desempleo y a la inflación por parte de las clases laboriosas de los países desarrollados, se ha visto objetivamente asociada a la presión de los proletariados de los países del tercer mundo; estos últimos roídos por la miseria y el hambre. El carácter objetivo de esta nueva alianza de facto, sus incidencias políticas considerables, no sólo nos indican los límites históricos de la reacción: confirman la potencia de intervención de los agenciamientos colectivos de subjetividad, sobre todo cuando logran unir sus intervenciones en la 'línea divisoria' de la crisis. Durante diez años, a partir de 1971, de Nixon a Reagan, el gran capital multinacional ha llegado a instaurar un pérfido mecanismo de aumento de la productividad, en el marco de inmovilización general de las correlaciones de fuerza y de distribución de los ingresos; en 1982, son las bases mismas *del poder capitalista las que se vieron cuestionadas, en razón de la resistencia conjugada de diversos sectores del proletariado internacional.* Hay que admitir

que, durante todo este período de 'latencia histórica', la subjetividad colectiva ha debido seguir metabolizando sus necesidades y sus deseos. Si no, ¿cómo habría sido posible una crisis semejante? La primera de este ciclo histórico de la reacción ¡de fulgurante evidencia! He aquí un ejemplo claro de lo que queremos decir cuando hablamos de "materialidad de las vías de paso en la recomposición de la subjetividad".

Paralelo a la creciente toma de conciencia del carácter irreversible de la crisis del modo de producción capitalístico, surge entonces un problema fundamental: *el capitalismo y/o socialismo disponen de los medios para destruir el mundo; ¿utilizarán estos mismos medios para defender su situación de dominación?* ¿Y hasta qué punto? Ahora bien, es precisamente en torno a esta amenaza que la recomposición de las subjetividades revolucionarias y el desarrollo de los movimientos ha reconstruido parcialmente su más alto perfil. Es en las luchas por la paz donde la reconstrucción del movimiento alcanza su expresión más rica y compleja. De manera sinuosa, continua, esas luchas han sido llevadas a recorrer el territorio del enemigo, quitando a éste la posibilidad de concentrar el máximo de locura destructiva que preside su proyecto, destruyendo de manera continua su fuerza de persuasión y de concentración. Esta 'guerrilla de la paz' que se implanta –podría decirse casi libremente– en espacios que se despliegan entre las conciencias individuales, a partir de construcciones comunitarias, a partir de una detección colectiva de los dispositivos y secuencias de la dominación que las constituyen en términos de resistencia y de lucha; todo esto, es ya una fuerza, un proyecto que nos hace *salir de la defensiva*, que supera la guerra de posición y puede inspirarnos una guerra de movimientos. Cercar, vaciar las estrategias enemigas de su substancia, desestructurarlas desde dentro, ¿qué otro medio existe para luchar por la paz? ¿Conviene diferenciar, en este sentido, el camino seguido por la lucha pacifista de aquél que ha seguido la recomposición de los agenciamientos de enunciación revolucionarios? De ninguna manera, dado que, lo repetimos, *la lucha por la paz es portadora de las mayores potencialidades alternativas.*

Que se nos conceda que no somos lo suficientemente ingenuos como para no imaginar que bajo el ala del pacifismo hay

tantos canallas como gente honesta. En ciertos países, el movimiento por la paz es instrumentalizado y pervertido, de acuerdo a métodos que nos recuerdan los tiempos infames de la 'pax stalinista'. Y a nosotros no nos atrae la posibilidad de degustar una 'paz' de neutralización social que se acomode, por ejemplo, con un amordazamiento definitivo del pueblo polaco. Todo lo contrario, nosotros concebimos la lucha por *la paz como una trama sobre la cual pueden tejerse las luchas colectivas de liberación*. Es decir, que para nosotros esta lucha no puede ser sinónimo de *statu quo*. Se trata entonces, esencialmente, de anular la hipoteca de una sobre-determinación de muerte que pesa sobre todas las relaciones de producción capitalista y/o socialista. La lucha por la paz es una *lucha por una democracia*, donde la libertad de los individuos estaría garantizada y donde la gestión de la *res-pública* y las finalidades del desarrollo económico encontrarían su legitimidad en la comunidad. ¡El verde no nace ni del rojo de los regímenes socialistas, ni del negro de los regímenes capitalistas! Nace del rechazo a la miseria y a la opresión, donde quiera que proliferen, y de la urgencia de liberarse del miedo al mando/dominación capitalista, donde quiera que éste se imponga. De todas partes nos interpelan: "¡Ustedes deben escoger su campo!" Unos dicen a los afganos que si los rusos partieran, serían ocupados por los americanos. ¿Pero acaso sería peor? "Si los americanos nos ocupan, responden los interesados, nos volveremos todos 'scytas'. Otros nos dicen que seremos ocupados por los rusos, si rechazamos el "paraguas nuclear" americano. ¿Pero acaso sería peor? *¡Si los rusos nos ocupan nos haremos todos polacos!*

Estamos hartos de todos esos chantajes. Rechazamos tanto el de la bomba, como el de los pretendidos valores capitalistas o socialistas.

La paz es una condición de la revolución.

Al interior de la tragedia que el Capital impone a la vida, se esboza una respuesta colectiva; en la sombra de la destrucción, una exigencia de ética, de felicidad y de vida se afirma. La movilización por la paz inicia los trayectos infinitos de la liberación; las formas constructivas con las que hoy está embanderada la libertad, son las únicas que pueden disolver

el poder de muerte detrás del cual se atrincheran las clases capitalistas.

Sí, la revolución continúa; ¡la ola reaccionaria de los años '70 no la ha destruido! Se ha enriquecido de una especie de interiorización estratégica de carácter irreversible, que le permite articularse intrínsecamente al inmenso proyecto ético por la paz.

4. La nueva alianza

1. Un método molecular de agregación

Las transformaciones que modela la sociedad requieren un nuevo tipo de organización. El leninismo o el anarquismo ya no son sino fantasmas de derrota, voluntarismo y desencanto, fe forzada o rebelión solitaria, forma antitética de la represión o simple reivindicación abstracta de singularidad. Las opciones organizacionales del movimiento por venir deberán ser repensadas independientemente de las referencias políticas e ideológicas del movimiento obrero tradicional, que lo han conducido a la derrota. El derrumbe de sus dos modelos extremos –el leninismo y el anarquismo– deja completamente abierta la pregunta por *las máquinas de lucha de las cuales dotarse el movimiento para ser capaz de vencer*. La multiplicidad de sus funciones y el carácter original y específico de articulación de las singularidades que se les otorga, implican, evidentemente, que la forma de esas máquinas no repita el proyecto de centralismo y no renueve la ilusión de un filtraje de la democracia a través de estructuras centralistas. Reencontramos siempre en el centralismo seudo-democrático un calco de los modelos estatales. Las características represivas y burocráticas del Estado de Richelieu, de Robespierre o de Rotschild son retomadas e ilusoriamente derrocadas. La organización del movimiento revolucionario ha sufrido durante demasiado tiempo, en la pasividad o en el rechazo, esta homología ¿Cómo podría ser destruido el Estado por un organismo que da continuidad a la hegemonía, incluso en un plano formal?

Pero, ¿cómo traer una tarea semejante al primer plano de preocupaciones de un movimiento 'otro', diverso, que se

construye sobre la auto-valorización y la auto-producción de singularidades?

No poseemos, evidentemente, ningún modelo de recambio en el plano de la organización pero al menos sabemos lo que no queremos. Rechazamos todo lo que repite modelos constitutivos de *alienación representativa* y de ruptura entre los niveles de formación de la voluntad política y los niveles de su ejecución y de su administración. Como siempre ocurre, en el curso real de un proceso revolucionario, las nuevas 'demandas' de organización corresponden a la nueva esencia de la fuerza productiva social. Y son, justamente, su fluidez, la multi-valencia de sus referencias conceptuales, su capacidad permanente de abstracción, su eficiente pragmática, su potencia de desterritorialización, las que hacen vana toda tentativa de división y de jerarquización de los poderes al interior del proceso organizativo. *La formación de la dirección política, su ejecución y administración no deben estar separadas*, porque ello constituye una represión de las nuevas cualidades específicas de la fuerza colectiva de trabajo. El tiempo de Montesquieu y de la separación de los poderes han quedado atrás. Las relaciones de alienación desarrolladas sobre los planos ejecutivos y administrativos por el centralismo seudo-democrático (sea cual sea la forma en que éstas se presenten), están en vías de desaparecer del horizonte político de la revolución (del cual Rousseau y la alienación de las voluntades singulares se harán expulsar también).

Pero hasta aquí, nuestra tentativa de redefinición ha progresado sólo en terrenos negativos: *¿Qué significa, positivamente, la organización de la nueva subjetividad revolucionaria?* Vamos por partes y tratemos de aprehender mejor el problema. El argumento pretendidamente 'definitivo' de aquellos que sostienen modelos tradicionales de organización, consiste en afirmar que sólo una forma centralizada puede tener una eficacia suficiente en la constitución de frentes generales de lucha, y eso sería tanto más verdadero en la fase actual de desarrollo del capitalismo, que implicaría incluso, por el contrario, un aumento de fuerza de centralización para la organización de los oprimidos. ¡Tontería! Eso sólo sería verdad si la actual sumisión de la sociedad al capital,

dependiera de una regla que remitiera el valor acumulado a la cantidad de explotación, y si una forma específica de mando/dominación estuviera necesariamente asociada a una figura particular de la producción social. ¿Pero, acaso no es precisamente ese tipo de patrón de medida y ese tipo de relaciones que se han hecho trizas? La generalización de la explotación capitalista está visiblemente acompañada de un cambio de naturaleza de las funciones represivas, del mismo modo que toda regulación estructural al interior de éstas, tiende a ser eliminada. Propiamente hablando, ya no existe un valor del cual reapropiarse. Si la ley del valor sigue funcionando a un nivel de generalidad abstracta, quizás podríamos todavía concebir proyectos de reorganización de tipo leninista. Pero no es el caso. El mando/dominación capitalista se desarrolla actualmente en conexión directa y antagónica con las singularidades libres y proliferantes. Sean cuales sean las redes rígidas y represivas que éste lanza en dirección de esa fauna salvaje, no logra alcanzar y capturar ni sus modos de temporalización, ni sus riquezas y finalidades esenciales.

En esas condiciones, la organización de los nuevos agenciamientos proletarios no pueden concernir, sino a una pluralidad de relaciones al interior de una multiplicidad de singularidades; *pluralidad focalizada sobre funciones y objetivos colectivos que escapan a los controles y a las sobre-codificaciones burocráticas*, en la medida en que ésta se desarrolla precisamente en el sentido de una optimización de los procesos de singularidad concernidos En consecuencia, lo que está en cuestión aquí es un *multi-centralismo funcional* que sea capaz, por una parte, de articularse a las dimensiones diversas del entendimiento social y, por otra parte, de neutralizar activamente la potencia destructiva de los *agenciamientos capitalistas*. Tal es la primera caracterización positiva de la nueva subjetividad revolucionaria. Sus dimensiones cooperativas, plurales, anti-centralistas, anti-corporativas, anti-racistas, anti-sexistas... exacerban la capacidad productiva de las singularidades. Sólo de esta manera y únicamente en el registro de sus cualificaciones las luchas proletarias podrán reconstituir frentes de lucha coherentes y eficaces. Estos procesos organizacionales deben ser concebidos como

esencialmente *dinámicos*: cada singularidad es relanzada a través de objetivos no solamente locales, sino cada vez más amplios, hasta la definición de puntos de encuentro transsectoriales nacionales e internacionales.

Los proyectos globales de sociedad, que descansan sobre corpus ideológicos cerrados pierden aquí toda pertinencia, todo carácter operatorio. Ya no se trata de apoyarse sobre síntesis abstractas, sino en procesos abiertos de análisis, de crítica, de verificación, de práctica concreta y singular. Desde un punto de vista molecular, *cada tentativa de unificación ideológica es una operación absurda y reaccionaria*. En el terreno social, el deseo se niega a dejarse circunscribir en zonas de consenso, en áreas de legitimación ideológica. ¿Por qué pedir a un movimiento feminista que encuentre un acuerdo doctrinario y programático con grupos ecologistas o con una experiencia comunista de gentes de color, o con un movimiento obrero, etc.? La ideología quiebra, unifica en apariencia. Lo esencial es, por el contrario, que cada movimiento se muestre capaz de desencadenar *revoluciones moleculares* irreversibles y de asociarse a luchas molares limitadas o ilimitadas (sólo el análisis y la crítica colectiva pueden decidirlo) en el terreno político, sindical, de defensa de los derechos generales de la comunidad nacional o internacional...

La invención y la formación de estos nuevos esquemas de organización implican la puesta en acto de *dispositivos permanentes de análisis de las finalidades internas de los procesos de autoproducción de la subjetividad social*. Esta es la condición *sine qua non* para garantizar un cuestionamiento efectivo de los modos colectivos de funcionamiento y para impedir que emerjan en su interior, tentaciones 'grupusculares' y sectarias.

Este nos parece ser el esbozo positivo de un método de organización revolucionaria adecuado a la subjetividad colectiva; método científico en su análisis, abierto a los procesos históricos y, sin embargo, capaz de imaginación. *'Work in progress'* en las redes de las singularidades, polarizado enteramente hacia su auto-producción y su multiplicación. Método constitutivo, en consecuencia, de una organización en perpetua readecuación; método adyacente, por ende, a las fuerzas

productivas que han hecho de las singularidades y de su desarrollo el fundamento de la riqueza material y espiritual.

2. MÁQUINAS DE LUCHA

El análisis ha progresado; la experiencia se ha acumulado. El método ya ha enfrentado algunas verificaciones . ¿Es posible pensar y volver a practicar las formas de organización de esta nueva subjetividad revolucionaria? Plantearse esta pregunta implica desde ya una confrontación con las dificultades, las modalidades materiales, los obstáculos, los enemigos de un proyecto de liberación colectiva. ¿Cómo concebir la construcción de los movimientos y su recomposición? ¿Cómo reiniciar el desarrollo de cada uno de éstos y de sus articulaciones transversales? Nos encontramos frente a materiales numerosos y heterogéneos y frente a ópticas fluctuantes. No sólo las diferentes estructuras organizadas del movimiento son con frecuencia celosas de singularidad, sino que, además, parecen abrirse sólo para luchas defensivas, para el esfuerzo y la afirmación permanente de esta singularidad. Además, sus lógicas se presentan de acuerdo a matrices múltiples y cambiantes; rearticulan de manera siempre distinta el rizoma de los diversos componentes autónomos. Resulta evidente que el problema de un acuerdo o de un desacuerdo ideológico no se plantea aquí ya en términos de una lógica política habitual; tanto el uno como el otro han dejado de depender del mismo universo ideológico. Al contrario, el primer problema a resolver es el de conjugar *la coexistencia de múltiples dimensiones ideológicas* y desarrollar un análisis y una confrontación que, sin tratar de superar las diferencias específicas, se esfuerce por evitar que éstas se degraden en divisiones mudas y pasivas. Imaginamos, en consecuencia, un proceso de recomposición que asume la conflictualidad entre las dinámicas de singularización, respetando su riqueza propia y sus líneas portadoras de productividad humana.

Dicho esto, queda abierta la necesidad de *construir máquinas de lucha, dispositivos organizacionales abiertos a esas dinámicas y a ese multicentralismo funcional*. Esas máquinas de lucha serán tanto más eficaces cuanto delimitado sea su campo de acción, y mientras se fijen como finalidad

fundamental la optimización de los procesos de singularización.

Modos semejantes de cristalización organizacional aparecieron en la *América del Norte* de los años '60, durante las diversas 'campañas' del movimiento. Igual cosa en la *Alemania* de los años '70, donde el desarrollo del movimiento alternativo ha revelado la existencia de líneas de diferenciación que van a la vez en el sentido de la maximización de la singularización y en el de la recomposición material de las posibilidades de lucha. Por lo tanto he aquí un método abierto que se alimenta de su apertura para engendrar una organización abierta. Ocurre con frecuencia-tanto en los países árabes, eslavos, latinoamericanos como anglosajones- que esta experimentación de nuevas formas de organización se desarrolle a partir de un imaginario religioso. Resulta conveniente, sin duda, separar aguas entre las motivaciones religiosas que se agregan a una acción de liberación y las que se reterritorializan en torno a una alienación teológica.

Es evidente que en un mundo donde los únicos 'excesos' sólo pueden ser rupturas a-significantes, *la reconquista del valor del testimonio, del compromiso personal, de la resistencia singular y de la solidaridad elemental* se ha vuelto un motor esencial de transformación. Para constituirse en máquina de lucha, los movimientos están llamados a asumir del modo más complejo la relación contradictoria entre singularidad y sociedad capitalista, entre ética y política; y ello es sólo concebible a condición de reinventar totalmente las formas del militantismo. Debemos conducir el análisis y la crítica del *militantismo* y de las viejas experiencias, cuando éstas nos entristezcan, cuando se vuelvan históricamente borrosas, porque obstaculizan el acceso a una praxis libre. Pero nos parece imposible que pueda fundarse un nuevo método abierto de organización, al margen de la redefinición concreta de un *nuevo militantismo*, sea cual sea la amplitud de sus motivaciones. Vale decir, una cierta cristalización social de deseo y de generosidad que atraviese el ser de las singularidades.

De este nuevo modo de concebir las cosas, podemos esperar no sólo el nacimiento de nuevas organizaciones, de máquinas de lucha mutantes, sino también una modificación

profunda de su 'contexto proposicional'; en particular, una *redefinición de los 'derechos del hombre'* que garantice y estimule las construcciones comunitarias. De manera general, el problema que se planteará será el de la *renovación de los mecanismos constitucionales* y el de la capacidad de éstos para registrar los conflictos y las mutaciones sociales.

Sólo la subjetividad comprometida en procesos singulares de producción puede romper los códigos y las normas de la producción de subjetividad del CMI.

Sólo por este camino podrá re-fundarse la democracia. La innovación jurídica pasa necesariamente por la institucionalización del movimiento real. La única norma jurídica aceptable (correspondiente, en otros términos, a las 'instancias de justicia' que cada población sostiene) es *la imagen movimiento de lo real.* Por el contrario, el CMI nos presenta sociedades cuyos derechos están trastornados y en que los Códigos y las Constituciones legales están ya sea caducas, ya sea funcionando como simples paraguas de las prácticas ilegales de castas que trabajan por cuenta propia. La asunción de estas problemáticas constitucionales no deberá ser desconocida y dejada de lado, como ocurrió con el movimiento durante largo tiempo; por el contrario, será constitutiva de la voluntad política de los agenciamientos revolucionarios. Lo que se invierte, en este caso, es la relación entre voluntad política y constitución del Estado. Corresponderá a la primera la tarea de condicionar la segunda y no a la inversa, como lo pretenden las ideologías conservadoras y lo imponen las prácticas reaccionarias. Este vuelco no implica una renuncia a la existencia de un corpus jurídico coherente. Por el contrario, procede de la voluntad de promover una mayor racionalidad, una mayor preocupación de verdad y de justicia, por medio de la integración a sus mecanismos, de una capacidad de lectura de los procesos de mutación esenciales. En definitiva, se trata de que "el espíritu de las leyes" adquiera una sensibilidad y una inteligencia agudizadas de las transformaciones profundas y progresistas del 'mercado' social.

Resulta gracioso constatar que los apologistas recientes del mercado y de su todopoderosa taumaturgia, sean los detractores rabiosos de toda promoción de este tipo de mercado.

El hecho es que al nivel de la crisis capitalista y del desarrollo de las correlaciones de fuerza entre las clases, tales dispositivos de libre mercado institucional y político destruirían, e incluso anularían, por su acción de facilitar e incitar las potencialidades de libertad colectiva, las condiciones del mercado liberal-burgués de la explotación.

Por lo tanto, es claro que cuando nosotros ponemos en duda la pretensión del Estado a regir de manera contractual la conflictualidad social (práctica que siempre es fuente de totalitarismo), no nos estamos pronunciando, sin embargo, en favor de las empresas, falsamente inocentes, de recuperación de los procesos de singularización social, que fingen reconocerlos sólo en términos de tentativas corporativas (y con vistas a integrarlos luego en el seno de lo que se denomina pomposamente 'la economía social'). La ideología seudo-proudhoniana con que se disfrazan algunas de estas tentativas no tiene, evidentemente, otro objetivo que el de volverlas prisioneras de un mercado capitalista ampliado. *No, el corporativismo debe ser derrocado bajo cualquier forma que se presente*, no puede generar sino sucedáneos, substitutos, falsas fachadas de solución a las problemáticas de las nuevas subjetividades colectivas. Todas las manipulaciones estatales, tanto insinuantes como infamantes, deben ser combatidas sin tregua. *Estatismo y corporativismo son dos caras de un mismo obstáculo al desarrollo de las autonomías y de las singularidades*. Las máquinas de lucha que conllevan las nuevas singularidades proletarias tienden, insistimos, a profundizar la singularidad de los agenciamientos colectivos de los cuales emanan, sin que ello comprometa en nada su relación de conflictualidad revolucionaria con el Estado.

Esto resulta paradójico, sólo si se desconocen las finalidades liberadoras del movimiento y, especialmente, el interés de cada uno de sus componentes porque desaparezcan las técnicas del poder, las manipulaciones de grupo, inherentes a los sistemas tradicionales de representación que operan, con vana pretensión, 'en nombre' de la voluntad general. ¡Ya hemos tenido suficiente con los Menenius Agrippa y sus apólogos!

Es en contacto directo, en la textura misma de los *agenciamientos* singulares que en cuyo seno se forman, que las

máquinas de lucha desarrollarán sus actividades productivas y su acción política. Se enrolarán en la producción y en la reproducción a partir de un mismo movimiento. *En la producción*, con el propósito de formar la capacidad de gestión autónoma y comunista de las actividades humanas, y poder construir un nuevo tipo de economía fundada sobre *agenciamientos* colectivos que articulan sus diversas modalidades de semiotización y de realización maquínica. Y, *en el conjunto de la sociedad*, con el objeto de instalar la autogestión de una reproducción y de una organización, tan libre como sea posible, de la repartición y de las funciones del tiempo de trabajo. En consecuencia, promoción del colectivo al igual que de la iniciativa, de la creación y de la responsabilidad individual. Como sabemos, los aduladores del neo-liberalismo gustan de retornar a las mitologías del jefe, como única garantía de ordenamiento racional de los procesos productivos complejos, como único agente posible de 'dinamización' de la fuerza de trabajo, etc. Al mismo tiempo, tratan de desacreditar la autogestión considerada como sinónimo de 'mediocracia' (no sería posible aplicarla a gran escala, etc.). Todos estos razonamientos proceden de un desconocimiento total de los medios colectivos de semiotización que están ya instalados en las áreas de vanguardia de la ciencia y de la tecnología. Una cierta concepción de las jerarquías arborescentes y de las disciplinas opresivas se ha vuelto indiscutiblemente arcaica. No se trata de un simple problema de gusto o de un 'prejuicio' democrático. El *agenciamiento* transversal, en rizomas, de los componentes maquínicos, de los componentes informacionales y de los componentes decisionales, se ha vuelto una necesidad absoluta, si se quiere seguir haciendo avanzar, paralelamente a la producción, la sociedad, la ciencia, el arte. Dicho en dos palabras: la vida humana sobre este planeta. Luego de algunos siglos de dominación capitalista y/o socialista, *producción y sociedad se han vuelto una misma cosa*. Es un fenómeno irreversible. *Las máquinas de lucha revolucionaria están llamadas a transformarse a sí mismas en agenciamientos de producción de las nuevas realidades sociales y de las nuevas subjetividades*.

Subrayemos nuevamente que la definición, el programa general de esta liberación multi-direccional, no pertenece a

esas máquinas de lucha sino a la multiplicidad rizomática de los procesos de singularidad, en el seno de cada uno de sus núcleos de producción, que transforman, remueven, desmultiplicando, venido el caso, la potencia que esta liberación desencadena.

En lo sucesivo, organizar significa antes que nada *operar sobre sí mismo* en tanto colectividad singular; construir, reconstruir permanentemente esta colectividad en un proyecto polivalente de liberación. No en referencia a una ideología directriz, sino al interior de las articulaciones de lo real. Esta recomposición permanente de la subjetividad y de la praxis sólo es concebible en una libertad total de movimiento de cada uno de sus componentes, y en el respeto absoluto de su propio tiempo –tiempo para comprender o rehusar comprender, tiempo para reunificarse o autonomizarse, tiempo de la identificación o de la más exacerbada diferencia-. Liberación, producción, constitución de nuevos agenciamientos sociales, dependen de niveles distintos –todos igualmente pertinentes– a partir de los cuales las máquinas de lucha se desarrollan. *Las experiencias de comunidad y de solidaridad*, que ha conocido la segunda mitad de este siglo, son los paradigmas originarios de la aparición de esas nuevas organizaciones que denominamos máquinas de lucha. Se trata ahora de desplegar el libre juego y la potencia. Es claro que sólo la experiencia directa de las luchas permitirá aprehender más rápidamente sus contornos; pretender describir por anticipado lo que estas máquinas de lucha –de las nuevas subjetividades proletarias– serán en un plano práctico (de deseo y de razón), sería contrario a su modo de generación, que depende en lo esencial de lo que ya no nos atrevemos a llamar: 'las masas'.

3. Hoy día, las nuevas líneas de alianza

Al final del período del repliegue defensivo –consecuencia de la actual ola represiva que se desarrolla bajo los auspicios de la reestructuración capitalista y/o socialista-, una forma particular de alianza puede y debe realizarse entre las categorías constitutivas del nuevo proletariado y los sectores más dinámicos de la sociedad productiva. Lo que la caracteriza, en primer lugar, es que deberá ser capaz de quebrar los

encuadramientos corporativos de la reestructuración, que se han mostrado particularmente eficaces entre las clases obreras industriales, así como también en los sectores terciarios y científicos de la producción social. La secuencia revolucionaria fundamental, a la que actualmente estamos enfrentados, concierne las posibilidades de *conexión e interacción de las clases obreras, de los sectores de producción terciario y de los innumerables componentes del universo de los 'no-garantizados'*. Esta problemática de la confluencia deberá ser asumida por los movimientos con toda la inteligencia y la energía de la que éstos son capaces. No porque la clase obrera siga siendo el elemento determinante del proceso revolucionario. O que los sectores terciarios, intelectuales, marginales, etc., sean portadores de mutaciones económicas esenciales... ¡Nadie puede ganar con la persistencia de tales malentendidos históricos! Es evidente que los discursos sobre *la centralidad y la hegemonía obrera están completamente caducos* y que no pueden servir de base a la estructuración de nuevas líneas de alianza, políticas y productivas, o, incluso, simplemente como modelo de referencia. En ruptura con este tipo de señuelos, el verdadero problema es la invención de un sistema, no de unificación, sino de compromiso polivalente de las fuerzas sociales, que esté no sólo en situación de articular las nuevas fuerzas subjetivas, sino de quebrar también los bloques de poder capitalistas –particularmente, sus efectos de sujeción massmediática sobre una parte considerable de los oprimidos-

Sería ficticio y artificial esperar estas nuevas líneas de alianza sólo en los puntos de ruptura de la reestructuración, en las zonas de fricción del mercado de trabajo y de la reestructuración corporativa de diversos segmentos de la clase obrera. Una actitud semejante correspondería todavía al estado de ánimo del CMI, que está siempre listo para reprimir, más que para tomar en consideración las tentativas de liberación de la producción. Ahora bien, ya lo hemos visto, el problema de la recomposición de una unidad conjuntiva del movimiento va aparejado al de la autoproducción de procesos de liberación, a la vez singulares en su vertiente intrínseca y ofensivos en su vertiente exterior, por cada uno de sus componentes. Esta autoproducción implica el reconocimiento

estricto y sin reservas de todo lo que participa realmente en los nuevos tipos de cooperación y de subjetividad, sin intromisión de las formaciones del poder dominante. Las nuevas líneas de alianza anti-capitalistas destruirán las mallas corporativas de la represión y contribuirán para que los agenciamientos colectivos de transformación asuman sus perspectivas fundamentales.

En lugar de nuevas líneas de alianza política, podríamos decir con igual propiedad: *nueva cooperación productiva*.

Volvemos siempre al mismo punto, el de la producción: producción de bienes útiles, producción de comunicación y de solidaridad social, producción de universos estéticos, producción de libertad... El hecho es que el centro de gravedad de esos procesos productivos se ha desplazado hacia las tramas moleculares de las marginalidades y de las minorías. Sin embargo, no se trata de hacer nueva religión y de oponer, punto por punto, el conjunto de los garantizados al conjunto de los no-garantizados. Por el contrario, se trata de *terminar con la representación que estos últimos se hacen de sí mismos en tanto conjunto heterogéneo*, excluidos por esencia de las 'verdaderas realidades' productivas; imágenes a las que inducen todas las coordenadas de representación del capitalismo y/o del socialismo. Sólo que una tal transformación implica, también, que numerosos sectores de la clase obrera y de categorías privilegiadas de los proletariados productivos, se procuren otros 'representantes' que aquellos que poseen hoy en día y que están vendidos en su mayor parte al régimen del corporativismo. Las revoluciones moleculares, los nuevos agenciamientos subjetivos, las autonomías, los procesos de singularización, pueden restituir un alcance revolucionario a las luchas de la clase obrera y de múltiples sectores de la fuerza colectiva de trabajo, reducidos hoy día a vegetar en sus estratificaciones sociológicas. Tenemos la convicción de que la 'recomposición proletaria' puede frenar en su avance la estrategia del CMI de 'precarización' del mercado del trabajo y la excitación de la competencia entre los segmentos sociales comprometidos. Cada vez que los procesos de des-totalización y de des-territorialización atacan las estratificaciones del corporativismo, aparecen potencialidades de revolución molecular a pequeña o gran escala.

Ahora bien, si es verdad que la cuestión fundamental reside en invertir la 'pendiente' corporativa, parece igualmente que el motor de esta disminución de la 'entropía social' se cuida en la toma de consistencia de un proyecto revolucionario de descompartimentación de la sociedad productiva. No sólo como horizonte ideal, como ética comunista, sino ante todo como estrategia de lucha susceptible de hacer salir al movimiento de su actual 'neurosis de fracaso'. Las situaciones más desmoralizantes y las correlaciones de fuerza aparentemente más negativas, pueden cambiar rápidamente a partir del momento en que aparezca de un modo más claro la precariedad de las formas actuales de dominación del CMI. *Incluso los segmentos más 'conservadores' de la clase obrera comienzan a manifestar su inquietud, su impaciencia y su asco frente a aquellos que tienen la misión de representarlos*. La idea, aceptada de buen grado durante un largo período, de que no existiría más que una economía política de referencia, 'la del CMI', ha hecho su tiempo. Los desmantelamientos de empresas, de ramas industriales, de regiones enteras, los costos sociales y ecológicos de la crisis, ya no pueden ser cargados a la cuenta de una necesaria reconversión del sistema. De hecho, es claro desde hace tiempo que *no estamos frente a una crisis ordinaria*, sino frente a una tentativa radical de aplastamiento de más de un medio siglo 'de ventajas adquiridas' y de conquistas sociales del reformismo, correspondiente a las fórmulas anteriores del capitalismo.

¡Evidentemente, ello no significa que el capitalismo esté en vías de derrumbarse solo y que nosotros hayamos llegado, a pesar nuestro, a la antesala de la 'Gran Noche'! Lo que es seguro es que el capitalismo y/o el socialismo pretende instaurar sobre todo el planeta un régimen de 'disciplinamiento' frenético, en que cada segmento de la fuerza colectiva de trabajo, cada pueblo, cada etnia, sufrirá una suerte de 'arresto domiciliario', obligados a someterse a un control permanente. En este sentido, los obreros garantizados estarán en el mismo caso que los no-garantizados y todo será sólo un asunto de matices, de insensible transición. En el futuro, nadie podrá prevalerse de una verdadera garantía estatutaria.

Las clases obreras clásicas deberán tomar su partido. Pero, ¿cuál podría ser el sentido de su rebeldía si no comprendieran que ya no representan la mayoría social –ni en valor numérico, ni en valor ideal, ni siquiera en valor económico producido– y que si quieren legitimar su rebelión están obligadas a recomponerse socialmente, en alianza con la masa inmensa de los explotados, de los marginalizados, donde se encuentran mayoritariamente los jóvenes, las mujeres, los inmigrados, los sub-proletarios del tercer mundo y las minorías de todo tipo? *Re-unificar los componentes tradicionales de lucha de clase contra la explotación, con los nuevos movimientos de liberación y de proyectualidad comunista, se ha vuelto la tarea principal.*

Es sobre ese terreno que nacerán las nuevas líneas de alianza. Tiremos una raya sobre la tradición de la Tercera Internacional, una raya negra sobre sus resultantes totalitarias y/o corporativas. Un nuevo movimiento revolucionario está buscándose a sí mismo, y nace al interior y al exterior del movimiento obrero tradicional. Su proliferación converge hacia un frente intrínsecamente unificado por la explotación. Destruirá las normas represivas de la jornada de trabajo y de la apropiación capitalista de la totalidad del tiempo de la vida. Por todas partes, nuevos dominios de lucha se hacen posible. Pero el lugar privilegiado, el punto caliente de la producción de nuevas máquinas de lucha revolucionaria reside al interior de los *agenciamientos* de subjetividad marginalizados. ¡Y allí también, obviamente, no en tanto tales!, sino porque se inscriben en el sentido de la creatividad de los procesos de producción considerados en su línea de evolución, es decir, no abiertamente aislados al interior de la esfera económica capitalista.

El imaginario social no podrá recomponerse sino a través de mutaciones radicales. En este sentido, debemos considerar que los fenómenos de la marginalidad participan de un contexto que no los define, en ningún caso, como estando al margen, sino que les confiere, por el contrario, un lugar central en la estrategia capitalista. *Las subjetividades marginales* son las que mejor resisten la tendencia del mando/dominación, en la medida en que son, a la vez, el producto y las mejores 'analistas' de éste. *El aspecto exterior, físico, corporal, plástico, de las experiencias de liberación* de los sujetos marginales, se vuelve también materia de una nueva forma de expresión y de creación. La lengua, la imagen, no son nunca ideológicas, sino siempre encarnadas. Aquí, más que en cualquier otra parte, podemos destacar los síntomas de la aparición de *un nuevo derecho a la transformación y a la vida comunitaria*, bajo el empuje de las subjetividades alzadas. Nuevas líneas de alianza como proyecto de producción de singularidades y como posibilidad de conferir a ese proyecto un alcance social subversivo. El método de autoanálisis de los *agenciamientos* de la subjetividad social se vuelve substancia revolucionaria, en la medida que permite discernir semióticamente y amplificar políticamente los puntos de implosión del corporativismo y de aparición de esas líneas de alianza. La conciencia común ya ha percibido ese proceso de encuentro; la imaginación revolucionaria ha comenzado a aprehenderlo; queda por construir la base de la constitución del movimiento por venir.

PENSAR Y VIVIR DE OTRA MANERA

PROPOSICIONES

El resentimiento, la repetición vacía, el sectarismo, son las modalidades de acuerdo a las cuales vivimos las esperanzas traicionadas del movimiento obrero tradicional. No renegamos por eso la historia de las luchas; por el contrario, incluso la exaltamos, porque forma parte integrante de nuestras coordenadas mentales y de nuestra sensibilidad. Aunque fuéramos enanos sobre las espaldas de aquellos que antaño fueran gigantes, pretendemos asumir tanto sus frutos como los aspectos deplorables de su herencia. De todas maneras, queremos ir más allá. Anudándonos de nuevo con las raíces humanas del comunismo; queremos *volver a las fuentes de la esperanza, es decir, a un 'ser para'*, a una intencionalidad colectiva orientada hacia el hacer, más bien que hacia el 'estar contra', arrimado a los círculos viciosos del resentimiento. Es en la historia real que entendemos explorar y experimentar la multitud de universos posibles que nos solicitan. ¡Que mil especies de

flores alcancen su plenitud en los terrenos que pretenden minar la destrucción capitalista! ¡Que mil especies de máquinas de vida, de arte, de solidaridad y de acción barran la arrogancia estúpida y esclerótica de las viejas organizaciones! ¡Qué importa si el movimiento se tropieza en su propia inmadurez, en su 'espontaneísmo'!; finalmente, su poder de expresión no se verá sino reforzado. Sin siquiera darse cuenta, y a pesar de la amplitud de los movimientos moleculares que lo hacen emerger, las líneas de cristalización organizacional que aparecen se orientan en el sentido de las nuevas subjetividades colectivas. "Que mil flores, mil máquinas de lucha y de vida alcancen su plenitud", no es una consigna de organización y, todavía menos, una prédica de iluminado, sino una llave analítica de la nueva subjetividad revolucionaria, un índice a partir del cual las características sociales y las dimensiones de singularidad del trabajo productivo podrán ser aprehendidas nuevamente. Es a través del análisis de lo real que éstas podrán recomponerse y multiplicarse en tanto instancias subversivas e innovadoras. El enemigo se ha encarnado en las formas actuales del mando/dominación social, aplastando las diferencias e imponiendo la lógica reductiva de la dominación. La emergencia de hegemonía de los procesos de singularización sobre el horizonte de la producción social, constituye hoy en día la característica específica de la lucha política comunista.

El desarrollo, la defensa y la expresión de las subjetividades productivas en estado de mutación, de las singularidades disidentes y de los nuevos *agenciamientos* proletarios, se han convertido de algún modo en la materia prima y tarea inmediata del movimiento. Ello podrá tomar la forma de *la lucha en el frente del Welfare, por la determinación de un ingreso igualitario garantizado*, contra la miseria en todas sus formas, por la defensa y ampliación de los derechos alternativos, contra los mecanismos de división corporativa. Reencontraremos aquí, si se quiere, *la tradición de las luchas contra la renta*, con la diferencia que ya no es sólo renta hipotecaria, inmobillaria, financiera, sino que se apoya esencialmente en las articulaciones del mando/dominación capitalista y que se trata, por lo tanto, de renta política, de renta de posición en la

jerarquía de los estratos corporativos. Los nuevos componentes subjetivos de la producción y de la revolución encontrarán su *primer terreno de intervención* en ese registro, que redefinirán positivamente como lucha de liberación contra el esclavismo corporativo y las estructuras reaccionarias de la producción, y como afirmación de los procesos de singularidad, en tanto resorte esencial de la producción social.

Esta recomposición del movimiento revolucionario implica, desde luego, inmensos esfuerzos de coraje, de paciencia y, sobre todo, de inteligencia. ¡Pero qué progreso!, con respecto a los anteriores períodos de lucha incansables y a menudo desesperados, de los primeros grupos conscientes de esta problemática, que sólo en raras ocasiones lograban abrir brechas en el ghetto sindical o en el monopolio político de los pretendidos partidos obreros. También aquí, *el tiempo de la vida debe imponerse al tiempo de la producción*. Es en esta encrucijada que se planteará la *segunda tarea del movimiento comunista revolucionario*: la organización consciente de la fuerza colectiva de trabajo, *independientemente* de las estructuras capitalistas y/o socialistas; dicho de otra manera, de todo lo que concierne a la producción y a la reproducción del modo de vida. En efecto, una cosa es revelar las nuevas fuerzas productivas sociales y otra, es organizarlas al margen de y contra las estructuras capitalistas y/o socialistas. El desarrollo de la ciencia y de las técnicas y su incorporación masiva a ese programa de transformación son condiciones necesarias pero no suficientes. Ninguna transformación puede ser concebida, si el conjunto del campo de trabajo productivo no es atravesado por grandes movimientos de experimentación colectiva que hagan trizas las concepciones relativas a una acumulación centrada en la ganancia capitalista.

Es en esta dirección que deberá ser aprehendida la potencia de expansión de la fuerza colectiva de trabajo. Se establecerá así, un doble movimiento que recuerda el del corazón humano entre la diástole de la fuerza expansiva de la producción social y la sístole de la innovación y del reordenamiento radical de la jornada de trabajo. El movimiento del proletariado social y de las nuevas subjetividades colectivas deben intervenir en las empresas y en los conflictos relativos a la

legislación sobre el tiempo de la jornada de trabajo e imponer sus redefiniciones y su experimentación permanente. Deben imponer no sólo una renovación del producir, sino también nuevas formas de imaginar y estudiar la producción.

Pensar, vivir, experimentar y combatir de otra manera: tal será la divisa de una clase obrera que ya no puede percibirse como 'autosuficiente' y que tiene todo por ganar, renunciando a sus mitos arrogantes de centralidad social. Desde que hayamos terminado con este tipo de mistificación, que a fin de cuentas sólo sirve a las formaciones de poder capitalista y/o socialista, descubriremos el alcance inmenso de las nuevas líneas de alianza que anudan relevos sociales multiformes y polivalentes en las fuerzas productivas de nuestro tiempo. Ya es hora de que la imaginación del comunismo se alce a la altura de las olas transformacionales que están en vías de sumergir a las viejas 'realidades' dominantes.

Es importante introducir ciertas consideraciones que giran en torno a una primera 'proposición diagramática', que integra las definiciones de las perspectivas propuestas hasta ahora. Es demasiado evidente que toda tentativa de toma de control del tiempo de la jornada de trabajo por el movimiento de las nuevas subjetividades sería ilusoria si ésta no emplaza frontalmente la red de mando/dominación instalada por el CMI.

Emplazar esta red significa poner en cuestión la relación este-oeste, hacer descarrilar el mecanismo de integración entre las dos superpotencias que ha sobre-codificado, desde los años '70 hasta hoy, todas las relaciones internacionales. *La fractura de la relación de dominación establecida laboriosamente entre el capitalismo y el socialismo y el derrocamiento radical de las alianzas, particularmente europeas, en dirección del eje norte-sur contra el eje este-oeste* constituyen una base esencial de la recomposición del proletariado intelectual y obrero en los países capitalistas avanzados. Una base de producción social que conquistará su independencia contra la opresión de la jerarquía y del mando/dominación de las grandes potencias; una base que tiene sentido sólo si logra desplegarse sobre la voluntad colectiva de crear flujos y estructuras alternativas a la relación este-oeste.

No somos retardados del 'tercer mundismo', no tenemos la pretensión de transformarlo por la vía del 'insurreccionalismo' tradicional, no creemos en su capacidad independiente de desarrollo y de 'rescate', al menos en el contexto capitalista actual. Ninguna de las revoluciones triunfantes de los países desarrollados ha logrado transformar de manera durable las estructuras del Estado. ¡Es poco probable que las del 'tercer mundo' tengan más éxito! *No, es más bien del lado de la cooperación revolucionaria y de la agregación de las fuerzas del proletariado intelectual y obrero del Norte, con la inmensa masa del proletariado del Sur que conviene cerrar filas* para cumplir esta tarea histórica. Todo esto puede parecer utópico, incluso extravagante, porque hoy en día nosotros, los obreros y los intelectuales de los países del Norte, somos esclavos de la política corporativa, de las divisiones segmentarias, de la lógica de la ganancia, de las operaciones de control y de exterminio, del fantasma de la guerra nuclear, tal como nos lo han sido impuestos y de los que nos hacemos cómplices. Nuestra liberación pasa por la actualización de un proyecto y de una práctica que unifique, en una misma voluntad revolucionaria, las fuerzas intelectuales y los proletariados del Norte y del Sur.

A medida que el encuentro de los procesos de singularidad avance en el proyecto de reinvención del comunismo, se planteará con mayor nitidez el *problema del poder*, que sigue estando en el centro del antagonismo entre los componentes proletarios y el Estado capitalista y/o socialista. El movimiento obrero tradicional pensaba responder a este problema de un modo simple y radical, por la conquista del poder de Estado y, luego, por la desaparición progresiva de este último. ¡Todo debía marchar sobre ruedas! ¡Opondríamos la destrucción a la destrucción y el terror al terror! ¡Inútil epilogar hoy en día el carácter ficticio y mistificador de esa dialéctica! ¡Inútil subrayar el carácter escandaloso de la referencia que los apóstoles de esta doctrina hacen a la experiencia heroica de la 'Comuna de París'! *La tercera tarea fundamental* del movimiento revolucionario consiste en terminar con este tipo de concepción y afirmar la *separación radical* del movimiento, no sólo con respecto al Estado al que se haya directamente confrontado, sino, más fundamentalmente, con el modelo mismo de Estado

capitalista y todos sus sucedáneos, substitutos, formas derivadas y funciones ramificadas en todos los engranajes del socius, a todos los niveles de subjetividad. A las luchas relacionadas con el Welfare, contra la organización del trabajo productivo y del tiempo social de trabajo, a las iniciativas comunitarias en este dominio, se agrega *el cuestionamiento del Estado, en tanto clave modelizadora de las diversas figuras de la opresión, en tanto máquina de sobre-determinación de las relaciones sociales* dirigida a reducirlas, a controlarlas, a someterlas radicalmente bajo la amenazas de sus fuerzas de muerte y de destrucción.

Este problema nos conduce a formular *una segunda posición* diagramática del comunismo y de la liberación. Concierne la urgencia de *una reterritorialización de la praxis política*. Enfrentarse al Estado, hoy en día, significa luchar contra esta figura particular del Estado que está completamente integrada al CMI.

A partir de Yalta, las relaciones políticas se han vaciado progresivamente de su legitimidad territorial; han derivado hacia niveles imposibles de alcanzar. El comunismo representa la destrucción tendencial de los mecanismos que hacen de la moneda y de los otros equivalentes abstractos los únicos territorios del hombre. Lo que en nada implica nostalgia de las 'tierras natales', el sueño de un retorno a las civilizaciones primitivas o al pretendido comunismo del 'buen salvaje'. Nada de cuestionar los niveles de abstracción que los procesos desterritorializados de producción han hecho conquistar al hombre.

Lo que el comunismo cuestiona es el tipo de reterritorialización conservadora, degradante, opresiva, impuesta por el Estado capitalista y/o socialista, con sus funciones administrativas, órganos institucionales, sus equipamientos colectivos de normalización y de control, sus medios de comunicación de masas, etc. La re-territorialización operada por la praxis comunista es de una naturaleza completamente distinta; no pretende volver a un punto de partida natural y universal, no es una revolución circular; permite 'despegarse' de las realidades y de las significaciones dominantes, creando las condiciones que permita a los hombres "hacer su territorio",

conquistar su destino, a título individual y colectivo, en medio de los flujos mayormente des-territorializados.

(En este sentido, seremos llevados a distinguir muy concretamente: los movimientos de *re-territorialización nacionalitaria* –vascos, palestinos, kurdos...–, que asumen, hasta un cierto punto, los grandes flujos desterritorializados de las luchas del tercer mundo y de los proletariados inmigrados, y los movimientos de re-territorialización nacionalistas reaccionarios.)

Nuestro problema es el de reconquistar espacios comunitarios de libertad, de diálogo y de deseo. Algunos de ellos comienzan a proliferar en diferentes países de Europa. Pero se trata de construir, contra las seudoreterritorializaciones del CMI (ejemplo: la 'descentralización' en Francia, o la Europa de los Diez), un formidable movimiento de *re-territorialización de los cuerpos y de los espíritus: Europa debe ser reinventada como re-territorialización de la política y como base del derrocamiento de las alianzas sobre el eje norte-sur.*

La tercera tarea del movimiento comunista revolucionario consiste, también, en desarticular y desmantelar las funciones represivas del Estado y de sus cuerpos especiales. Este es el único terreno en que los nuevos sujetos colectivos se cruzan con las iniciativas del Estado y sólo en la medida en que este último envía sus 'caballeros teutónicos' sobre las tierras liberadas por los *agenciamientos* revolucionarios. ¡Cuántas fuerzas de amor y de humor deberán ser invertidas para que éstos no desaparezcan, como de costumbre, en la imagen lunar, mortalmente abstracta y simbólica, de su adversario capitalista! La represión es ante todo erradicación y perversión de lo singular. Si se trata de combatirla en los terrenos de las relaciones de fuerza detectables en lo real, se trata también de deshacerse de ella en los registros de la inteligencia, de la imaginación, de la sensibilidad y de la felicidad colectiva. Se trata de extraer en todas partes, *incluso en uno mismo*, las potencias de implosión y de desesperanza que vacían lo real y la historia de su subsistencia.

¡Que el Estado, por su parte, viva su resto de vida en el aislamiento y el encercamiento que le reserva una sociedad civil reconstruida! Si da la impresión de salir de su 'reserva' y de reconquistar nuevos espacios de libertad, entonces

responderemos sumergiéndolo a través de un nuevo tipo de movilización general de alianzas subversivas multiformes. Y ello, hasta que muera ahogado en su propio furor.

La cuarta tarea: henos aquí regresando, y es inevitable, a *la lucha antinuclear* y a *la lucha por la paz*. Sólo que esta vez, es sobre un paradigma que revela las implicaciones catastróficas de la posición de la ciencia en su relación con el Estado; posición que presupone una disociación entre la 'legitimidad' del poder y la finalidad de la paz. ¡Qué siniestra burla la de estos Estados, que acumulan miles de cabezas nucleares en nombre de su responsabilidad de garantizar la paz y el Orden internacional! Esto, mientras resulta evidente que tal acumulación no puede garantizar nada más que la destrucción y la muerte. Pero esta última legitimación 'ética' del Estado, a la que se aferra la reacción como a un salvavidas, está también en vías de derrumbarse, y no sólo en un plano teórico, sino en la conciencia de aquellos que saben o presienten que la producción colectiva, la libertad y la paz son, en su movimiento propio, fundamentalmente irreductibles al poder.

Prohibir la catástrofe que comporta el Estado, mostrando al mismo tiempo hasta qué grado ésta forma parte de su esencia, porque sigue siendo cierto que "el capitalismo trae la guerra en su interior, como las nubes, la tormenta". Pero de otra manera que en el pasado, por otros medios, y sobre un horizonte de horror que escapa en lo sucesivo a toda imaginación posible. La perspectiva del holocausto final se ha convertido en una base a partir de la cual se despliega la verdadera guerra civil mundial, conducida por el poder capitalista y constituida por las mil guerras permanentes, purulentas, pulverulentas, sostenidas contra las luchas de emancipación social y las revoluciones moleculares. Sin embargo, en este terreno, como en ningún otro, nada es fatal. Las victorias y las derrotas de las nuevas líneas de alianza del movimiento no están, en ningún lado, inscritas en una causalidad mecanicista o en una pretendida dialéctica histórica. Todo está por rehacer, todo puede ser retomado constantemente. ¡Y está bien que así sea! El Estado no es sino un monstruo frío, un vampiro de agonía interminable que no extrae su vitalidad sino de aquellos que se abandonan a sus simulacros.

En 1968, nadie podía imaginar que la guerra se volvería con tal rapidez un horizonte tan próximo e invasor. Hoy en día, la guerra ya no es sólo una perspectiva: se ha convertido en el marco permanente de nuestra vida.

La tercera Gran guerra imperialista ya ha comenzado. Una guerra vieja de por lo menos treinta años, que, como la *Dreissigjahrze Krieg*, nadie reconoce, a pesar de haberse vuelto tan cotidiano de las primicias de la prensa. Tal es el resultado de la reestructuración capitalista y de sus furiosos asaltos contra los proletarios planetarios. *La tercera proposición* diagramática del comunismo y de la liberación consiste en tomar conciencia de esta situación y *asumir la problemática de la paz como base fundamental de los procesos de derrocamiento de las alianzas sobre el eje norte-sur*. ¡Menos que nunca, la paz no es una consigna vacía, una fórmula de 'alma sublime', una aspiración vaga! La paz es el alfa y el omega del programa de revolución. La angustia de la guerra se nos pega en la piel, contamina nuestros días y nuestras noches.

¡Tantas personas se refugian en una política del avestruz! Incluso, esta misma inconsciencia es generadora de angustias.

El comunismo arrancará a los hombres y a las mujeres de la estupidez programada por el CMI y los pondrá frente a la realidad de esta violencia y de esta muerte, que la especie humana puede vencer si logra conjugar sus potencialidades singulares de amor y de razón.

Y, por último, a estas líneas de alianza de los *agenciamientos* productivos y de las subjetividades colectivas liberadas, deberá agregarse una quinta dimensión, de la que ya hemos hablado ampliamente: la de la organización. Han llegado los tiempos de pasar de la resistencia dispersa a la constitución de frentes de lucha determinados y de máquinas de lucha que, por ser eficaces, no perderán nada de su riqueza, de su complejidad, de la polivalencia de los deseos que la sostienen. Nos corresponde trabajar por esta transición.

En resumen: cinco tareas esperan a los movimientos que vendrán; la redefinición concreta del salariado; la toma de control y la liberación del tiempo de la jornada de trabajo; una lucha permanente contra las funciones represivas del Estado;

la construcción de la paz y la organización de máquinas de lucha que sean capaces de asumir esas tareas.

Esas cinco tareas son *diagramatizadas por tres proposiciones*: contribuir a la reorientación de las líneas de alianza de los proletariados, según el eje norte-sur; conquistar e inventar nuevos territorios de deseo y de acción política radicalmente separados del Estado y del CMI; luchar contra la guerra y trabajar por la construcción del movimiento revolucionario del proletariado por la paz.

Estamos lejos, todavía, de haber salido de la tormenta; todo hace pensar que el fin de los 'años de plomo' estará marcado aún por pruebas difíciles, pero es con lucidez, sin ningún mesianismo, que consideramos la reconstrucción de un movimiento revolucionario y de liberación más eficaz, más inteligente, más humano, más sonriente que nunca.

CARTA ARQUEOLÓGICA[1]

"En la perspectiva moderna, proceso, actividad y transformación, he ahí lo que importa".

Aldred N. Whitehead

Querido Felix:

Se me pide que vaya a participar en un coloquio en Montreal. Estoy muy contento de pensar en ello. Pero no me gusta la idea de enviar un escrito por correo; para este lejano encuentro, éste parecería seco y pretencioso. Entonces, pensándolo de nuevo, llego a la conclusión de que lo mejor es pedirte que leas en el coloquio esta carta –la última de las cartas que te he enviado y que se refiere, como siempre, a nuestro trabajo sobre la práctica social-. De esta manera, te verás obligado a intervenir, a clarificar los presupuestos de la discusión y quizás a polemizar con los otros y conmigo. Así, mi intervención lejana e impersonal se volverá más cálida y cercana, correspondiendo a mi deseo de retomar una discusión productiva con los camaradas, luego de muchos años de ausencia forzada. Es evidente que luego de haber trazado ciertos elementos muy generales programáticos en las *Nuevas alianzas* (texto de Toni Negri y Felix Guattari), nos vimos obligados a plantearnos, tú y yo, el problema de la práctica social. Los programas serán realizados seguramente de otra manera; es inútil enunciarlos. Pero también es cierto que sobre un tema como el de la práctica social, durante estos últimos años, se ha volcado una cantidad tan grande de descrédito y de escepticismo, tan numerosos son los renegados, que nos vemos obligados a preguntarnos si no sólo una práctica

[1]Carta de Toni Negri a Felix Guattari fechada en París. octubre, 1984.

social, una militancia subversiva y de transformación, serían posibles de ahora en adelante, sino también si un programa puede ser formulado y un discurso revolucionario comunicado. Para comprenderlo y eventualmente repeler las dudas que esto suscita, veamos las cosas más de cerca. En otro momento estuvimos convencidos de que las dos posibilidades, las del programa y las de la práctica, estaban ligadas entre ellas por una misma verificación. Si la práctica debía verificar la verdad del programa, éste se formaría sólo en la medida en que los sujetos lo realizaran. Cuando yo era niño, esto se llamaba 'la búsqueda en común'. Este círculo virtuoso y concreto lo hacíamos vivir en la lucha de clases. En los años sesenta, en las grandes fábricas, con los obreros de la Fiat o de las fábricas petroquímicas, sólo teníamos un modo de verificar la práctica inmediata y la verdad del rechazo al trabajo: era la inmovilización de los establecimientos, es decir, de las fábricas. Nuestro escepticismo arrogante frente a la ideología se redimía en la práctica por un solo criterio de verdad; ésta era acentuada por su evidencia. ¡Cómo eran wittgenstenianos nuestros obreros! En este sentido, es fácil repetir hoy en día ese adagio un poco brutal: "*¡Verum ipsum factum!*"; brutal pero probablemente no realista. En efecto, no parece que el problema de la práctica social pueda ser resuelto repitiendo una solución de este tipo. No por la repetición teórica de un método, ni tampoco por una asombrosa evocación de esta antigua práctica. Un método no es un instrumento que pueda ser utilizado indistintamente como la manifestación de un sujeto hegemónico o de la verdad emergente o de una historicidad triunfante. Es por eso que hoy no se cree en aquellos que, en medio del debilitamiento de la voluntad manifiesta actualmente y de la indudable atenuación de la memoria colectiva, fingen una virginidad, una adolescencia crítica o un acné juvenil sobre su piel, que ha dejado de ser imberbe y que imaginan una felicidad de innovación al interior de los ritmos lineales del conocimiento y de su apertura indefinida. Frente a eso, una cosa es segura: hemos sido derrotados, y esta derrota tiene un espesor ontológico tan importante como el que la transformación de las conciencias y de la lucha revolucionaria había construido con anterioridad, como riqueza de necesidad, de deseo y de

inteligencia. Entonces preguntémonos: ¿el espesor de esta derrota anula el espesor de la transformación? No lo sé . De cualquier modo, veamos . Hemos sido derrotados. Debemos reconocerlo. Debemos convencernos de que no hay memoria ni repetición posible de un acontecimiento. Incluso si todo eso pudiera resolverse, de seguro no sería un Ulises quien volvería a Itaca, un Abraham quien iría hacia lo desconocido. Esta derrota representa un límite sólido, un obstáculo que solamente una enorme capacidad crítica logrará retirar de la vía del conocimiento y de la subversión social. Sólo nos queda repensar la derrota, sus razones, los puntos en que el enemigo nos ha vencido, acordándonos de que no hay linealidad de la memoria, que sólo hay una sobrevivencia ética. Tengo frente a mí, hoy en día, la modernización industrial, el redescubrimiento del beneficio, la reinversión del mercado: "*dura lex sed lex*". Hemos sido derrotados. La cultura y las luchas de los años sesenta fueron derrotadas en los años setenta. Los años ochenta ven consolidarse la victoria del capitalismo. Es probable, por ende, que yo sea un residuo arqueológico, que la derrota haya sido más importante que la transformación que hemos vivido, como si no fuera posible la existencia de una modernización que no invadiera los lugares en los cuales nosotros estuvimos presentes. Para el enemigo, nuestra derrota ocupaba un primer lugar en su proyecto. Era 'la causa formal' de su modernización. Pero hay algo que puede, hoy día, ligar nuestra negatividad a su afirmación. El hecho de que la modernización es sólo la recuperación y la mistificación poderosa de lo que éramos, del saber que poseíamos. Algunos ejemplos: en primer lugar, en la fábrica. Era necesario, de manera negativa, romper esa especie de bloqueo del mando/dominación que nosotros constituíamos y que fuesen rechazadas las peticiones de salarios garantizados, que habíamos impuesto a través del crecimiento de la demanda efectiva y en función de un deseo que resultaba, en adelante, imposible de contener. Siempre en las fábricas, era necesario, positivamente, por parte de los patrones, construir una nueva 'jerarquía' de la producción que recompensase con menos trabajo a aquel que aceptara el mando/dominación. La automatización es inventada libremente por ese saber que vomita el rechazo

al trabajo, pero sirve, por el contrario, en su aplicación actual, para romper y mistificar el carácter general de esta necesidad obrera y proletaria. Por otra parte, estábamos organizando un nuevo modelo de la jornada de trabajo social, a través de un manejo cuidadoso, articulado e inteligente del gasto público. Para modernizar tuvieron que vencernos también en este nivel social, mediante la inflación, la renovación y la exasperación de las reglas de exclusión –represivas, jerárquicas, funcionales-. Pero, al mismo tiempo, tuvieron que plegarse ante el proceso de terciarización y de socialización de las capacidades de los empresarios. Viéndose así obligados a ejercer un control informático generalizado. En este terreno se desarrolla, en la actualidad, una lucha de poder que de ninguna manera está resuelta. La informatización de lo social fue inventada libremente por la utopía positiva obrera y proletaria, buscando un tiempo de jornada de trabajo sustraído al mando/dominación patronal; ahora la vemos verificada dentro del horizonte de la cooperación obrera y aplicada contra esta última, para romper la presión de esa necesidad (reducción de la jornada de trabajo) y para explotar de manera capitalista la potencia del trabajo social (del trabajo que se ha liberado de una territorialización parasitaria, industrial y que se muestra como universalidad social). Finalmente, donde quiera que las luchas o los deseos de liberación se manifestaran, asistíamos a un mecanismo siempre idéntico: la represión de nuestro poder y la mistificación de nuestro saber; una dialéctica feroz y maldita con la cual fuimos aplastados. Sin embargo, esta dialéctica enemiga, interna, no implica hoy, cuando es necesario hacerlo, el olvido de la derrota. Por el contrario, significa apreciar su intensidad. Desde luego, no se trata de restaurar una memoria imposible, sino más bien, confrontarse con la nueva totalidad, con la nueva máquina de dominación. La totalidad es siempre la del enemigo, una totalidad que reclasifica los elementos de la historia concreta y los reestructura en la circularidad funcional del mando/dominación. Nosotros poseemos segmentos importantes y a veces fundamentales, que la máquina de la dominación re-organiza actualmente en una totalidad. Por ello nuestra memoria puede recorrer algunos de estos segmentos, pero

después y al interior de la derrota misma; allí nuestro saber no tiene fuerza. No consigue desenredarse, en medio de este potente mundo mistificado que se nos propone, en medio de este fluir de cosas y de mando/dominación. Para empezar de nuevo a vivir y a organizar de nuevo el saber, debemos romper, por lo tanto, con esta totalidad. Para reinyectar potencia a nuestra segmentaridad, debemos arrancar nuestro ser-segmento de la totalidad en la que ha sido aprisionado. Si no destruimos la totalidad a la que hemos estado ligados, ninguna declaración de nuestro carácter contingente, de nuestra particularidad, podrá abocarse, como antaño, a la reconstrucción del mundo. La destrucción apremiante de la totalidad se plantea así como uno de los primeros actos de la práctica social; no por la memoria del pasado o por nostalgia de las convulsiones anárquicas, ni por profesionalismo bolchevique jesuita, ni tampoco para participar en un nuevo ritmo báquico que, atacando el corazón del Estado, lo destruye, apropiándose al mismo tiempo de él. Esta destrucción es la única manera de evadirse de la prisión de la totalidad y de ser libre como segmento, como particularidad. Es sobre este acto de libertad destructiva que hoy puede construirse una práctica social positiva. El reformismo, el revisionismo, el socialismo o, en definitiva, todos los modos de significar lo que el movimiento real se opone al comunismo, ante todo han trabajado por la negación del nexo entre liberación y destrucción.

Desde el achatamiento social-demócrata, desde la innovación en la continuidad de los valores, al terrorismo stalinista, que reduce burocráticamente la liberación a la emancipación, en todos estos casos, se niega ese vínculo, oponiendo a su fecundidad secuencias monstruosas. ¿No es de extrañar que el concepto de izquierda se vuelva átono e insignificante, cuando uno de sus elementos fundamentales y constitutivos, precisamente el vínculo entre liberación y destrucción, es dejado de lado? El concepto de izquierda es un concepto de guerra. ¿Cómo puede pretenderse olvidar sus dimensiones destructivas? ¿Cómo se puede renegar la tensión de potencia que rige la voluntad de liberación? Aun más paradojal es, también, el hecho de que el aumento de nuestra capacidad de comprender el poder, su existencia descrita por Foucault, su penetración

molecular, descrita por nuestros más queridos amigos y camaradas, etc., hoy nos sea imputada y haya sido utilizada contra nosotros. Como si la conciencia de la complejidad, en lugar de predisponernos a una mayor eficacia de destrucción, fuera un laberinto del cual no podríamos salir. ¿Porqué al saber de la transformación no debería atribuírsele la capacidad de dominar la complejidad, y de hacerlo amando las singularidades que la componen, contra la necesidad que tiene el poder enemigo, las fuerzas de la conservación, de destruir cada razón singular de vida y de libertad? Frente a la idea de destrucción hay una especie de desconfianza ontológica, cuando no una verdadera alergia ética, incluso entre nuestros camaradas más próximos. El comunismo es imaginado, con justa razón, como un aumento del ser y si no hubiésemos estado convencidos siempre de eso, el feminismo nos lo habría prescrito definitivamente. Estas resistencias son injustas, porque la destrucción que exige la liberación comunista, no reduce la superficie del ser. En este sentido, me resulta grato comparar nuestro destruir, con las funciones que cumple la duda filosófica en la historia del pensamiento. De hecho, la duda no violentaba, sino que descubría el horizonte del ser. La duda, en todas sus formas, desde la ignorancia socrática de la duda cartesiana ¡Pero qué fuerza destructiva era capaz de introducir ésta, en la lucha por la transformación crítica! Observemos la duda cartesiana. En el mundo del siglo XVI, en el momento en que se afirma la burguesía y el nacimiento del Estado moderno, en que las ideas poseen una realidad y las tradiciones una potencia, en lo mágico constituye todavía un horizonte sólido, allí la duda no era sólo una ciencia que concierne a las ideas, sino sobre todo una práctica que tiene un peso sobre el carácter concreto de éstas, sobre su existencia mecánica y su consistencia material. La duda es una práctica social destructiva de las cosas y no sólo de los fantasmas o de las ideas ficticias. Es destructiva en la medida en que afirma la libertad; no es una suspensión de la realidad, sino un poder contra la figura mistificada de lo real, contra la preponderancia del poder y sus formas ilusorias. La fe, el error, la falsedad de la existencia ética de la verdad, sólo pueden existir desde el momento de la destrucción de la prisión del

conocimiento. Por ende, el poder es anterior al conocimiento. Esto, en todos los casos. En el del patrón, que para dominarnos nos arranca el saber; él también debe fundar su dignidad sobre el poder. El poder es para él una condición material del conocimiento. Pero también, en nuestro caso, el poder es condición de conocimiento; condición formal y no material, pero, no por ello, menos eficaz. Cada vez que el saber nos es robado, ello ocurre porque hemos sido edificados en el terreno del poder. En realidad, la relación que tenemos con el saber a través del poder no es una cosa vulgar. Ésta no tiene la significación arbitraria y ciega de la anticipación, o, mejor dicho, de la continua sobre-determinación del saber. Ésta es, por el contrario, la característica, la naturaleza de la relación que el patrón mantiene con el ser, en la medida que la ley del valor ha desaparecido y, con ella, el rol progresista del Capital. Por el contrario, en la idea de la transformación, la relación entre saber y poder es ese vínculo pleno y fecundo que se establece entre destruir y liberar, en la práctica social transformadora. A propósito de la pareja racional-irracional, me resulta placentero jugar con las palabras, diciendo que en esta metáfora la anticipación capitalista del poder sobre el conocer es irracional. Contrariamente a esto, la relación proletaria es racional. Por racional, se entiende aquí, esta forma que produce su propio contenido. Desde el punto de vista proletario, el poder y el conocer, la destrucción y la liberación se contienen formalmente alimentándose la una a la otra. El carácter contemporáneo, formal del saber, es condición para la participación material del poder en la acción proletaria. Es así como el saber legitima; el poder lo hace justo. Volvamos ahora, mi querido Felix, a la determinación de nuestra búsqueda sobre la práctica social. Para reiniciar el análisis, desarrollemos ciertas premisas . En primer lugar, si la destrucción o el destruir es condición interna de la liberación, si la dinámica es fundamental para el pensamiento de la transformación, no por ello habrá que considerar el proceso de la práctica social como un simple flujo. Por el contrario, podemos considerar la práctica social como la consistencia de agenciamientos e investimientos, es decir, de tareas sociales. Por otra parte, esta consistencia es completamente ontológica. No prevé ni

retiene, como posibles, super-estructuras o sobre-determinaciones. Por otra parte, esta consistencia ontológica es un entrelazamiento de *phylums* estructurales y de dimensiones, cada vez territorializadas de manera específica. La especificación depende de las formas: las series históricas, del desarrollo de las formas y de las caras de la organización social. Entonces, ¿qué significa especificar, determinar el nexo entre destruir y liberar, entre poder y saber al interior de este marco? En lo que a nosotros se refiere, ¿cómo se manifiesta esta relación, cuando de un discurso muy general bajamos a la dimensión concreta de nuestra sociedad, al horizonte determinado de nuestro campo ontológico y nos confrontamos a la consistencia maquínica y desterritorializada de las instituciones y de los equipamientos estatales, colectivos, represivos capitalistas? Podemos enfrentar este problema de dos maneras. La primera es la de la organización estructural del Estado y que servirá aquí de ejemplo. La segunda es aquella, específica, de la organización del proceso de liberación. En cada una de estas perspectivas, el problema reside en la multiplicación de los sentidos en los que se puede definir la complejidad de los segmentos sociales, las funciones ontológicas y materiales que, convergiendo, entrelazándose de manera sincrónica, acumulándose históricamente, llegan a formar, progresivamente, una totalidad estructural. Es evidente, como tú lo sostienes, Felix, que cuando hablamos, por ejemplo, de Estado, hablamos de una dimensión ontológica compleja y estratificada, que comprende en su interior una serie de niveles, que en caso necesario, están a disposición de una desterritorialización del mando/dominación. Estos segmentos no sólo componen el Estado y se producen y re-producen en la subjetividad misma. Tanto es así que resulta problemático hablar de extinción del Estado. Además, es completamente absurdo pretender darle un alcance mayor que el de una metáfora de su pura y simple destrucción. Desde luego, siempre podrá concebirse un nuevo tipo de composición de los segmentos sociales en el Estado, una composición abierta en el sentido de *phylums* más desterritorializados, en ruptura con las políticas capitalistas de re-territorialización. Pero todo esto supone la permanencia y la consistencia de una acumulación histórica de experiencias

ontológicas. Si de ahora en adelante retomamos el problema desde el punto de vista de la composición de la sociedad y de los sujetos sociales, comprendemos cómo, en este terreno, paralelamente al proceso que hemos descrito a nivel estatal, se producen procesos análogos. Quiero decir que si en el Estado, en la estratificación de su estructura, fuese posible leer el difícil desarrollo de las experiencias de organización de la sociedad y la acumulación de 'equipamientos' destinados a organizar el trabajo social; de la misma manera, podemos encontrar en la conciencia de los sujetos sociales y en su comportamiento masificado, elementos de consistencia y de composición: experiencias de lucha, de derrota y de victoria, experiencias de liberación, de organización y, sobre todo, la historia y el *phylum* de ese saber de la liberación que todo ese amplio desarrollo ha alimentado.

Hubo un tiempo en que al interior del obrerismo italiano y europeo se hablaba de composición técnica y de composición política de las clases sociales. El carácter doble de este acercamiento era puramente metodológico: la definición era de hecho absolutamente homogénea y las articulaciones debían, con justa razón, verse verificadas en la dimensión de la vivencia. De cualquier manera, es importante subrayar la coincidencia que hoy podamos encontrar entre los métodos del obrerismo y de la más avanzada metodología de la investigación histórico-social. Siguiendo las series históricas de desarrollo de la organización de la jornada de trabajo, del mercado del trabajo, de la estructura de la producción y de la reproducción y, ante todo, la serie de ciclos de lucha, habíamos llegado a desarrollar en el seno del obrerismo lo que yo sigo considerando como una descripción no superada e insuperable de la evolución de las formas de la conciencia de clases. Ahora, esta vieja investigación ve confirmados sus resultados. La historia del partido, es decir, la historia de la dialéctica permanente de la conciencia de clase entre 'equipamiento' institucional y agenciamiento revolucionario –la historia del partido, en las formas del anarquismo, la social-democracia, el leninismo, se veía explicada en la evolución lineal de la composición de clase. Que quede claro que, efectivamente, a través de esta evolución se descubría una acumulación, una dinámica

subjetiva de clasificación, de selección, de constitución. Todo lo que se inscribía en las conciencias y las experiencias pasadas de organización, se convertía en el material crítico de un proyecto de liberación permanentemente nuevo. En este sentido, el leninismo ha superado efectivamente al anarquismo y a la social-democracia (que son sus antecedentes inmediatos y adversarios), reduciéndolos a segmentos de una nueva forma organizacional. Recuperándolos, reclasificándolos al interior de este *agenciamiento* original que el mismo constituía. De igual manera, hoy en día, a condición que las luchas de liberación maduren y alcancen un umbral decisivo, es evidente que el obrero de la automatización y de la información social deberá comprender y sobrepesar al leninismo, en la nueva forma social de la organización y de la lucha por la liberación. El leninismo rivaliza con la liberación, como la anarquía rivaliza con el leninismo. En la nueva perspectiva de la lucha y de la organización, el leninismo es ciertamente un elemento que hay que superar, aun cuando vivirá siempre en el *agenciamiento* que nosotros predisponemos.

Podemos volver, entonces, a la discusión del vínculo entre liberación y destrucción. En el nivel actual de las prácticas sociales, ¿en qué puede y debe consistir el momento de la destrucción? En la desestructuración de la totalidad en la cual los segmentos de la vida social y productiva, así como el saber proletario (luego de la derrota de los años sesenta) están siendo reorganizados en Estado. Deshacer la llamada modernización no implica negar la importancia de los pasajes técnicos y materiales a través de los cuales ésta se realiza. Se trata más bien de raptarlos, liberarlos de la totalidad, permitirles moverse contra la potente conclusión que el capitalismo querría imponer hoy en día; de moverse, entonces, contra la re-territorialización ordenada a la que deberían estar obligados. Destruir quiere decir poner en marcha un proceso de dislocación general del conjunto de los componentes de la producción y de la reproducción.

El leninismo no puede ser el motor fundamental de un proceso social de esas dimensiones y a ese nivel. Desde su origen, el leninismo está desprovisto de esas dimensiones y de esas cualidades; en lo que se refiere a su distancia frente a las

necesidades de una clase social productiva modelada por una conciencia hegemónica, puede ser incluso ampliamente criticado. Pero criticar al leninismo en ese sentido no quiere decir tratarlo como un perro muerto, puesto que él vive y vivirá siempre como un fuerte recordatorio de la función indeleble de la lucha de clases (i. e. que no podemos borrar u olvidar), en tanto indicador de la necesidad de destruir la totalidad del dispositivo de mando/dominación enemigo; lo que constituye una tarea que hay que renovar continuamente para aquellos que desean la liberación. La dislocación del marco de liberación en su conjunto comprende, en consecuencia –como experiencia central-, la destrucción de la totalidad.

A estas alturas, nos abrimos a una nueva serie de reflexiones. Repitámonos para recomenzar. Hoy vivimos una derrota, no lo olvidemos nunca. La práctica social alternativa (que alimenta en sí misma el pensamiento de la destrucción) tiene en consecuencia muy poco espacio. En efecto, tiende a terminarse en el esquema de totalidad, producido por el poder. Y sin embargo, paradojalmente, la conciencia del poder de su capacidad de encerrar y de detentar, –en el esquema de la totalidad, el saber de otros y no el suyo propio (saber que no está predispuesto a la meditación, áspero e irreductible), es muy elevada. Ciertamente, lo precario de la dominación se muestra menos por la resistencia de los oprimidos que por la fragilidad de las relaciones de la dominación (con respecto a esto habría que analizar varias dimensiones: primeramente la circulación y la velocidad de los mecanismos de formación del consenso y luego la dimensión temporal de la legitimidad; pero hablaremos de eso en otra oportunidad). No hay que subestimar este aspecto objetivo de la crisis. El nivel de síntesis de la dominación, así como el grado de intensidad de la capacidad del enemigo para producir subjetividad, son mínimos. Objetivamente mínimos. La totalidad enemiga no logra ser (hacerse) orgánica. Pero –y he aquí el nuevo grupo de reflexiones– esto no basta para levantar el pensamiento y una práctica que comprenda una nueva noción de 'izquierda', es decir, que no basta con empezar nuevamente a concebir el pensamiento y la práctica social como actividades de base, como tentativas de destrucción de la totalidad opuesta, como intervención de las

contradicciones objetivas; en síntesis, la práctica social no puede ser solamente un modo de pensar la crisis. Por el contrario, debe abarcar la dimensión ontológica y desarrollar la tendencia constitutiva. Ahora bien, en el momento en que destruimos la capacidad de la totalidad enemiga para albergar en su propio terreno el saber de los explotados, estamos conquistando, a partir de ese momento, la posibilidad de expresar la potente segmentaridad del pensamiento, la imborrable particularidad de los deseos: todo el tejido transversal de los *agenciamientos*. En la destrucción de la totalidad enemiga, en tanto totalidad, está contenida la plenitud de nuestra práctica social, no porque el acto de la ruptura sea algo ontológicamente prevaleciente en la lógica de las acciones sociales, sino, simplemente, porque la ruptura abre una gran posibilidad de expresión. La práctica social aparece como ejercicio de liberación de los segmentos deseantes. Y cuando esta plenitud de expresión se despliega, es en ese momento que las máquinas de guerra que pueden desestructurar continuamente la totalidad, que pueden hacer de esta destrucción un hecho constitucional, se ponen en movimiento. En consecuencia, el concepto de partido así como el de 'izquierda', no sólo en tanto máquina de guerra, sino como plenitud de la expresión de esos segmentos, de estos comportamientos positivos, no pueden ser definidos aquí.

Actualmente, tenemos frente a nosotros algunas experiencias históricas frente a las cuales cada uno de nosotros resiente una enorme novedad. Son las experiencias de *Solidarnosk* en Polonia, desarrollo del movimiento de los verdes en Alemania occidental y una serie de movimientos nuevos, muy importantes por analogía, incluso si se trata de movimientos muchos menos organizados y a la espera todavía de un análisis crítico (el movimiento de los 'auto-convocados' en Italia, la lucha contra la OTAN en España, la lucha de los mineros ingleses, etc.). Estos movimientos de organización y de lucha poseen características completamente nuevas en comparación con las tradiciones organizativas del movimiento obrero. En consecuencia, no pueden ser remitidos a nuestra memoria y a nuestra tradición. Estos movimientos revelan la experiencia ontológica de la ruptura de la totalidad y la liberación de una

energía dirigida permanentemente contra la totalidad. Definir los fundamentos materiales de la composición política de la clase de los explotados mediante un análisis de esta composición no sería difícil, pero por el momento no me parece que sea importante. Lo más importante es insistir en la innovación extraordinaria que contienen. Todos los movimientos mencionados han nacido después del diluvio; es positivo darse cuenta de que no sólo el mundo sigue existiendo después del diluvio, sino que, además, ese desastre ha vuelto la tierra más fértil.

Veamos cuáles eran las características iniciales de estos movimientos. Ante todo, se trata de movimientos en la sociedad; en seguida, no son movimientos reformistas sino más bien movimientos diferentes. Se trata:

1. de movimientos transversales,

2. de movimientos alternativos. No desean la totalidad, por el contrario quieren destruirla, y es en esta destrucción que afirman la independencia de su saber (y su riqueza y su multiplicidad abigarrada, etc.) y la eficacia de su poder. No conozco las leyes que permiten a estos movimientos hacer consistente su presencia (si esas leyes existen hay que descubrirlas). Pero quiero avanzar una hipótesis. Lo que ocurre es que el pasaje del flujo a la consistencia, del movimiento al partido, depende esencialmente de la capacidad de la fuerza física de masa y de la radicalidad intelectual para establecer el vínculo entre la potencia del nuevo saber y la capacidad de destrucción. Tengo la impresión de que el grado de consistencia y de estabilidad organizativa, de la irreversibilidad ontológica, no puede medirse ni adquirirse, sino a partir del momento en que el movimiento de lucha se reconoce como una máquina de desplazamiento radical de los términos de la política. Por primera vez, la autonomía de lo político se forma paradojalmente (pero como final de un proceso utópico que se ha desarrollado por demasiado tiempo) como independencia de lo social y como rechazo del Estado.

La derecha y el liberalismo moderno han comprendido una buena parte de las características actuales del saber revolucionario; también han tratado de mistificarlas y es así como hemos asistido a una orgía de 'nuevos filósofos'. No, en realidad, esta independencia de lo político alternativo nada tiene

que ver con una resurgencia del liberalismo: nosotros queremos la colectivización total de los medios de producción, esto nos parece evidente, banal. Sea como sea, el problema no está ahí. El problema es otro y absolutamente crucial. La libertad consiste en plantear una diversidad esencial en un mundo en que toda posibilidad de condición de libertad y de verdad ha venido a desaparecer, absorbida como estaba en la totalidad del poder. Sólo la erupción de lo otro, de una ontología alternativa en la esfera institucional de lo político, puede permitir una reinserción de sentido a la liberación y, en consecuencia, fundar una práctica social de transformación. En las filosofías del conocimiento y de la ciencia, en la estética y en todos los sistemas estructural-funcionales, la emergencia del elemento catastrófico, de la diferencia radical, constituye un elemento fundamental, precisamente en la medida en que el horizonte del hombre ha soportado la totalidad. Sólo lo político como subversivo no puede producir esta sobreabundancia de verdad y, sin embargo, sólo lo político como subversivo ha llegado a expresar, más de una vez, la imagen de la totalidad, que no era la del encierro, sino de la innovación radical y, por ende, ha logrado anticipar un concepto de catástrofe: 1848, 1870, 1917, 1968... Sin estas catástrofes, la ciencia no habría hecho jamás los descubrimientos de la termodinámica. Pero, sin embargo, el problema es el de construir la catástrofe. Decir esto, es decir todas las cosas enormes que nosotros no logramos resolver. A pesar de todo, es un problema que tenemos que solucionar: cómo ser la catástrofe construyéndola, cómo ser la totalidad sin serlo, cómo ser el opuesto destructivo de la totalidad capitalista y estatal sin sufrir la homología. La subversión como democracia radical, donde quiera que las formas de organización tengan la eficacia del leninismo y la libertad de la autonomía; la práctica social como agenciamiento de las singularidades, sin caer en los fetiches, llámense éstos 'voluntad general' o 'bien común'; fetiches que intervienen anulando la diferencia y convirtiéndola en engranaje en el cosmos de la explotación.

Para terminar. Me viene al espíritu, mi querido Felix, una práctica social terriblemente eficaz y terriblemente enemiga que he sufrido y que ha contribuido a nuestra derrota: me

refiero al terrorismo. No es fácil definirlo: se trata de un acontecimiento monstruoso, de una traducción mistificada de la violencia estatal y de su vana ficción de totalidad, se trata de un '*blitz*' místico unilateral que niega la liberación en la destrucción, retirándole nuevamente toda su dinámica y extrayendo toda la dulzura que existía en la relación. El terrorismo ha sido un escándalo y volverá a serlo, si no sabemos evitar que nos reproche monstruosamente lo que no hemos logrado ser: hombres que se rebelan sin frase, que reconquistan la libertad y vuelven eficaz la ruptura de la existencia bloqueada por el poder. El terrorismo ha podido reprocharnos el no ser libres, el no ser David, sino más bien ovejas frente a Goliat. No podremos inventar una nueva vida de la que serán desterrados tanto el terrorismo como la violencia de Estado, si no volvemos a un militantismo que sea capaz de plantear el problema de una alternativa de valores y de métodos totalmente radicales. Sólo será posible si nuestra práctica social se vuelve aquélla comprendida en la hipótesis de la existencia de algunos millones de David.

El 'poder', decíamos nosotros, viene antes del 'conocer'. Se dirá, mi querido Felix, que somos casi fascistas cuando decimos cosas de este estilo. Que digan lo que quieran. Yo, por mi parte, quisiera empeorar todavía las cosas. Dar prueba de mal gusto, de vulgaridad: decir que el amor, sólo el amor, puede determinar el nexo entre el poder y el saber. Algunos viejos amigos me acompañan y justifican en el fondo este reconocimiento vergonzoso de irracionalismo. Ante todo, el buen Spinoza, que toma también el adagio de los grandes filósofos del renacimiento italiano, reteniendo que el amor se sostiene a medio camino entre el poder y el saber. Y además, sobre todo, el eterno y goetheano Lenin: "En el principio fue la acción". Démonos prisa.

Un abrazo para todos,

TONI

MICRO-POLÍTICA DEL DESEO

La proposición de una micro-política del deseo no consiste en establecer un puente entre el psicoanálisis y el marxismo, en tanto teorías constituidas. Esto no me parece ni deseable, ni posible. No creo que un sistema de conceptos pueda funcionar de un modo válido fuera de su contexto original, es decir, fuera de los agenciamientos colectivos de enunciación que lo han producido. Cuando hablo de deseo, no tomo prestada esta noción del psicoanálisis ortodoxo o de la teoría lacaniana.

No pretendo fundar un concepto científico; simplemente, trato de bosquejar un conjunto teórico provisorio que apunta al funcionamiento del deseo en el campo social. Mientras que resulta imposible reunir en una misma frase el placer y el goce con la revolución –no podemos decir que exista un "placer de la revolución" o un "goce de la revolución"– nadie se asombra hoy en día al oír hablar de un "deseo de revolución" o "de un deseo revolucionario". Me parece que aquello está ligado al hecho de que el sentido que se les otorga en general al placer y al goce, es inseparable de un cierto modo de individuación de la subjetividad hiper-solitaria, que encuentra una especie de realización en el espacio del diván. Algo diferente ocurre con la libido y el deseo.

El deseo no está ligado intrínsecamente a una individuación de la libido. Una máquina de deseo encuentra formas de individuación, es decir, de alienación. No hay deseo en sí ni represión en sí. El deseo y la represión funcionan en un sociedad real y están marcados por cada una de sus etapas históricas; no se trata entonces de categorías generales traspasables de una situación a otra.

La distinción que propongo establecer entre micro y macro política del deseo, se dirige en principio a cuestionar un cierto número de modelos universales del psicoanálisis y del marxismo. Se considera como obvio que el psicoanálisis concierne aquello que ocurre en pequeña escala, apenas la escala de la familia y de la persona; mientras que la política sólo concierne a los grandes conjuntos sociales. Yo quisiera mostrar, por el contrario, que existe una política que apunta tanto al deseo del individuo, como al deseo que se manifiesta en el campo social en su sentido más amplio. Y eso bajo dos formas: ya sea la de una micro-política relativa tanto a los problemas individuales como a los problemas sociales, ya sea la de una macro-política relativa a los mismos dominios (individuos, familia, problemas de partido, de Estado, etc.) El despotismo que caracteriza con frecuencia las relaciones conyugales o familiares, procede del mismo tipo de *agenciamiento* libidinal que aquel que encontramos en el campo social. A la inversa, no resulta absurdo abordar un cierto número de problemas sociales a gran escala (por ejemplo, los del burocratismo y del fascismo) a la luz de una micro-política del deseo. En consecuencia, el problema no está en tender puentes entre dominios ya constituidos y separados entre sí, sino en instalar nuevas máquinas teóricas y prácticas capaces de barrer las estratificaciones anteriores y establecer las condiciones de un nuevo ejercicio del deseo. Por ende, ya no se trata de describir los objetos sociales preexistentes, sino de intervenir activamente contra todas las máquinas del poder dominante, se trate de las del poder del estado burgués, de las del poder de las burocracias de toda índole, del poder escolar, del poder familiar, del poder falocrático en la pareja, como en la del poder del super-yo sobre el individuo.

TRES MODOS DE ABORDAR LA CUESTIÓN DEL FASCISMO

Se pueden esquematizar tres modos de acercamiento a estos problemas: primero, uno sociológico, que calificaremos de analítico-formalista; segundo, uno neo-marxista, sintético-dualista; y un tercero, analítico-político. El primero y el segundo mantienen la separación entre los grandes y pequeños conjuntos sociales, mientras que el tercero intenta sobrepasarla.

El pensamiento *sociológico* analítico-formalista se propone extraer *rasgos comunes* y separar *especies*; ya sea a través de un método de *analogías sensibles* –buscará entonces fijar pequeñas diferencias relativas; por ejemplo: distinguirá las similitudes y los rasgos particulares que han caracterizado los tres tipos de fascismo: italiano, alemán, español; ya sea a través de un método de *homologías estructurales*-, buscará, entonces, fijarse diferencias absolutas, por ejemplo, entre el fascismo, el estalinismo y las democracias occidentales. Por un lado, se minimizan las diferencias para extraer un rasgo común y, por el otro, se amplían diferencias para separar planos y constituir especies.

El *pensamiento sintético-dualista neo-marxista* pretende sobrepasar un tal sistema no separando jamás la descripción teórica de una práctica social militante. Sin embargo, esta práctica encuentra generalmente su límite en un corte de carácter diferente: entre la realidad del deseo de las masas y las instancias que se juegan a representarlas. El modo de pensamiento sociológico procede codificando los objetos sociales y desconociendo el deseo y la creatividad de las masas; el modo de pensamiento militante marxista intenta sobrepasar este desconocimiento, pero se constituye a sí mismo en sistema colectivo de representación del deseo de las masas. No reconoce la existencia de un deseo revolucionario, sino en la medida que consigue imponer la mediación de la representación teórica del marxismo y de la representación práctica del partido que supuestamente expresa esa representación teórica. De este modo, todo un mecanismo de correas de transmisión se instala entre la teoría, la dirección del partido y los militantes; de manera que las innumerables diferencias que atraviesan el deseo de las masas se encuentran 'masificadas', conducidas a formulaciones estandarizadas cuya necesidad se pretende justificar en nombre de la cohesión de la clase obrera y de la unidad de su partido. De la impotencia de un sistema de representación mental se ha pasado a la impotencia de un sistema de representatividad social. De hecho, no es casualidad si este método de pensamiento y de

acción neomarxista se estanca en prácticas burocráticas; ello corresponde al hecho de que nunca este método ha despejado realmente su pseudo-dialéctica de un dualismo impenitente entre la representación y la realidad, entre la casta de los portadores de buenas consignas y las masas que se pretende alfabetizar y catequizar. Este dualismo reductor de los neomarxistas reaparece en todos los terrenos: contamina su concepción de la oposición esquemática entre la ciudad y el campo, sus alianzas internacionales, su política de campo de la paz y campo de la guerra, etc. Este sistema de bipolarización de todos los problemas gira siempre en torno a un tercer objeto, el que tampoco constituye una 'síntesis dialéctica', puesto que de hecho pone en juego, esencial mente, el poder de Estado y el contrapoder del Partido que no cesa de reproducir casi la misma modalidad de poder. Cualquier lucha parcial resulta referida a ese tipo de objeto tercero trascendente; todo debe encontrar *significación* a partir de él, incluso cuando la historia real lo hace aparecer por lo que es, a saber, un engaño, a mismo título que el objeto fálico de la relación triangular edípica. Podríamos decir, por otra parte, de ese dualismo y del objeto trascendente que erige, que ambos constituyen el núcleo del edipo militante al que deberá enfrentarse un análisis político.

Una perspectiva *analítico-política* no podría sino rechazar el corte tradicional entre los grandes conjuntos sociales y los problemas individuales, familiares, escolares, profesionales, etc.; ya no se trataría de abatir mecánicamente la problemática de las situaciones concretas sobre una simple alternativa de clase o de campos y de pretender encontrar todas las repuestas, a partir de la acción de un partido revolucionario único, depositario central de la verdad teórica y práctica. En consecuencia, una micropolítica del deseo ya no se propondría *representar* las masas e *interpretar* sus luchas. Ello no quiere decir que condenaría, a priori, toda acción de partido, toda idea de línea, de programa, incluso de centralismo; pero sí se esforzaría por situar y relativizar su acción, en función de una práctica analítica que se opondría punto por punto a los hábitos represivos, al burocratismo y al maniqueísmo moralizante que contaminan actualmente a los movimientos revolucionarios. Dejaría de sostenerse sobre un

objeto trascendente para darse seguridad: ya no se centraría en un solo punto: el del poder de Estado y la construcción de un partido representativo capaz de conquistarlo en lugar de las masas. Una perspectiva analítico-política implicaría, por el contrario, una multiplicidad de objetivos de alcance inmediato entre los más diversos conjuntos sociales. Es a partir del cúmulo de luchas parciales –término equívoco, puesto que éstas no son la parte de un todo previamente constituido– que podrían desencadenarse luchas colectivas de gran envergadura.

Una multiplicidad de deseos moleculares

La idea de micro-política del deseo implica, en consecuencia, un cuestionamiento radical del centralismo decisional de los movimientos de masas que ponen en acción a individuos serializados. Lo que se vuelve esencial es la puesta en contacto de una multiplicidad de deseos moleculares, conexión que puede desembocar en un efecto de 'avalancha', en pruebas de fuerza a gran escala.

Es lo que ocurrió a principios del movimiento de Mayo del '68: la manifestación local y singular del deseo de pequeños grupos entró en resonancia, y luego en interacción con una multitud de deseos reprimidos, aislados entre sí, aplastados por las formas de expresión y de representación dominantes. En una situación como ésta ya no estamos en presencia de una *unidad* ideal, que representa y mediatiza intereses *múltiples*, sino de una *multiplicidad* equívoca de deseos, cuyo proceso secreta sus propios sistemas de detección y de regulación. Esta multiplicidad de máquinas deseantes no está compuesta por sistemas estandarizados y ordenados, que se podría disciplinar y jerarquizar en función de un objetivo único. Ésta se estratifica según conjuntos sociales diferentes, según las clases de edades, los sexos, los orígenes geográficos y profesionales, las prácticas sexuales, etc. Es una convergencia de los deseos y afectos de las masas y no su reagrupamiento en torno a objetivos estandarizados, lo que funda su unidad de lucha. En este punto, la unificación deja de ser antagónica a la multiplicidad y a la heterogeneidad de los deseos, como ocurría cuando éstos eran 'tratados' por la máquina totalitaria-totalizante de un partido representativo.

En esta perspectiva, la expresión teórica ya no se interpone entre el objeto social y la praxis. Al objeto social se le pone en situación de tomar la palabra sin tener que recurrir a instancias representativas para expresarse . Semejante coincidencia entre la lucha política y el análisis del deseo supone que el 'movimiento' permanece constantemente atento a cualquier persona que se exprese a partir de una posición de deseo, incluso sobre todo si ella se sitúa "fuera del tema". En familia, se reprime a un niño que habla a diestra y siniestra y eso continúa en la escuela, en el regimiento, en la fábrica, en el sindicato, en la célula del partido. Estamos constantemente constreñidos a permanecer "dentro del tema", y "dentro de la línea". Pero el deseo tiende, por su propia naturaleza, a "salirse del tema" y a partir a la deriva. Un agenciamiento colectivo de enunciación dirá algo del deseo sin referirlo a una individuación subjetiva, sin encuadrarlo en un tema preestablecido y sobre significaciones previamente codificadas. En esas condiciones, el análisis no podría instaurarse 'por sobre' las relaciones de fuerza, 'después' de la cristalización del 'socius' en diversas instancias: más bien participa de esta cristalización, volviéndose inmediatamente político en un momento en que la división del trabajo entre especialistas del decir y especialistas del hacer tiende a esfumarse.

LOS AGENCIAMIENTOS COLECTIVOS DE ENUNCIANCIÓN

Los *agenciamientos colectivos de enunciación* elaboran, en una medida importante, sus propios medios de expresión. Pueden tratarse de una lengua especial, de un dialecto, del retorno a una lengua antigua. Es una sola y misma cosa trabajar a la vez sobre los flujos semióticos o sobre los flujos materiales y los flujos sociales. Ya no se tiene frente a frente un sujeto y un objeto, y en tercera posición un medio de expresión. La tripartición entre el campo de la realidad, el campo de la representación y el campo de la subjetividad ha dejado de operar. Lo que tenemos es un

agenciamiento colectivo que es, a la vez, sujeto, objeto y expresión. El individuo ya no es aval universal de las significaciones dominantes. Todo puede participar de la enunciación; tanto los individuos como las zonas del cuerpo, las trayectorias semióticas y las máquinas conectadas en todos los horizontes. El *agenciamiento colectivo de enunciación* pone en interacción los fluhjos semióticos, los flujos materiales y los flujos sociales, más allá de su posible recuperación en un corpus lingüístico o un meta lenguaje teórico. ¿Cómo es posible este tránsito? ¿Se trata acaso de un retorno a las utopías anarquistas? ¿No es una ilusión querer dar la palabra a las masas, en una sociedad industrial altamente diferenciada? ¿De qué modo un objeto social -un grupo-sujeto- podría sustituirse al sistema de la representación y a las ideologías? A medida que avanzo en esta exposición se me impone una paradoja: ¿cómo es concebible hablar de estas especies de *agenciamientos colectivos de enunciaciones*, cómodamente sentado en una silla, frente a un público angélicamente ordenado en una sala? ¡Todo lo que digo tiende a establecer la idea según la cual un verdadero análisis político no podría provenir de una enunciación individuada, y menos aún cuando ésta es producida por un conferencista extranjero, ajeno a la lengua y a los problemas del auditorio! Un enunciado individual sólo tiene alcance en la medida que puede entrar en conjunción con *agenciamientos colectivos* que funcionen efectivamente desde ya, comprometidos realmente en las luchas sociales. De lo contrario: ¿a quién se habla? ¿a un interlocutor universal? ¿a alguien que ya conoce los códigos, las significaciones y todas las significaciones y combinaciones posibles? La enunciación individuada está prisionera por significaciones dominantes. ¡Sólo un grupo-sujeto puede trabajar los flujos semióticos, quebrar las significaciones, abrir el lenguaje a otros deseos y forjar otras realidades! Mi propósito, en consecuencia, corre el riesgo de destruirse a sí mismo. Mi única 'puerta de salida' está del lado de la tribuna, puesto que en efecto tal discurso no podría sostenerse más que a condición de ser tomado a cargo por aquellos que lo escuchan... o que lo soportan.

Volvamos a la cuestión del fascismo y a sus relaciones con el stalinismo y las 'democracias' de tipo occidental. No se trata aquí de establecer comparaciones reductoras, sino, por el contrario, de complejizar los modelos; y esto, hasta el punto de estar nosotros mismos implicados en el proceso puesto en juego. En consecuencia, este análisis no es gratuito, concierne tanto el presente como el pasado.

Todo tipo de fascismos, todo tipo de estalinismos y todo tipo de democracias burguesas han existido hasta hoy. Y estos tres conjuntos se dislocan en numerosos subconjuntos desde que nos abocamos a considerar el estatuto de sus componentes principales, tales como la máquina industrial, la máquina bancaria, la máquina militar, la máquina política-policíaca, las tecnoestructuras estatales, la Iglesia, etc. Lo importante sería lograr poner en relieve los componentes que han hecho funcionar verdaderamente tal o cual forma de poder. Los sistemas totalitarios contemporáneos han inventado un cierto número de prototipos de partido policíaco; el partido policíaco nazi, por ejemplo, merecería ser estudiado en comparación con el partido policíaco estalinista. En efecto, se asemejan quizás más entre sí que otros componentes estatales correspondientes a cada uno de esos sistemas. Sería igualmente interesante despejar los diversos tipos de máquinas de deseo que entran en su composición. Nos daríamos cuenta, entonces, de que no podemos contentarnos con tomar las cosas desde tan lejos.

MOLECULIZAR LOS OBJETOS DE ANÁLISIS

De hecho, el análisis no puede progresar sino a condición de ir siempre más lejos en el sentido de una moleculerización de su objeto, para aprender así, más de cerca, su función al interior de los grandes conjuntos sociales. No hay un partido nazi; no sólo el partido nazi ha evolucionado, sino que en cada período ha cumplido una función diferente según los diversos dominios sobre los cuales ha dirigido sus intervenciones. La máquina SS de Himmler no era la misma de la SA Y ambas eran diferentes de las organizaciones de masas, tal como la concebían los hermanos Strasser. Al interior mismo de la máquina SS encontraríamos que ciertos aspectos de inspiración casi religiosa –recordaremos que Himmler deseaba que las SS fueran formadas de acuerdo a métodos similares a los de los jesuitas– coexistían con prácticas francamente sádicas, como las de un Heydrich. Aquí no se trata de una búsqueda gratuita, sino de un rechazo a las simplificaciones que nos impiden aprehender la *genealogía y la permanencia* de ciertas maquinarias fascistas. La Inquisición ya había procedido a la instalación de un nuevo tipo de máquina de integración social fascista, que no encontrará su materialización sino mucho más tarde, con el partido jacobino, los partidos bolcheviques, los partidos fascistas, etc. Este análisis de los componentes moleculares del fascismo podría así concernir dominios muy diferentes, tanto a escala macro-política, como a escala microscópica. Debería permitirnos aprehender mejor cómo el fascismo mismo, bajo otras formas, sigue funcionando, hoy día, en la familia, en la escuela o en una sección sindical.

LA MÁQUINA TOTALITARIA

Hay numerosas maneras de abordar estas cuestiones del deseo en el campo social. Podemos simplemente desconocerlas, o reducirlas a alternativas políticas simplificadas. También podemos tratar de aprehender sus mutaciones, sus desplazamientos y las nuevas posibilidades que ellas abren a una acción revolucionaria. Durante largo tiempo, el estalinismo, el fascismo, han sido considerados como provenientes de definiciones radicalmente diferentes; mientras las diferentes formas del fascismo eran clasificadas bajo la misma rúbrica. Sin embargo, las diferencias son quizás mucho mayores entre los fascistas mismos que entre ciertos aspectos del estalinismo y ciertos aspectos del nazismo. Sin forzar las comparaciones, ni llegar a amalgamas como aquellas de Hannah Arendt que denuncia Jean-Pierre Faye[1], estamos obligados a admitir la continuidad de un mismo maquinismo totalitario que busca

[1] Faye, Jean-Pierre. *La critique du langage et son economie*. París, Ed. Galilée, 1973.

su vía a través de *todas las estructuras* fascistas estalinistas, demócratas-burguesas, etc. Sin remontar hasta el Bajo-Imperio de Diocleciano y de Constantino, podemos detectar la filiación, en las condiciones del capitalismo, desde la represión contra los comuneros en 1871, hasta sus formas actuales.

Así, diferentes 'fórmulas' de captura del deseo de las masas, han sido producidas por los diferentes sistemas totalitarios; en función de la transformación de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción. Deberíamos esforzarnos por develar la *composición maquínica*, algo como una especie de composición química, pero de una química social del deseo que atraviesa no sólo la Historia, sino del mismo modo el conjunto del espacio social.

La transversalidad histórica de las máquinas de deseo sobre las cuales se apoyan los sistemas totalitarios, es inseparable de su transversalidad social. En consecuencia, el análisis del fascismo no podría ser una simple especialidad de historiador, dado que lo que aquél puso en marcha ayer –lo repito– sigue proliferando bajo otras formas, en el conjunto del espacio social contemporáneo. Toda una química totalitaria trabaja las estructuras del Estado, las estructuras políticas y sindicales, las estructuras institucionales y familiares e incluso las estructuras individuales, si es posible hablar de una especie de fascismo del super-yo en la culpabilidad y en la neurosis.

Los montajes maquínicos infrahumanos del capitalismo

La evolución de la división social del trabajo ha arrastrado la constitución de conjuntos productivos cada vez más gigantescos. Pero ese gigantismo de la producción ha provocado una molecularización cada vez más acentuada de los elementos humanos puestos en juego en los *agenciamientos* maquínicos de la industria, la economía, la formación, la información. etc. Jamás es un hombre quien trabaja –lo mismo podemos decir a propósito del deseo–, sino un *agenciamiento* de órganos y de máquinas. Un hombre ya no se comunica directamente con sus semejantes: los órganos, las funciones, participan de un 'montaje' maquínico que pone en conjunción eslabones semióticos y todo un entrecruzamiento de flujos materiales y sociales (Ejemplo: en la conducción de un automóvil, los ojos leen

la ruta prácticamente sin intervención de la conciencia; la mano y el pie están integrados a los engranajes de la máquina, etc.). En contrapartida de lo que sus técnicas de servidumbre maquínica[2] han hecho estallar en las territorialidades humanas tradicionales, las fuerzas productivas están hoy día en situación de liberar energía 'molecular' del deseo. Podemos apreciar el alcance revolucionario de esta revolución maquínico-semiótica. Pero es manifiestamente irreversible. Eso es lo que conduce a los sistemas totalitarios y socialistas burocráticos a perfeccionar y a miniaturizar sin tregua sus sistemas represivos. La determinación de la composición maquínico-semiótica de las diferentes formaciones de poder, constituye, a mi entender, una condición esencial de las luchas micro-políticas del deseo, en cualquier dominio. En ausencia de un tal análisis, oscilamos constantemente entre una posición de apertura revolucionaria 'aventurera' y una posición de cierre totalitario. El análisis molecular no podría ser sino la expresión de un *agenciamiento* de poderes moleculares que asocien teoría y práctica. No se trata, por lo tanto, como se nos ha objetado, de tomar la historia por el lado pequeño de las cosas, o de pretender, como Pascal, que si la nariz de Cleopatra hubiera sido más larga, el curso de la historia hubiera cambiado. Se trata sólo de no omitir el impacto del maquinismo totalitario que evoluciona sin cesar, de adaptarse al grado de las relaciones de fuerza y de las transformaciones de la sociedad. El rol de Hitler, en tanto individuo portador de un cierto tipo de competencia, ha sido ciertamente postergado, pero su rol en tanto ha cristalizado una nueva figura de esta máquina totalitaria, ha sido y continúa siendo fundamental. ¡Hitler está vivo aún! Circula en los sueños, en los delirios, en los filmes, en los comportamientos torturadores de los policías, entre las pandillas jóvenes que veneran sus íconos, sin conocer nada del nazismo.

Las cristalizaciones fascistizantes

Detengámonos un instante en un problema histórico que sigue operando, de manera subterránea, en las posturas

[2] En el sentido cibernético.

políticas más actuales. ¿Por qué el capitalismo alemán, después de la desbandada de 1918 y la crisis de 1929, no se contentó con apoyarse sobre una simple dictadura militar? ¿Por qué Hitler en vez del general Von Schleicher? Daniel Guérin ha escrito al respecto, que el gran Capitán dudó de "privarse de ese medio incomparable, irreemplazable, de penetrar en todas las células de la sociedad, que son las organizaciones de masas fascistas"[3]. En efecto, una dictadura militar no hubiera conseguido rastrillar a las masas con la misma eficacia que un partido organizado de modo policíaco. Una dictadura militar no capta la energía libidinal de la misma manera que una dictadura fascista, incluso si algunos de sus resultados pueden parecer idénticos, incluso si se llega a métodos represivos similares, a las mismas torturas, a los mismos campos, etc. La conjunción sobre la persona de Hitler de por lo menos cuatro series libidinales ha hecho cristalizar en las masas la mutación de un nuevo maquinismo deseante:

-un cierto estilo plebeyo que lo ponía en situación de apoyarse sobre categorías sociales más o menos marcadas por las máquinas social-demócratas y bolcheviques;

-un cierto estilo de viejo combatiente, simbolizado por su Cruz de Hierro de la guerra de 1914, que lo ponía en situación de neutralizar los elementos del Estado Mayor militar (a falta de poder ganar enteramente la confianza de éstos);

-un oportunismo de comerciante, un extremo servilismo, una pusilanimidad que lo ponía en situación de negociar con los magnates de la industria y de las finanzas, haciéndoles creer, al mismo tiempo, que ellos podrían controlarlo y manipularlo fácilmente;

-por último, y es tal vez lo esencial, un delirio racista, una loca energía paranoica que lo ponía a tono con la pulsión de muerte colectiva que se había desprendido de la carnicería de la Primera Guerra Mundial.

¡Evidentemente esta descripción es demasiado esquemática! Pero el punto sobre el cual quería insistir –y que sólo podía evocar aquí– es el hecho que las condiciones locales de 'la

[3] Guérin, Daniel. *Fascisme et grand capital*. París, Ed. Masfero, 1969.

irresistible ascensión' del führer, la cristalización maquínica, singular, de deseo que se operó sobre el nombre, el rostro, los gestos, la palabra de Hitler, no debería ser tomado en cuenta como algo de poco peso.

LA PERMANENCIA

La micro-política que conviene cuestionar a este nivel y que, insisto, no puede ser reducida a asuntos de orden biográfico o psicoanalítico, sigue existiendo más allá del período considerado, y aparece hoy día, bajo las más diversas formas, en el seno del tejido social del capitalismo contemporáneo y de los países pretendidamente socialistas. Todo me lleva a pensar, en efecto, que las nuevas micro-cristalizaciones fascistas que no cesan de proliferar bajos nuestros ojos, al interior del poder del Estado, al interior de los partidos, de los sindicatos, de los grupúsculos, a través de la información, las actitudes racistas, etc., no hace sino tomar el relevo de las viejas, en el mismo *phylum* maquínico del totalitarismo. Bajo el pretexto de que el rol del individuo en la historia sería desdeñable, se nos sugiere que permanezcamos con los brazos cruzados ante las gesticulaciones histéricas o las manipulaciones paranoicas de los tiranos locales y de los burócratas de todas layas. Por el contrario, el rol de una micro-política del deseo será oponerse a esta actitud de dimisión y rechazar el paso de cualquier fórmula del fascismo, a cualquier escala que éste se manifieste. El cine, la televisión sugieren constantemente que el nazismo no habría sido, en el fondo, sino un mal momento pasajero, una especie de error histórico y también una hermosa página de historia para los héroes. ¡Qué emoción, todas esas banderas mezcladas del capitalismo y del socialismo! Quisieran hacernos creer en la existencia de un antagonismo real entre el eje fascista y los aliados. De hecho lo que estaba en cuestión en aquel entonces era la *selección* de un buen modelo. La fórmula fascista no era la adecuada; se había vuelto necesario eliminarla y encontrar una 'mejor'. Radek había definido al nazismo como algo exterior a la burguesía; y lo comparaba con una serie de círculos de acero con la cual la burguesía trataba de consolidar "el barril desvencijado del capitalismo". Pero la imagen resulta

demasiado tranquilizadora. El fascismo ha permanecido sólo parcialmente exterior a la burguesía. Y ésta no se ha decidido a desecharlo sino a partir del momento que ha estado convencida de que a causa de su inestabilidad y del deseo demasiado poderoso que removía en las masas, el fascismo amenazaba con hacer explotar desde el interior los regímenes de democracia burguesa.

LA SELECCIÓN DE LAS MÁQUINAS TOTALITARIAS

Aceptado en la fase paroxística de la crisis, el 'remedio' ha resultado más peligroso que la enfermedad. No obstante, el capitalismo internacional no podría pensar en eliminar el fascismo, sino en la medida en que hubiese tenido a su disposición otros medios para controlar la lucha de clases, y ensayado otras fórmulas totalitarias para dominar el deseo de las masas. Desde que el estalinismo hubo negociado una fórmula tal de recambio, la alianza con él se volvía posible. La dictadura estalinista ofrecía ventajas inmensas por sobre la dictadura hitleriana. Los regímenes fascistas, en efecto, no cernían los problemas con suficiente exactitud. La 'misión imposible' que se confería a sus líderes consistía esencialmente:

1. En establecer un compromiso entre diferentes formaciones de poder que buscaban conservar su autonomía: la máquina militar, las fracciones político-policiales, el aparato económico, etc.[4]

2. En reprimir y canalizar la efervescencia revolucionaria siempre susceptible de renacer en el contexto apocalíptico de la época. Liquidando una tras otra las antiguas clases políticas, las más turbulentas nacionalidades colonizadas, los viejos bolcheviques, los jóvenes burócratas, etc., la máquina estaliniana debía ir mucho más lejos que la máquina nazi en el afinamiento del modelo represivo. Los nazis han exterminado millones de judíos y cientos de miles de militantes de izquierda. En la medida en que se dirigían a elementos que consideraban exteriores a su raza, chivos expiatorios, esas

[4] Inútil repetir que aquí simplifico las cosas al extremo: no ha habido, en este caso, una actitud homogénea de parte de los capitalistas. Krupp, por ejemplo, hostil al principio a Hitler, se alió a él sobre la marcha.

exterminaciones tenían algo de sacrificios rituales. No podemos decir que los nazis se hayan abocado a atacar sistemáticamente a los dirigentes de la burguesía alemana. El método estalinista ha sido diferente. La fuerza del burocratismo soviético habrá sido quizás el haber expandido el terror por doquier, incluso en su propio seno y mucho más lejos de lo que las SS habían sido llevadas a hacerlo en algunas circunstancias, en el seno del aparato de la oficialidad nazi. Sea como sea, la alianza entre las democracias occidentales y el totalitarismo estalinista no ha tenido por objeto, en ningún caso, la "salvación de la democracia". Ante todo, se trataba de eliminar la máquina loca que amenazaba sus propios sistemas de dominación.

Durante todo este período, una especie de crisis de fin de mundo ocupó el planeta. Todos los viejos mecanismos reguladores social-demócratas, sindicales, etc., a partir de los cuales había sido posible mantener los antiguos equilibrios, se mostraron deficientes. Por cierto, no se debe olvidar que las organizaciones de izquierda habían sido previamente liquidadas en Italia y en Alemania. ¿Pero por qué se habían derrumbado como castillos de naipes? Nunca habían propuesto a las masas una verdadera alternativa, en todo caso, nada que pudiera captar su voluntad de lucha y su energía de deseo o, por lo menos, desviarlas de la religión fascista (los análisis de Reich, sobre este aspecto, me parecen definitivos). Con frecuencia se ha destacado que, en sus principios, los regímenes fascistas aportaron un mínimo de soluciones económicas a los problemas más urgentes –despegue económico artificial, reabsorción de la cesantía, programa de grandes trabajos, control de los capitales-, y se oponen esas medidas, por ejemplo, a la impotencia de los gobiernos social-demócratas de la República de Weimar. Nos contentamos con explicaciones del tipo: los socialistas y los comunistas tenían un mal programa, malos dirigentes, una mala organización, malas alianzas. Y ya no paramos de enumerar sus debilidades y traiciones. Pero nada en esas explicaciones da cuenta del hecho de que la nueva máquina deseante totalitaria haya podido cristalizar en las masas, al punto de ser percibida por el mismo capitalismo internacional como más peligrosa aún que la dictadura salida de la Revolución de Octubre.

Lo que no se quiere ver es que la máquina fascista, bajo su forma italiana y alemana, amenazaba al capitalismo y al estalinismo porque las masas involucraron una fantástica pulsión de muerte colectiva. Reterritorializando su deseo sobre un jefe, un pueblo, una raza, ellas abolían, en un fantasma de catástrofe, una realidad que detestaban y que los revolucionarios no habían sabido o no habían querido alcanzar. La virilidad, la sangre, el espacio vital, la muerte tomaban para las masas el relevo de un socialismo demasiado respetuoso de los valores dominantes. Y ello a pesar de la mala fe intrínseca del fascismo, de sus falsas provocaciones al absurdo, de todo su teatro de histeria colectiva y de debilidad, que las remitía a esos mismos valores. De todas maneras, el desvío deberá ser mayor, la mistificación y la seducción debían ser mucho más intensas de lo que eran en el estalinismo. Las significaciones fascistas rebotaban sobre una representación compuesta de amor y de muerte; Eros y Tánatos fundiéndose en uno solo. Hitler y los nazis han luchado por la muerte, incluso por la muerte de Alemania. Y las masas alemanas aceptaron seguirlos hasta su propia destrucción. En efecto, sería imposible comprender de otra manera que ellas hayan aceptado continuar la guerra hasta muchos años después de estar ésta manifiestamente perdida.

Junto a un fenómeno tal, la máquina estalinista, sobre todo vista desde el exterior, parecía mucho más sabia. No era menos implacable. Era sobre todo más estable. Tampoco hay que extrañarse demasiado de que el capitalismo inglés y americano no hayan tenido mayor recelo en aliarse a ella. Luego de la liquidación de la Tercera Internacional, la máquina estalinista se presentaba como un sistema de recambio para controlar a las masas. ¿Quién mejor que la policía estalinista y sus agentes en el período de reconstrucción, habría estado en situación de tener bajo control a los movimientos más turbulentos de las clases obreras, de las masas coloniales y de las minorías nacionales oprimidas?

MÁQUINAS TOTALITARIAS CAPITALISTAS

A diferencia del fascismo, las máquinas totalitarias capitalistas, a la vez que captan la energía del deseo de los

trabajadores, se esfuerzan por dividirlos, particularizarlos, molecularizarlos. Se infiltran en sus filas, en sus familias, en sus parejas, en su infancia; se instalan en el corazón de su subjetividad y de su visión del mundo. El capitalismo desconfía de los grandes movimientos de muchedumbre. *Busca apoyarse sobre sistemas automáticos de regulación.* Es el rol que se atribuye al Estado y a los mecanismos de contractualización entre los 'interlocutores sociales', a los equipamientos colectivos y a los medios de comunicación de masas. Cuando un conflicto rebasa los marcos preestablecidos, el capitalismo procura circunscribirlo a guerras económicas o a guerras locales. Desde ese punto de vista, debemos admitir que la máquina totalitaria estalinista está actualmente en vías de ser completamente superada por la del totalitarismo occidental. Aquello que constituía la cualidad del Estado estalinista en relación con el Estado nazi, se ha vuelto su principal defecto con respecto a los Estados 'democráticos'. El Estado estalinista presentaba sobre el fascismo la ventaja de una mayor estabilidad; el partido no estaba ubicado en el mismo nivel que la máquina militar, la máquina policíaca y la máquina económica. Sobrecodificaba estrechamente todas las máquinas de poder, y reticulaba implacablemente a las masas. Por otro lado, llegaba a tener amarrada a la vanguardia del proletariado internacional. El fracaso del estalinismo clásico –que sin duda es uno de los rasgos más notorios del período actual– responde probablemente al hecho de que éste no haya podido adaptarse a la evolución de las fuerzas productivas y, en particular, a lo que he denominado la molecularización de las fuerzas de trabajo. Ello se ha traducido, al interior de la URSS, en una serie de crisis políticas y económicas, en sucesivos deslizamientos de poder que han restituido, en detrimento del partido, una autonomía de hecho (relativa, pero sin embargo fundamental), a las máquinas del Estado, de la producción, del ejército, de las regiones, etc. Por doquier, las cuestiones nacionales y regionales, los particularismos, han retomado un peso determinante. Eso ha permitido, entre otras cosas, a los países del hielo, recobrar una cierta libertad de acción, y a los países capitalistas, recuperar e integrar parcialmente sus partidos comunistas nacionales. ¡Desde este punto de vista, la

herencia de Stalin se ha perdido por completo! El estalinismo ha seguido sobreviviendo, sin duda, en un cierto número de partidos y de sindicatos, pero ahora funciona más bien sobre el viejo modelo social demócrata, y, en consecuencia, las luchas revolucionarias autónomas, las luchas de deseo como aquellas de Mayo del '68 o del Lip[5], tienden a escapárseles de más en más.

DESTERRITORIALIZACIÓN DE LA PRODUCCIÓN Y MOLECULARIZACIÓN

¿Qué es lo que asegura el paso de las grandes entidades fascistas clásicas a la molecularización del fascismo que observamos hoy en día? ¿Qué desencadena la desterritorialización de las relaciones humanas, que les hace perder sus asientos en los grupos territoriales, familiares, el cuerpo, las clases de edades, etc.? ¿Cuál es la naturaleza de esta desterritorialización que engendra como contrapartida el ascenso de un micro-fascismo? No se trata aquí de simples problemas de orientación ideológica, o de estrategia, de parte del capitalismo, sino de un proceso material fundamental: es a raíz de que las sociedades industriales funcionan a partir de máquinas semióticas que descodifican progresivamente todas las realidades, todas las territorialidades anteriores; es porque las máquinas técnicas y sistemas económicos se hallan cada vez más desterritorializados, que están en situación de liberar flujos de deseo cada vez más grandes; o más exactamente, es porque su modo de producción está constreñido a operar esta liberación, que las formas de represión masiva, global, ciega, ya no basta. El capitalismo está sujeto a construir e imponer sus propios modelos de deseo; se ha vuelto esencial a su supervivencia el que logre hacerlos interiorizar por las masas que explota. Conviene atribuir a cada uno una infancia, una posición sexual, una relación con el saber, una representación del amor, de la honestidad, de la muerte, etc. Las relaciones de

[5] Fábrica francesa de relojes que a comienzos de los años '70 se convirtió en un símbolo de la autonomía sindical y la autogestión.

producción capitalistas no se establecen solamente a partir de los grandes conjuntos sociales; es desde la cuna que modelan un cierto tipo de individuo productor-consumidor. La molecularización de los procesos de represión y, en consecuencia, esta perspectiva de una micro política del deseo, no está ligada a una evolución de las ideas sino a una transformación de los procesos materiales, a una desterritorialización de todas las formas de producción, ya se trate de la producción social, o de la producción deseante.

A falta de disponer de modelos probados, y teniendo en cuenta la desadaptación de las viejas fórmulas fascistas, estalinistas y quizás también social-demócratas, el capitalismo se ha propuesto una vez más buscar en su seno fórmulas de totalitarismo más apropiadas. Mientras no las haya encontrado, estará en mal pie frente a movimientos que se le situarán en frentes imprevisibles (huelgas salvajes, movimientos de autogestión, luchas de inmigrados, de minorías raciales; la subversión en las escuelas, en las prisiones, los, asilos, la lucha por la libertad sexual, etc.). Esta nueva situación, en la que ya no se tiene delante conjuntos sociales homogéneos, cuya acción puede ser fácilmente canalizada hacia objetivos puramente económicos, ha tenido como contrapartida una proliferación y exacerbación de respuestas represivas. Junto al fascismo de los campos de concentración, que siguen existiendo en numerosos países[6], se desarrollan nuevas formas de fascismos moleculares: una cocción a fuego lento en el familiarismo, en la escuela, en el racismo, en los ghettos de todo tipo, suple ventajosamente a los hornos crematorios. En todas partes la máquina totalitaria experimenta estructuras cada vez mejor adaptadas a la situación: es decir, a captar mejor el deseo para ponerlo al servicio de la economía de mercado. Se debiera renunciar definitivamente a fórmulas demasiado fáciles del tipo "el fascismo no pasará". El fascismo ya pasó y no deja de seguir pasando. En evolución permanente, no deja de atravesar mallas cada vez más finas. Parece venir de fuera, cuando

[6] Una de las mayores preocupaciones del capitalismo contemporáneo es la de encontrar formas de totalitarismo adaptadas a los países del tercer mundo.

en verdad encuentra su energía en el corazón del deseo de cada uno de nosotros. En situaciones aparentemente sin problemas, la catástrofe suele aparecer de la noche a la mañana. El fascismo, como el deseo, se reparte en mil piezas separadas por todo el conjunto del campo social, tomando esta forma u otra de acuerdo al carácter de las relaciones de fuerza. Del fascismo se puede decir todo a la vez; que es superpoderoso y que también es de una abismante fragilidad. En último término, todo depende de la capacidad de los grupos humanos para transformarse en sujetos de la historia, es decir, agenciar en todos los niveles fuerzas materiales y sociales abiertas al deseo de vivir y de cambiar el mundo.

LAS LUCHAS DEL DESEO Y EL PSICOANÁLISIS

La cuestión que se plantea a los sujetos del cambio es la de un desfase entre: las correlaciones de fuerza aparentes, a nivel de la lucha de clases, y la realidad de las investiduras de deseo de las masas.

El capitalismo explota la fuerza de trabajo de la clase obrera, manipula las relaciones de producción de acuerdo a su interés, pero del mismo modo se insinúa en la economía deseante de los explotados. La lucha revolucionaria no sabría circunscribirse en el simple nivel de las correlaciones de fuerza aparente. En consecuencia, ésta debe desarrollarse en todos los niveles de la economía deseante que están contaminados por el capitalismo (nivel de individuo, de la pareja, de la familia, de la escuela, del grupo militante, de la locura, de las prisiones, de la homosexualidad, etc.)

Los objetos y los métodos de lucha son diferentes según cada nivel. Los objetivos del tipo "pan, paz, libertad..." requieren la existencia de organismos políticos insertos en el campo de las correlaciones de fuerza y que por tanto reagrupen fuerzas y constituyan bloques. Irremediablemente, estas organizaciones desean ser 'representativas', pretenden coordinar las luchas, desean proponer una estrategia y una táctica. Mientras tanto, la lucha contra el fascismo 'microscópico', aquel que se instaura al interior de las máquinas deseantes, no puede ser llevada a cabo por intermedio de *delegados, representantes*, de bloques previamente identificados. El *enemigo* cambia de rostro: este bien puede ser el aliado, el camarada, el responsable o quizás uno mismo. Jamás se puede estar seguro de que en uno u otro momento no se vaya a caer en una política burocrática o de prestigio, en una interpretación paranoica, en una complicidad inconsciente con los poderes

establecidos, en una interiorización de la represión. Ambas luchas no pueden ser excluyentes entre sí: por una parte, la lucha de clases, la lucha revolucionaria de liberación, que suponen la existencia de máquinas de acción capaces de oponerse globalmente a las fuerzas opresivas, funcionando para ello de acuerdo a un cierto centralismo, o por lo menos un mínimo de coordinación; por otra parte, la lucha en el frente del deseo, en el frente de los *agenciamientos colectivos* que proceden a un análisis permanente de la subversión en todos los niveles del poder.

¿No es absurdo, acaso, esperar derrocar el poder de la burguesía sustituyéndole una estructura que reconstituye la '*forma*' de este poder? La lucha de clases en Rusia, en China, etc., nos ha mostrado que incluso después del derrocamiento del poder de la burguesía, la forma de este poder podía reproducirse en el Estado, en la familia y hasta en las filas de la revolución. ¿Cómo impedir al poder centralizador y burocrático superponerse a la necesaria coordinación que implica una máquina de guerra revolucionaria? nivel global, la lucha implica etapas, intermediarios. A nivel microscópico, lo que está en juego es, de golpe, una especie de paso directo al comunismo, una liquidación inmediata del poder de la burguesía, en la medida que ese poder es el burócrata, el líder, o el militante quien lo encarna.

En el movimiento obrero, el centralismo burocrático es importado permanentemente a partir del modelo centralista del Capital. El Capital controla, sobre-codifica la producción manejando los flujos monetarios y ejerciendo un poder de coerción en el marco de las relaciones de producción y del capitalismo monopolista del Estado. El mismo tipo de problema se plantea con el socialismo burocrático. Pero la producción real no tiene necesidad alguna de esta suerte de sobrecodificación que, por el contrario, no hace sino obstaculizarla. Las más grandes máquinas productivas de las sociedades industriales podrían prescindir perfectamente de este centralismo. Está claro que otra concepción de las relaciones entre la producción, la distribución y el consumo; entre la producción, la formación y la investigación, conduciría a la explosión de los poderes jerárquicos y despóticos, tal cual existen en el seno

de las relaciones de producción actuales. Desde ese momento, la capacidad de innovación de los trabajadores podría ser liberada. El fundamento del centralismo, en consecuencia, no es económico sino político. En el movimiento obrero, el centralismo conduce al mismo tipo de esterilidad. ¡Hay que admitir que las luchas más eficaces y amplias podrían ser coordinadas fuera de los estados mayores burocráticos! Pero esto, a condición de que la economía deseante de los trabajadores sea liberada de la contaminación burguesa que los hace cómplices inconscientes de la tecnocracia capitalista y de la burocracia del movimiento obrero.

En este sentido, convendría rechazar la tentación de caer en la alternativa simplista entre:

el centralismo 'democrático' y

el anarquismo, el espontaneísmo.

Ciertamente, los movimientos marginales, las comunidades, no tienen nada que ganar entregándose al mito de un retorno a la era pre-tecnológica, de un retorno a la naturaleza; tienen que afrontar, por el contrario, la sociedad real, las relaciones sexuales, familiares, reales. Pero, por otra parte, debemos reconocer que el movimiento obrero organizado ha rechazado, hasta hoy, tomar en consideración su propia contaminación por el poder burgués, su propia polución interna. Y ninguna ciencia constituida podría actualmente ayudarlo en esta vía. ¡Ni la psicología, ni la psico-sociología y, todavía menos, el psicoanálisis, han tomado el relevo del marxismo en ese dominio! El freudismo bajo la apariencia de una ciencia establece como normas insuperables los procedimientos mismos de la subjetivación burguesa, a saber: el mito de una necesaria castración del deseo, su sumisión al triángulo edípico, una interpretación significante que tiende a separar el análisis de sus implicaciones sociales reales.

He evocado una liquidación posible del centralismo tecnocrático de la producción capitalista. Es algo que tendería, evidentemente, a cambiar por completo los modos de relación al trabajo, en particular, la separación entre el trabajo reconocido como socialmente útil (reconocido socialmente útil por el capitalismo, por la clase dominante) y el trabajo 'inútil' del deseo. El conjunto de la producción, tanto la producción del valor

mercantil como la de valor de uso, la producción individual como la producción colectiva, es tomada bajo la tutela de una organización que impone un cierto modo de división social del trabajo. La desaparición del centralismo capitalista provocaría, en consecuencia, como contrapartida, un reajuste profundo en las técnicas de las producciones. Podemos concebir otras relaciones de producción, en el contexto de una industria altamente desarrollada, de la revolución informática, etc., que no sean antagónicas con la producción deseante, artística, onírica... Dicho de otra manera, el problema que se plantea es el de saber si es posible o no salir de la oposición inclusive entre valor de uso y valor de cambio. La alternativa que consiste en decir "rechacemos toda forma desarrollada de producción, hay que volver a la naturaleza", no hace sino reproducir la separación entre los diversos campos de la producción: la producción deseante, la producción reconocida como socialmente útil.

Los individuos en tanto tales son fabricados por éste para responder a los imperativos de su modo de producción. La idea según la cual habría de partida, en la base de la sociedad, individuos, grupos de individuos, bajo forma de familia, etc., es producida por las necesidades del sistema capitalista. Todo aquello que se constituye, en el estudio de las ciencias humanas, alrededor del individuo como objeto privilegiado, no hace sino reproducir la separación artificial entre el individuo y el campo social. La dificultad que se enfrenta, desde el momento que se quiere abandonar una práctica social concreta, es que nunca es cuestión de individuos. La lingüística, por ejemplo, en tanto se ha contentado con definir su objeto en términos de comunicación entre individuos, ha pasado completamente por el lado de las funciones de integración y de coerción de la lengua. La lingüística comienza a deshacerse de la ideología burguesa sólo a partir del estudio de los problemas planteados por la connotación, el contexto, lo implícito, etc., y todo lo que el lenguaje efectúa fuera de una relación abstracta entre individuos. Un grupo, una clase no están constituidos por individuos; es la recaída de las relaciones de producción capitalista sobre el campo social del deseo lo que produce un flujo de individuos decodificados, como condición de captación de la fuerza de trabajo.

Los acontecimientos de *Mayo del '68*, en Francia, han revelado a gran escala un nuevo tipo posible de consistencia molecular del campo social. Pero a diferencia de lo que ha ocurrido en Italia, no consiguieron instaurar una verdadera ruptura en el movimiento revolucionario, en particular, sobre este problema de la economía del deseo. ¡Tal ruptura, de haberse producido, habría tenido consecuencias políticas sociales considerables! Todo lo que podemos decir es que luego del debilitamiento relativo del estalinismo, desde que una parte importante de la juventud obrera y estudiantil se ha desprendido de los modelos militantes tradicionales, ha habido no una fractura importante, sino pequeñas fugas de deseo, pequeñas rupturas en el sistema despótico que reina en las organizaciones representativas.

La fractura de *Mayo del '68*, en Francia, fue recuperada al cabo de algunas semanas. Podemos decir, incluso, de dos semanas. Lo que no quita que haya tenido consecuencias extremadamente profundas y que siguen haciéndose sentir en diferentes niveles. Incluso si esos efectos ya no se manifiestan a escala nacional, la fractura prosigue bajo forma de infiltración en todo tipo de medios. Una nueva visión, un nuevo acercamiento de los problemas militantes se dibuja.

Antes del '68 habría sido inconcebible considerar, por ejemplo, que intervenciones en favor de los prisioneros de derecho común tuvieran algún sentido político; habría sido inconcebible pensar que los homosexuales puedan manifestar en la calle y defender su posición particular con respecto al deseo. Los movimientos de liberación de las mujeres, la lucha contra la represión psiquiátrica, etc., han cambiado completamente de sentido y de método. Los problemas se plantean por ende, de otro modo, pero sin que haya habido realmente fractura. Ello se debe, sin duda, a la ausencia de una gran máquina de guerra revolucionaria. Hay que reconocer que un cierto número de representaciones dominantes siguen haciendo estragos en el seno mismo de los grupos revolucionarios. Una crítica del burocratismo de los sindicatos ha sido emprendida: el principio de la 'delegación del poder', el partido de vanguardia, el sistema de 'correa de transmisión' entre las masas y el partido han sido puestos en cuestión, pero los

militantes siguen prisioneros de muchos de los prejuicios de la moral burguesa y de actitudes represivas respecto al deseo. Es quizás lo que explica que en Mayo del '68 no haya habido contestación del psicoanálisis como ocurrió con la psiquiatría. El psicoanálisis ha conservado una cierta autoridad en la medida que un cierto número de prejuicios psicoanalíticos fueron asumidos por el movimiento.

La verdadera fractura no se efectuará sino a partir del momento en que problemas tales como el burocratismo de las organizaciones, la actitud represiva del militante hacia su mujer, sus hijos, etc.; su desconocimiento del problema del cansancio, de la neurosis, del delirio, entren a ser considerados como problemas tan importantes como cualquier otra tarea de la organización. Tan importante como la necesidad de enfrentarse al poder burgués, al patrón, a la policía. La lucha debe ser llevada a nuestras propias filas, contra nuestra propia policía interior. Es común que se rechace o se impida escuchar a alguien que se ha 'quebrado'; se estima que es alguien que ya está 'acabado', que ya no tiene lugar en el seno de la organización. No se trata de ningún frente secundario, como ciertos maoístas han podido considerarlo, de una lucha de ajustes, de objetivos marginales. Mientras se mantenga la dicotomía entre la lucha en el frente de clases y la lucha en el frente del deseo, todas las recuperaciones seguirán siendo posibles. Es significativo que después de *Mayo del '68* la mayoría de los movimientos revolucionarios no hayan comprendido la importancia de la falla que se había revelado con la lucha estudiantil. Bruscamente, estudiantes, jóvenes trabajadores, olvidaron el respeto por el saber; el poder de los profesores, de los capaces, de los responsables, etc. Rompieron con una cierta forma de sumisión a los valores del pasado y abrieron una nueva vía. ¡Y bien!, todo eso ha sido cargado a la cuenta del espontaneísmo, es decir de una forma transitoria de expresión que debería ser superada en una etapa 'superior' por la instalación de organizaciones centralistas. El deseo ha surgido de las masas; se le ha hecho lugar; se ha esperado que se calme, que se discipline. No se había comprendido que ese nuevo tipo de rebelión sería en lo sucesivo inseparable de todas las luchas económicas y políticas del futuro.

LAS DIMENSIONES INCONSCIENTES DE LOS SERVICIOS ASISTENCIALES[1]

Algo está cambiando en Trieste y en la Psiquiatría Democrática. Esto se debe tal vez a que el trabajo colectivo del duelo de Franco Basaglia llegó a su término y entra en una fase creativa. Hay que reconocer que la herencia fructifica de manera sorprendente, tanto en el trabajo del campo en las perspectivas teóricas. Vuestra reflexión sobre el modelo clínico y sobre la reproducción social, más allá de la indispensable negación destrucción de las instituciones represivas, le conduce hoy a tomar en cuenta una *producción institucional*, sinónimo de *producción existencial*. Franco Rotelli las llama: 'instituciones-inventadas', 'instituciones-de-la-contaminación'. La re-singularización, la re-construcción de subjetividades complejas están entre vosotros a la orden del día. Podremos entonces re-abrir algunos debates clausurados o bloqueados desde hace mucho tiempo. Pienso, en particular, en el problema de las formaciones del inconsciente, tanto individuales como colectivas.

Una nota previa. Espero que para abordar este género de cuestiones nos comprometamos, unos y otros, a desarrollar una reflexión sostenida y de largo plazo.

La apertura notable de este congreso no caerá, estoy convencido, en el verdiglionismo...[2]

[1] Ponencia en el Coloquio "La práctica terapéutica", realizado en Trieste (Italia), 22-24 de septiembre, 1986.

[2] Armando Verdiglione, psicoanalista italiano, fundador del Movimiento Freudiano Internacional, importante animador del panorama psicoanalítico europeo de los '80. Personaje polémico y emprendedor, fue condenado por la justicia italiana a raíz de una acusación de influencia ilícita sobre pacientes... en el terreno monetario. Sus numerosos detractores lo acusan de haber convertido al psicoanálisis en un 'bussiness'.

Es deseable que todas las tendencias se puedan expresar aquí, incluso las de los más recalcitrantes hermeneutas. Pero está claro que la cuestión de las técnicas no avanzará si nos reducimos a la confección de un cocktail ecléctico. Por mucho tiempo este debate no ha sido abordado. Esta situación no puede seguir siendo tratada de soslayo. Debe acabarse con esto.

Desde el momento en que ustedes consideran los aspectos de hipercomplejidad y de procesualidad que se enlazan alrededor de la 'producción institucional', caerán necesariamente forjando una cierta meta-modelización relativa a las formaciones subjetivas inconscientes a que está asociada. Algunos se sorprenderán de la insistencia, en mi propósito, del concepto de inconsciente. Pero en el contexto actual del aumento masivo de las técnicas normalizadoras me parece necesario hacerlo. En realidad, desconfío tanto de la peste reduccionista, vehiculizada por el psicoanálisis, como de las que son vehiculizadas por las terapias conductistas o por la mayor parte de las corrientes llamadas 'sistemistas', cuya versión más reciente es la terapia familiar. Simplemente, es preciso reconocer que la problemática de las singularidades subjetivas ha estado relativamente mejor preservando bajo el paradigma psicoanalítico que en las otras corrientes de la psicología. Sea como fuere, yo creo que no ganarán nada tomando prestado un modelo de inconsciente de una doctrina preconstituida como la de Freud, Jung o Lacan.

Vuestro modelo, o mejor, vuestro meta-modelo, deberían forjarlo por sí mismos a medida que sientan la necesidad. Podemos aspirar a encontrar las dimensiones inconscientes de la asistencia en diversos niveles.

Primero, en el nivel de la modelización social global. No es preciso insistir demasiado en este aspecto, cuyo carácter invasor se revela cada día con mayor fuerza. Los equipos colectivos de salud, de educación, de recreación, etc., producen masivamente una subjetividad prefabricada; los medios de comunicación de masas, la publicidad, los sondajes, manufacturan a gran escala la opinión, los afectos, las actitudes prototipas, los esquemas erotizados de narratividad... Esta subjetividad no es consciente. Envuelve a los individuos allí sumergidos, sin que el proyecto de su producción sea

enteramente deliberado. Sin embargo, no se puede considerar que sea inconsciente, en el sentido que Freud ha elaborado el concepto de inconsciente. Digamos, que es extra-consciente. Lo mismo es válido para las interacciones sociales e institucionales que logran realizar complementariedades de roles y de funciones. El paciente, por ejemplo, adopta sin darse cuenta un cierto comportamiento de sumisión en relación a los profesionales de la salud. Toda una etología relativa a los aspectos culturales complejos pre-determina de esta manera las trayectorias, las actitudes individuales, según las presiones de la jerarquía de poder, de saber, de sexo, etc.

Nos encontramos aquí confrontados a una materia muy rica, que puede ser objeto de tratamientos sistémicos o psicodramáticos específicos. El juego de estas interacciones, por ejemplo, no será el mismo con individuos clasificados psicóticos o delincuentes o mejor aún, con las personas de edad.

Las prácticas institucionales, sociales o psicoterapéuticas que trabajan apropiadamente estos dominios de la intersubjetividad no implican necesariamente la movilización de conceptos heredados del freudismo. Esta prácticas son susceptibles de luchar eficazmente contra ciertos aspectos alienantes del primer nivel mencionado aquí, en relación a la subjetividad 'massmediatizada'. ¿Significa esto concluir que el trabajo de la *institución-en-proceso* sea conducido a abstenerse de hacer uso del concepto de formación inconsciente de la subjetividad? Si ello fuera así, el análisis quedaría condenado a permanecer irremediablemente fuera del campo de las dinámicas institucionales y sociales que son en Trieste vuestro pan cotidiano. Por mi parte, no lo creo así. Pero esto queda como una cuestión de opción, *de opción micro-política* y de ninguna manera de referencia científica. En estos terrenos de creatividad institucional y de re-complejización de la subjetividad, no debiera ser posible operar con recursos conceptuales-obligatorios. Estamos, de hecho, mucho más cerca de las artes que de las ciencias. Esto es lo que me hace hablar de *meta-modelos* más bien que de modelos; los meta-modelos se emparientan mejor con mitos de referencia, con interpretaciones novelescas o líricas, que con enunciados científicos.

Me parece, entonces, que nos corresponde elaborar nuevas cartografías y experimentar nuevas producciones de subjetividad, preocupadas de tomar en cuenta, o si no a cargo, el conjunto de dimensiones de rechazo de las evidencias ordinarias de denegación, de desfiguración, de procastinación, en relación a significaciones dominantes; el conjunto de fenómenos de repetición mortífera con el cual la teoría freudiana ha chocado de partida y que los psicoanalistas han teorizado de manera demasiado restrictiva, en mi opinión, impidiendo una lectura pertinente en el contexto de los agenciamientos socio-institucionales vivos. En esta perspectiva (que no hago sino evocar), el síntoma individual o colectivo no debería ya más ser tratado en términos de déficit, de obstáculos a ser resueltos por vías pragmáticas racionales, sino ser comprendido como formación existencial en vías de autoafirmación, en búsqueda de su propia consistencia.

Es muy importante pensar y trabajar en el seno de un grupo o de una institución, sobre ciertas dimensiones inconscientes de los servicios asistenciales, como por ejemplo: "lo que no funciona", "lo que funciona irregularmente", "lo que perturba el funcionamiento normal" sin razón comprensible aparente. Las vías de la singularización, que pueden ser individuales o colectivas, proceden siempre por *afirmaciones* en sentido contrario al sentido común, en contra del consenso. En cualquier nivel que se la considere, la producción de subjetividad descansa en el mismo tipo de interrogación. Los palestinos, los polacos de Solidaridad, los iraníes fanáticos de Khomeiny, cada uno a su modo se ponen de través en la historia. Es, incluso, su forma de hacer la historia. Y también los terroristas de Beirut, esas gentes imposibles, insostenibles, condenables en todo sentido, pero que de alguna manera son portadores de rasgos inconscientes de la subjetividad contemporánea. Estos constituyen una superficie de fricción en el cruce de los tres ejes del mundo: el sur, el este y el oeste, manifestando dimensiones no asumidas de la historia, que se las podría denominar "en estado de shock". Mientras menos llegan a expresarse de manera constructiva en la escena internacional, más perseveran en sus prácticas catastróficas y de goce monstruoso (En Italia ustedes saben bien de que hablo)[3].

Tenemos que admitir aquí, que no se trata sólo de una cuestión de problemas negociables en términos de compromiso, de relaciones de fuerza que se expresan bajo formas exacerbadas de violencia.

Se trata también, y quizás ante todo, de 'impasses' existenciales que alimentan una producción de subjetividad que se enquista y se autonomiza de manera cancerosa; de ciertas acciones ciegas, de ciertas pruebas de prestigio llevadas al absurdo, que ya no tienen finalidad racional, sino que sirven para hacer perdurar a cualquier costo una formación subjetiva teratógena[4]. La minúscula minoría de la ETA vasca, por ejemplo, tiraniza así al conjunto del movimiento de liberación del cual se supone que no es sino su brazo armado. Trabaja, en efecto, únicamente al servicio de sus propios fantasmas y perversiones, arriesgando conducir a todo el movimiento al desastre. Estos ejemplos colectivos pueden ayudar a comprender lo que ocurre con la psiquis individual o la de pequeños grupos. Por lo demás, creo que el colectivo aclara mucho mejor lo individual que a la inversa. Esto puede ser atribuido a que la subjetividad individual funciona como los pueblos, por vías múltiples y disonantes. En el fondo, el inconsciente jamás es verdaderamente individuado, aunque se le imponga un yo fuerte y autónomo.

Esta insistencia existencial del contra-sentido inconsciente se encuentra en todas partes y en todos los niveles. Pero, ¿qué se puede hacer cuando en un grupo, una institución, un comportamiento individual, esta insistencia existencial amenaza paralizar las relaciones de concertación, de intercambio y de regulación de los conflictos? ¿pasar por el lado, ignorarlos, hablar de otra cosa? Los psicoanalistas pueden permitirse ignorar soberbiamente los síntomas –al menos en tanto no tengan que ver con enfermos psicóticos– pero en la mayor parte de los otros casos, uno no se puede desentender de ello tan livianamente. Es ahí que se plantea el problema del análisis del inconsciente.

[3] Se refiere a la actividad de las Brigadas Rojas.

[4] Teratogénesis: formación y desarrollo en el útero de anomalías conducentes a malformaciones o a monstruosidades.

No se trata de ignorar ni de destruir estas manifestaciones heterodoxas de la subjetividad, ni aun de interpretarlas. De lo que se trata es de contribuir a crear escenas y contextos que las conduzcan a procesualizarse, es decir, a trabajar por su propia cuenta hasta que salgan de su auto-referenciación limitada, encerradas sobre sí mismas y lleven a articularse con nuevos universos de referencia. Una vez más, parece evidente que estas ideas de procesualización y de singularización encontrarán mejores paradigmas en las disciplinas artísticas que en las ciencias físicas o matemáticas. Los sectores asistenciales pueden perfectamente saltarse toda referencia al inconsciente. Es lo que generalmente hacen, pero es también lo que los conduce a caer en la estereotipia de los roles, en el tecnocratismo, en la alienación social y mental. Al contrario, los operadores de estos sectores tendrán mucho que ganar, creando sus propios instrumentos analíticos para los planes teóricos y prácticos (Aquí no se trata de copiar, lo repito, los concepto de moda o de imitar el psicoanálisis de los barrios elegantes). Es por este camino que los operadores se darán los medios para apreciar el valor de las diversas prácticas y técnicas actuales y también, eventualmente, para contribuir a su reapropiación. Todo es bueno, todo es verdad, y, al mismo tiempo, todo es malo, todo es falso en los psicoanálisis, en las terapias familiares, en las diversas técnicas institucionales o de grupo o en las medicinas tradicionales... El problema es saber, detrás de los discursos de auto-justificación, cómo estas técnicas abordan los cebos, los indicios, los fragmentos de subjetividad disidentes con que se encuentran. Saber también qué hacen con la polifonía expresiva, con las pulsiones de singularización y la procesualidad potencial de la materia subjetiva que estas mismas técnicas pretenden 'tratar'. No se trata de montar tribunales populares del inconsciente, sino de promover en todo los niveles, individuales y/o colectivos, la instauración de sistemas de lectura y de recalificación de valores y deseo, de valores existenciales, generalmente aplastados en la subjetividad consensual producida por las formaciones de poder. Un gran número de dimensiones colectivas entran en juego en este asunto, así como también –no lo olvidemos nunca– dimensiones que yo llamo pre-personales, pertenecientes al montaje modular de la sensibilidad, de una estética cósmica infra-consciente. De hecho, la singularización escapa a las categorías de lo individual y de lo colectivo: puede partir de un grupo, como también de un afecto, de una representación, de una práctica que no tiene que rendir cuentas a nadie.



Balthus, *La rue*, 1929.
Óleo sobre tela, 130x262 cms.



Balthus, *Le rue*, 1933.
Óleo sobre tela, 193x294 cms.



Balthus, *Le passage du commerce-Saint-André*, 1952-54.
Óleo sobre tela, 230x294 cms.

CRACKS IN THE STREET[1]

En respuesta a la invitación de este simposio, yo había sugerido titular mi ponencia: *Las funciones existencializantes del discurso*. Pero después de haber atravesado el Atlántico, este propósito se ha transformado en *Cracks in the text of the state*. ¡Esto ya da para pensar! Sin embargo, se me ha explicado que en un encuentro organizado por un departamento de literatura, sería más conveniente permanecer arrimado a la idea original de la invitación. ¡OK! Pero queda en pie por lo menos que cuando yo hablo de discurso, éste no es sino incidentalmente una cuestión de texto o de lenguaje. Para mí el discurso, la discursividad, es primero un recorrido, una errancia, por ejemplo de Lenz, reconstruida por Büchner, reconstruida en la vida profunda de las formas, en el encuentro del alma de las piedras, de los metales, del agua, de las plantas...[2], o bien, la peregrinación inmóvil consistente en la captura de un jardín Zen, hasta el punto que accediendo a la presencia total del satori[3], ésta se cierra a toda comunicación...[4] o, incluso, en *Ce gamin la*, película que Renaud Victor ha consagrado a la experiencia de Fernand Deligny: la fascinación de un niño autista ante la lenta formación de una gota de agua y que acoge su caída indefinidamente reiterada con la

[1] El título de este artículo y los textos aparecieron en inglés en la versión original.

[2] Lenz, Georg Büchner. *Complete Plays and Prose*, traducido por Richard Mueller. Nueva York, Hill and Wang, 1963, pág. 141.

[3] La iluminación Zen, por lo general profunda: el despertar a la verdad que existe más allá de todo dualismo y discriminación. A diferencia del éxtasis o las revelaciones psicológicas o filosóficas, el satori es el despertar espiritual que produce una transformación fundamental de la personalidad y el carácter y una visión totalmente fresca del mundo.

[4] Berque, Augustin. *Le sauvage et l'artifice. Les Japonais devant la nature*. París, Gallimard, 1986, pág. 279.

misma explosión de alegría y placer. Pero más de alguno se podría preguntar por el destino de esta discursividad fuera de texto, si no fuese retomada por el tratamiento literario de un Büchner, sostenida por los textos budistas o por la lectura poético-filosófica de Deligny. Por supuesto no está en mi proposición minimizar el rol del texto y de la máquina de escritura en la puesta en obra de estas redundancias mudas y en el despliegue de los universos de virtualidad del que son portadoras. Por lo demás, los modos de semiotización no verbales, junto a la palabra hablada y escrita, están obviamente obligados a coexistir simbióticamente con la asistencia de los computadores. Digamos que todo esto funciona sin prioridades, sin invasiones, sin dominio de un campo sobre otro. ¡OK!, para el *Cracks in the text* que ustedes me han propuesto, y también para las diversas modalidades de discontinuidad textual enumeradas en vuestra carta de invitación: *gaps, breaks, cracks, slippings, margins, crises, liminalperiods, peripheries, frames and silences*... ¡De acuerdo! A condición que no se tome como pretexto para acallar definitivamente las otras formas de discursividad que persisten en habitar nuestro mundo.

Cracks in the street. El título sugerido pone en operación el montaje combinado de tres cuadros de Balthus sobre la vida callejera en el Viejo París, entre Place St. Germain y Place St. Michel.

En el cuadro de 1929, vemos una docena de personas yendo tranquilamente en lo suyo y en el fondo un caballo con sus arreos está mirando hacia la izquierda. En el primer plano, un joven de cara redonda con la mano derecha sobre el corazón mira fijamente al espectador. Sería mejor decir que parece estar mirando fijamente, porque en verdad su mirada asustada permanece replegada en sí mismo. Digamos que su mirada está dirigida hacia nosotros que le miramos.

En la versión de 1933 ha desaparecido el caballo. El emplazamiento urbano es estilizado y la perspectiva ha sido descentrada. La tela es más grande y los personajes que están de pie en frente de la escena son más fuertes. El niño de cara redonda aún tiene su mano sobre el corazón, pero está ahora en el plano intermedio... Su hombro izquierdo está oculto por el

oscuro perfil posterior de una mujer cuya cofia se destaca contra el marco de una tienda en el fondo, como un rojo ideograma chino. Su brazo derecho está estirado hacia el pavimento como si sintiera el viento en la palma de su mano, o como si fuera a golpear el trasero de otra mujer, igualmente vista de espaldas, pero alejándose de la que lleva en sus brazos un niño -de veinte años- en tenida de marinero. Pese al descalce de la perspectiva, los gestos del hombre y la mujer de cada una de estas dos parejas se responden de manera frontal, soldándolas como el anverso y reverso de una nueva raza de andróginos. Debiéramos aclarar que estos curiosos apareja-mientos no son más que dos casos entre los varios que podrían señalarse en esta tela. En efecto, a la manera de las piezas de un juego de ajedrez que hubiesen sido ligeramente desordenadas, los gestos, las posturas, los perfiles, los rasgos faciales y los pliegues en la ropa de los personajes están desviados de su posición natural y reorientados para ajustarse en una enigmática correspondencia, una de cuyas claves principales reside en la estrategia de las miradas.

Los observadores no han dejado de notar la naturaleza vacía, desconectada de esta posición de los ojos. Sin embargo, lo esencial no reside tanto en esto como en la sistemática ocupación del espacio que resulta de su redistribución en *barrido*, que remite a la hegemonía de un mirar sin sujeto, sin objeto, sin finalidad. En cierto modo, un super-yo panóptico, tanto más desconcertante, ya que se realiza en un ambiente comparable al de la *Commedia Dell'Arte*.

Estos toques de trompeta, dignos de Janacek o Stravinsky, han sido omitidos en *Le Passage du Commerce St. André*, la tercera versión, que apareció veinte años más tarde. La superficie brillante y las asociaciones de colores, la danza de miradas, generando un asistemática confusión de nuestros puntos de referencia diarios (una sistemática perturbación que derrama una nueva luz sobre este mundo para reconducirnos de vuelta a él), son reemplazados por un tratamiento nuevo y más molecular de los componentes visuales. Esto es algo que envuelve una suave topología, con degradaciones de intensidad subliminales que nos empujan sin embargo a una mutación irreversible de cada universo de referencia. La acción de

romper o poner a la deriva ya no descansa en entidades perceptibles, brutalmente realizadas, sino en la pintura total de la cual cada pedazo, como una imagen holográfica, transmite el todo.

Siendo ahora la altura del cuadro mayor que su ancho y tres veces el tamaño de la primera versión, la escala de los personajes se ha hecho comparativamente pequeña. Sólo quedan ocho personajes y una muñeca agregada. Como actores dirigidos por Robert Wilson, se mueven alrededor de un perro blanco, de pie en el centro, vuelto hacia la derecha y posiblemente parecido a un cordero. Bien, tal vez es un teatro, puesto que la fachada principal ha bajado como un telón de fondo y los muros laterales han sido levantados sobre una falsa perspectiva, como piezas móviles de un decorado teatral. Pero también podría ser una composición Zen urbana, combinando formas animadas e inanimadas. Ahora los ojos están turbios, la mirada parece haber emigrado hacia las ventanas ciegas que rodean la escena por todos lados. Desde una de ellas, la cara redonda de un niño aparece como un muñeco cartesiano. Desde otra, a mano derecha, arriba, la única con postigos, la manga de una chaqueta blanca, suspendida como por acto de magia, emerge en una posición casi increíble.

Me he alargado un poco en estas tres telas porque me van a permitir ilustrarles las tres ideas que deseo exponerles.

Desde la primera tela se encuentra reafirmada la irreductible polivocidad de los componentes de expresión concurrentes en la producción de un efecto estético: aquellos, cargados de sentido, que vehiculizan formas 'reconocibles'; aquellos portadores de historia y de mensajes culturales; y aquellos, *a-significantes que descansan sobre juegos de líneas y de efectos de color*. Ninguna hermenéutica, ninguna sobrecodificación estructural podría comprometer la heterogeneidad y la autonomía funcional de estos componentes, garantes de la apertura procesal de la obra. Ninguna operación significante podría ser 'resolutiva' de las vías entrelazadas por la discursividad estética. Antes de viajar a los EE.UU., mis amigos me habían puesto en guardia: "No partas haciendo la guerra, como es tu costumbre, contra el estructuralismo y el post-modernismo, tú debes saber que este género de cosas en

los EE.UU., aunque lleguen a estar bulliciosamente de moda, no son nunca tomadas verdaderamente en serio". Pero qué quieren ustedes: después de algunos decenios, la enfermedad del significante, tal como la mixomatosis de los conejos en los campos europeos, ha arrasado de tal modo nuestras ciencias humanas y nuestra literatura, desapareciendo para reaparecer bajo otras encarnaciones, que tengo dificultades para disipar mi desconfianza.

Un ejemplo simple, apoyándome siempre en esta primera calle de Balthus, para mostrar que el significante no tiene ninguna prioridad ontológica sobre el significado; aún más, que este último puede pasar a la posición dominante. Como se sabe, uno de los procedimientos expresivos de este artista consiste en pintar a la manera de los primitivos italianos. Este cuadro, en particular, ha podido ser comparado a dos obras de Piero de la Francesca, *La leyenda de la cruz* y *La profecía de la Reina de Saba* en la capilla de San Francisco de Arezzo[5]. De cualquier manera que aparezca, ya sea clara y distintamente, o bien, a través de una inteligibilidad de escasa nitidez, esta connotación cultural impregna el conjunto de los componentes expresivos con un aura de arcaísmo determinante, susceptibles de despertar un cierto tipo de afecto. ¿Pero dónde localizar, en estas condiciones, el corte significante generador de sentidos? ¿en las cosas dichas o en la manera de decirlas? ¿en la figura del Contenido o en las cadenas discursivas de la Expresión? Falso dilema, porque la verdadera grieta procesal reside en la capacidad de la enunciación para mantener separadas y hacer trabajar, concertadamente, functivos de expresión y functivos de contenido, sin prioridad ni primacía de unos sobre otros, del mismo formalismo desterritorializado, como lo había postulado el lingüista danés Louis Hjelmslev[6].

[5] Russel, John, Prefacio del catálogo de la exposición de Balthus, Londres. The Tate Gallery, 1968. Retomado y traducido por Annie Periez en el catálogo de la exposición del Centre Georges Pompidou, 1983, págs. 284-289.

[6] Para Louis Hjelmslev la función semiológica es aquella que reúne el plano del Contenido al de la Expresión. Esta función es una relación, ya

Esto es lo que ha llevado a mi segunda serie de reflexiones. La ruptura estética de discursividad no es nunca *experimentada pasivamente*: la heterogeneidad de los registros a la cual ella misma conduce debe ser considerada como una heterogénesis.

Esta ruptura estética está accionada por operadores, que yo calificaría de *máquinas concretas* y que, a la vez, disocian y agrupan las materias de expresión, los 'polifonizan' (como lo quería Bakhtine), los transversalizan, es decir, los hacen transitar entre diversos niveles de formas y de procesos desterritorializados que pasaré a llamar *máquinas abstractas*. Pierre Klossowski, el hermano de Balthus, ha mostrado bien, en un comentario ampliamente consagrado a estas telas, el carácter esencialmente productivo y la función existencializante de una tal suspensión estética de la palabra 'sensato': modo de expresión no discursivo, el cuadro no dobla, sino que suprime la palabra que lucha contra el olvido. Pero mientras la palabra relega igualmente al olvido muchas cosas, para actualizar otras, la imagen tiene por contenido la existencia obligada misma; ignora el tiempo que devora y aleja; en ella, la existencia pasada existe omnipresente; es por eso que la perspectiva pintada da tanta importancia al objeto distante como al objeto próximo, el 'primer plano' y el 'fondo' no son sino la división de una misma superficie[7].

que los dos planos son coexistentes y no alternativos. Entre ambos hay inter-dependencia, ya que son complementarios.

Pero entre las unidades de los dos planos hay constelación –dependencia facultativa– ya que la Idea no evoca necesariamente el significado, y que el significado no evoca necesariamente la Idea (*Essai de Linguistique*. París, Ed. de Minuit, 1971.). La función semiológica, para Hjelmslev, por ende es "la relación entre dos variables" (Greimas, A. D./Courtes, J. Semiótica, *Dictionnaire raisonné de la Theorie du langage*. París, Ed. Hachette, 1979.) y denomina functivo de una función a los términos entre los cuales ésta existe, entendiendo por functivo un objeto que tiene una función en relación a otro objeto (y no que un functivo es 'función' de otro). (*Prolegomènes à une théorie du Langage*. París, Ed. de Minuit, 1968-71.).

[7] Klossowski, Pierre. *Balthus beyond realism*. Nueva York, Art News, volumen. 55, número 8, págs. 26-31. Traducido al francés en Monde Nouveau, París, febrero-marzo, 1957, números 108 y 109 y retomado en el catálogo de la exposición de Balthus del Centre Pompidou, noviembre 1983-enero 1984, págs. 80 a 85.

Dejemos de lado esta cualificación de Pierre Klossowski, del carácter no discursivo, de la expresión pictórica. A mi modo de ver, no se trata más que de una cuestión de terminología: sobre la vertiente de la enunciación, la aprehensión de una obra de pintura es discursiva, mientras que sobre el de su contenido deja de serlo. Todo el problema consiste en pasar por cedazo los operadores concretos que nos permitirán ir de uno a otro plano. De lo que nos dijo Klossowski retendremos, por el momento, que el posible acceso de la pintura a una memoria del ser escapa a las coordenadas espacio-temporales, es decir, a una memoria imposible, aporética. Toda tentativa para pensar el ser, ha escrito Martín Heidegger, transforma a éste en un siendo y destruye su esencia. Y una tal ausencia de salida, según él, sería un signo que nos indica que no debemos más soñar con salidas, sino instalarnos en este sitio pretendidamente sin salida, en lugar de lanzarnos a la caza de las salidas habituales[8]. *La existencia no es un don de derecho, una 'ventaja adquirida'; es una producción contingente constantemente cuestionada, es una ruptura de equilibrio, es una huida hacia adelante que se instala en un modo defensivo o bajo un régimen de proliferación, en respuesta a todos estos cracks, gaps, ruptures...*

La segunda versión balthusiana de *La Calle*, nos conduce a destacar otras dos características importantes de esta función existencial, cuando se organiza en '*agenciamientos*' estéticos. Ella incluye lo que –siguiendo a Jakobson– yo llamaría una operación fática; a través de ella ciertas rupturas de formas, ciertos esquemas perceptivos preestablecidos, ciertos cambios de sentido, se encuentran convertidos en soportes de nuevos cortes enunciativos. Se advierte, aquí, con la gesticulación exagerada de ciertos personajes y con el aire que toman sus siluetas.

Estos elementos plásticos significativos, arrancados a la lógica interna del sujeto de la tela, se ponen a gesticular, a hacer señas al espectador, a interpelarlo. Ya en la tela de 1929, el personaje del primer plano, que nos miraba sin nosotros

[8] Heidegger, Martín. *Conceps forndamentaux*. Trad. de Pascal David, Ed. Gallimard, 1985, págs. 109-110.

verlo, intentaba establecer una complicidad entre nosotros y la escena que ocurre en la calle, como si él quisiera llevarnos allí. En la de 1933, este vínculo perdió su tensión en razón de la mirada de este mismo personaje pasado al segundo plano, totalmente despersonalizado. Pero la participación del espectador, lejos de encontrarse aminorada, no es menos requerida y se intensifica, al punto que ahora es la escena que deviene portadora de una especie de visión substanciada, que nos atraviesa, de un extremo a otro, perturbándonos en lo más profundo.

Nuestra propia mirada ha cesado de ser contemplativa; está capturada, fascinada y funciona, además, como una correa de transmisión entre una máquina-mirada trabajando la tela y los procesos inconscientes que desencadena en nosotros. Una relación curiosa de inter-subjetividad transhumana-transmaquínica se ha establecido. Subrayemos que los elementos plásticos sobre los cuales se afianza esta función fática, destacan indiferentemente del registro de la expresión formal o del registro de los contenidos significativos, de tal manera que las armónicas de líneas, de forma y de color nos hablan aquí tanto como los índices y símbolos ostensiblemente portadores de mensaje.

La segunda característica de la función existencial, particularmente puesta de relieve en el cuadro de 1933, se relaciona a la tonalidad amenazante (que ya he señalado calificándola de superyoica), donde se encuentra afectado este corte enunciativo panóptico y fático. Ella persiste en que la irremediable precariedad del dispositivo así puesto en juego, entra en resonancia con nuestros propios medios ancestrales de *cortar y despedazarnos*. La trizadura de las estructuras de sentido cerradas sobre sí mismas, el desmembramiento y la autonomización de una composición plástica, nos interpelan, tirándonos de la manga: tienen por efecto que la misma tela se apropie de este miedo, que lo absorba como papel secante. Después nos la devuelve, bajo una forma a la vez intimidante y conjuradora de malos augurios. ¿Qué es lo que nos piden esas miradas y esta voz, por lo de más ilocalizables?

Pero he aquí que la fragilidad, la incertidumbre, la vacuidad, la aporía, se muestran garantes de consistencia

existencial y que las púas kierkegaardianas, los últimos puntos de singularidad, devienen cristales catalizando el despliegue de nuevos universos de referencia. La paradoja de Tertuliano nos devuelve en el eco: "El hijo de Dios está muerto: es sin duda digno de fe, porque no tiene sentido. Enterrado y resucitado: es cierto, porque al parecer es imposible"[9].

En este punto, convendría aún elucidar la posición específica de esta *función de colapso existencial* en el dominio de la literatura, de cómo promueve retornos de complejidad en ruptura de discursividad[10]. Pero ya es tiempo de pasar a mi tercera y última serie de consideraciones.

El pintor ha dispuesto sobre su tela operadores procesales para someter nuestro ver (someter en un sentido vecino al de la cibernética; en otros términos, teleguiar, poner en retroacción y abrir a nuevas líneas de lo posible). Se puede aún decir que el pintor nos ha conectado a clases de proto computadores . En la segunda versión de *La Calle* encontramos dos operadores principales:

1. una técnica de corte, de *cut-up*, de desarticulación de motivos que conducen a congelarlos en 'cuadros vivos' (siempre siguiendo a Klossowski); a discernibilizar, de modo de hacerles emitir las nuevas referencias de sentido;

2. una composición a-significante de líneas y de colores que tomen posesión de múltiples maneras, del conjunto de la tela y de su encuadramiento. El resultado es la entrada de la enunciación en una constelación de universos existenciales profundamente meta estables, que oscilan entre un polo commedia *dell'arte*, de danza de formas, de invención de devenires, y un polo superyoico petrificado, embrujando la mirada.

El operador del *Passage du commerce St. André* va a unir-transformándolos dos operadores precedentes. El tratamiento de corte exacerbado de las formas se encuentra ahora invertido en una especie de imperceptible 'movimiento' perdiendo y

[9] Ferrier, Francis/Clair, Pierre. *Clefs pour la théologie*, pág. 25. París, Ed. Seghers.

[10] Referirse a mi estudio sobre Proust: Les ritournelles du Temps perdu en *L'inconscient machinique*. París, Ed. Encre, 1979.

descontrastando las relaciones de forma y fondo. El impacto del *Cracking* se desplaza de los conjuntos molares hacia las intensidades moleculares; el grano pulverizado de la materia pictórica prima frente a relaciones estructurales calificadas. El colapso de la dinámica de miradas excentra los hechos y gestos que hasta aquí se habían quedado enganchados como en guirnaldas a los ojos de los personajes. Es la tela misma, tomada como un todo, que se hace mirada e instancia originaria de sentido, implantando un *devenir Balthus* en el corazón de nuestras maneras de ver el mundo.

¿Pero qué es lo que puede conferirle un poder semejante, una tal capacidad de *mutación subjetiva*, a este género operador, para arrastrarnos lejos de los senderos conocidos?

Sin duda, no hay respuesta especulativa general a esta cuestión, puesto que corresponde a cada '*agenciamiento*' estético el relanzarla nuevamente. La potencia de enigma con que está cargado el Passage de Balthus, reside en que su verdadero sujeto no es otro, sino precisamente este operador... de pasaje, de transversalidad, de transferencia de subjetividad. Me parece que. en este caso, tenemos que realizar una operación procediendo a *fracturas moleculares de las formas*, correlativas a una intensificación de modulaciones de color, en el seno de una paleta de extensión, por lo demás restringida. Esta fractura visible. aunque poco nítida, induce a otra, francamente invisible, que opera en el seno de la psiquis. Refiriéndome a las investigaciones de Benoît Mandelbrot sobre los *objetos fractales*[11], tengo ganas de decir, que se opera aquí un doble proceso, objetivo y subjetivo, de fractalización. Recordemos que un conjunto fractal es definidamente extensible por homóstesis interna y que su representación tiende a perder todo contorno identitario fijo, al menos que sea generado de manera estocástica. Convendría, a mi parecer, extender el análisis fractal fuera de los marcos geométricos y físicos de donde nació, y aplicarlo a la descripción de ciertos estados límites de la psiquis y del *socius*. Así el sueño, por ejemplo, podría ser

[11] Mandelbrot, Benoît. *Les objets fractals*. París, Ed. Flammarion, 1984, y "Les fractals", Encyclopaedia Universalis.

considerado como un estado fractal de la representación y no dudo que, por esta vía, ciertas cuestiones como la del dualismo de las pulsiones, del *splitting* del yo, del corte simbólico y del complejo simbólico, puedan zafarse del atolladero donde los ha dejado el freudismo y sus sucesores estructuralistas. La noción de objeto transicional de Winnicot merecería ser también –muy particularmente– repensada. ¿Qué es un *operador de transición de referencia*? ¿Cómo funcionan concretamente los *convertidores de subjetividad*, al hacernos pasar de una constelación a otra? Con *Le Passage du commerce St. André* se puede apreciar cómo en ciertas circunstancias una representación pictórica puede desencadenar un impulso fractal que indica y vectoriza una transformación que se repercutirá en cascada (según la bella expresión de Mandelbrot), no solamente de una dimensión espacial a otra, sino igualmente a través de otras dimensiones temporales e in-corporales. En la era de la inteligencia artificial, sería tiempo ya de des-hacer de una vez las oposiciones masivas entre los cuerpos y el espíritu, y estudiar concretamente los operadores de interface que deben ser descubiertas entre estas dos modalidades de existencia.

Las características principales del convertidor de impulso fractal, puesto en obra por Balthus, pueden ser resumidas en tres puntos:

1. permite escapar a los sistemas de representación cerrados sobre sí mismos, royendo sus límites, haciéndolos trabajar como '*atractores extraños' de transversalidad*;

2. su procesualidad intrínseca los conduce a desarrollar constantemente una reposición de sus referencias ontológicas y a efectuar un re-ordenamiento de las dimensiones existenciales de su enunciación; ambas sinónimos de *re-singularización permanente;*

3. el hecho de escapar a las circunscripciones de sentido establecidos los lleva a desplegar *campos de expresión auto-referenciados* que podemos considerar como otras instancias *autoproductoras de subjetividad*.

Las posturas de una tal fractalización de la psiquis no carecen de prolongaciones ético-políticas. Es propio de la discursividad censurada, unidireccional de la subjetivación capitalista

de verse expropiada de hecho, por visiones multicentradas, heterogéneas, polifónicas, polívocas, que se instauran "lejos de los equilibrios" pre-codificados. Ella invoca con fuerza el retorno del significado de lo 'icónico', de lo no-digital, del síntoma, en suma, de una cierta liberación 'democrática' de las poblaciones moleculares.

Permítanme, a título de conclusión, hacer tres acotaciones relativas a la lingüística, a la música y al positivismo lógico.

Esta función existencial es inherente a las diversas modalidades de discursividad... y lo repito *¡no solamente al discurso lingüístico!* Los lingüistas y los semiólogos no han desconocido del todo su existencia. Pero, hasta ahora, ellos han tomado la decisión de mantenerla encerrada en la gaveta, digo la etiqueta 'pragmática', después de las gavetas sintácticas, semánticas. Por el contrario, yo quisiera haber mostrado que sus dimensiones de polifonía, de ruptura a-significante, generadora de enunciación y *defractalización procesal*, le dan un alcance muy distinto. Es verdad que tiene un lugar esencial en los campos semiológicos (por ejemplo, por la utilización de acentuaciones, de entonaciones, de rasgos prosódicos, etc...), pero su rol no es tanto menos fundamental en la constitución de territorios existenciales que viene sobre todo de la etología humana, o de rituales y cantinelas de delimitación social o, todavía, de composiciones de facialidad (cara) 'de objetos parciales' y transicionales, alrededor de los cuales se organiza la psiquis... Por todos los procedimientos posibles de fractalización, de procesualización y de recomposición existencial, esta función 'tercera' de la discursividad (que se instaura concurrentemente junto a las de significación y de denotación) engendra modalidades de subjetivación individuales y/o colectivas que se cruzan con las formaciones subjetivas dominantes. Es decir, que por su mediación, la *subjetividad está en medida de apropiarse de su propia suerte.*

La música podría igualmente ofrecernos un terreno apropiado de exploración de esta fractalización procesal de 'subjetividades-objetivas'. Necesitaríamos entonces hacer de nuevo la historia del alisamiento de las voces y de los ruidos bajo la acción conjunta de máquinas instrumentales, de máquinas de escritura y del advenimiento de nuevos

agenciamientos de audición colectiva. Y cómo, a partir de allí, ha sido forjada una nueva materia sonora que se presta excelentemente a las brechas fractales que condujeron la música a su procesualidad moderna. Se necesitaría también retomar minuciosamente: la conversión de músicas modales en música tonal, correlativa a la división de la escala en intervalos iguales, ligeramente desplazados en relación a las armónicas naturales; la transgresión de la antigua prohibición del tritono denominado intervalo diabólico, que llegó artificialmente a dividir la octava en dos partes iguales; además, el prolongamiento de la igualización del 'temperamento' y la terminación dodecafonista y atonalista. Uno podría entonces establecer que cada una de las etapas de desterritorialización de la materia sonora, ha sido catalizada por un juego de 'pequeñas diferencias', resultante de una fractalización molecular de las entidades musicales de base. Entonces se despejaba en paralelo y como un contrapunto la vuelta a la música de voz, de ritmos, de timbre, y de ruidos transfigurados[12]. Vuelta al mismo tiempo a Balthus y a sus materias de expresión fractales donde no nos bastará constatar que ellas 'evocan' la composición musical contemporánea, porque en efecto se reencuentran allí, trabajando desde lo alto de discursividades musicales y plásticas, los mismos operadores desterritorializados. He tratado de demostrar, en otra parte, que el desarrollo de Proust en torno a la "pequeña frase de Vinteuil" gira alrededor de semejantes operadores de transversalidad.

Imagino que ciertas almas endurecidas por la ruda escuela del neo-positivismo y del empirismo lógico no aceptarán sin repugnancia que se pueda recurrir, como yo lo he hecho, *a máquinas calificadas de abstractas, desterritorializadas e incorporales para apuntalar una función existencial.*

Sin pretender, de ninguna manera, fundar científicamente este trabajo y no asignándoles sino que poco valor a las clasificaciones, ya no me colocaré en su terreno. Lo que yo quisiera decirles solamente es que yo no creo saber que ninguna

[12] Remitirse a la tesis excelente sobre ese punto del músico Abel Muguerza. Université de Paris X, Nanterre, UER de Filosofía y Estética de las Formas, octubre, 1983.

tentativa de modelización o de cartografía de hechos subjetivos podría sortear esta problemática, que excede en mucho el dominio de la literatura y el de las Bellas Artes. En consecuencia, todas vendrán, de una manera o de otra, a rendir cuenta de la existencia paradojal de estas máquinas-sinapsis, de estas máquinas-quiasma, que regresan del sentido para hacer existencia y que re-escriben la facticidad del ser-ahí, en el surco que éstos cavan del futuro. Donde podemos ver que el más arcaico, el más neurótico, es susceptible de resurgir indefinidamente de los campos de lo posible. Donde se revelan en toda su humanidad las tentativas de interpretación de una obra como la de Balthus a la luz exclusiva de los complejos infantiles de su autor o de sus 'fijaciones' a ciertos estados de la historia de la pintura. Esto me ha traído, para terminar, a un último retorno al enunciado iniciador de mi ponencia: *Cracks in the text of de State*, quiebre en el estado de las cosas, en el estado de los lugares, en el estado de las normas...

Cracks que nos inducen, a pesar de nosotros mismos, a nuevas prácticas sociales y a nuevas prácticas estéticas, que se revelarán cada vez menos separadas unas de otras y cada vez más complicitadas entre sí.

BREVE GLOSARIO

A DAVID COOPER

AGENCIAMIENTO:

Noción más amplia que la de estructura, sistema, forma, proceso, etc. Un agenciamiento comporta componentes heterogéneos sea del orden biológico, social, maquínico, gnoseológico, imaginario, etc. En la teoría esquizoanalítica del inconsciente el *agencement* es concebido para hacer frente al 'complejo' freudiano.

ASIGNIFICANTE:

Se distinguirán las semiologías significantes –aquellas que articulan cadenas significantes, y contenidos significados– de las semióticas a-significantes que obran a partir de cadenas sintagmáticas sin engendrarles efecto de significación, en el sentido lingüístico, y que son susceptibles de conectarse directamente con sus referentes en el cuadro de una interacción diagramática. Ejemplo de semiótica a-significante: la escritura musical, los corpus matemáticos, las sintaxis informáticas, robóticas, etc.

ARQUI-ESCRITURA:

Expresión avanzada por Jacques Derrida que emite la hipótesis de una escritura en el fondo del lenguaje oral. Esta escritura de huellas, de marcas conservándose en espacios de inscripciones, sería lógicamente anterior a las oposiciones tiempo y espacio, significado y significante. El esquizo-análisis objeta en esta concepción su visión demasiado totalizante, demasiado 'estructuralista' de la lengua.

BLOQUE:

Término cercano al de agenciamiento. (Introducido con la noción de 'bloque de infancia' en *Kafka. Pour une littérature*

mineure. Deleuze, G/Guattari, F. París, de Minuit, 1975). No se trata de complejos infantiles, sino de cristalizaciones de sistemas de intensidades que atraviesan los estados psicogenéticos y susceptibles de operar a través de los sistemas perceptivos, cognitivos, afectivos más diversos. Ejemplo de bloque de intensidad: las '*ritournelles*' [cantinelas] musicales de Proust, "la pequeña frase de Vinteuil".

CORTE:

Las máquinas deseantes son caracterizadas con sistemas de cortes de flujo. En el *Anti-Edipo* de Deleuze/Guattari el término de corte es inseparable del de flujo.

Connecticut! Connect I Cut!, grita el pequeño Joey de Bettelheim.

CODIFICACIÓN/SOBRE-CODIFICACIÓN:

La noción de código está empleada en una acepción muy amplia; puede concernir a los sistemas semióticos, tanto a los flujos sociales como a los materiales: el término de sobrecodificación corresponde a un código en segundo grado. Ejemplo: sociedades agrarias primitivas que funcionan según su propio sistema de codificación territorializado, son sobrecodificadas por una estructura imperial, relativamente desterritorializadas, que les impone su hegemonía militar, religiosa, fiscal, etc.

CUERPOS SIN ÓRGANOS:

Noción tomada por Gilles Deleuze a Antonin Artaud para marcar el grado cero de las intensidades. La noción de cuerpos sin órganos, a diferencia de la noción de pulsión de muerte, no implica ninguna referencia termodinámica.

DEVENIR:

Término relativo a la economía del deseo. Los flujos de deseo proceden por efectos y devenires, independientemente del hecho de que ellos puedan ser o no atribuidos a personas, imágenes, identificaciones. Así, un individuo, antropológicamente etiquetado de masculino, puede estar atravesado de devenires múltiples y, en apariencia, contradictorios: devenir

femenino coexistente con un devenir niño, un devenir animal, un devenir invisible, etc. Una lengua dominante (una lengua que opera sobre un espacio nacional) puede estar localmente conectada en un devenir minoritario. Ella será calificada de lengua menor. Ejemplo: el dialecto alemán de Praga utilizado por Kafka (Waganbach, Klaus. *Franz Kafka.* París, Mercure de France, 1967.).

ENUNCIACIÓN COLECTIVA:

Las teorías lingüísticas de la enunciación centran la producción lingüística en sujetos individuados, aunque la lengua, en esencia, sea social y sea, por otra parte, conectada diagramáticamente sobre las calidades contextuales. Más allá de las instancias individuales de la enunciación conviene poner al día lo que son los "agenciamientos colectivos de enunciación". 'Colectivo' no debe ser comprendido aquí solamente en el sentido de una agrupación social; el colectivo implica también la inclusión de diversas colecciones de objetos técnicos, de flujos materiales y energéticos, entidades in-corporales y de idealidades matemáticas, estéticas, etc.

ESQUIZIOS:

Sistema de corte que no implica interrupción de un proceso. El esquize contiene un *nuevo capital de potencialidad.*

ESQUIZO-ANÁLISIS:

En tanto que el psicoanálisis partía de un modelo de psiquis, fundado sobre un estadio de la neurosis, centrado sobre la persona y las identificaciones, obrando desde las transferencias y la interpretación, el esquizo-análisis se inspira más bien en pesquisas basadas en la psicosis; *rechaza, plaga y/o encajona el deseo, los sistemas personológicos*; niega eficacia a la transferencia y a la interpretación.

FLUJOS:

Los flujos materiales y semióticos 'preceden' a los sujetos y a los objetos: el deseo, como economía de flujo, no es entonces primero subjetivo ni representativo.

Grupo-sujeto Producción de subjetividad:

La subjetividad no está aquí considerada como cosa en sí, esencia inmutable. Tal o cual subjetividad existe según el o los 'agencement' de enunciación que la produzca o no (Ejemplo: el capitalismo moderno a través de los medios de comunicación y de los equipamientos colectivos, produce un nuevo tipo de subjetividad en gran escala). Detrás de la apariencia de la subjetividad individual conviene describir lo que son los verdaderos procesos de subjetivación.

Los grupos-sujetos son opuestos a los grupos sometidos. Esta oposición implica una referencia *micro-política*: el grupo sujeto tiene por vocación manejar, en la medida de lo posible, su relación con determinaciones exteriores y a su propia ley interna. El gran sometido, al contrario. tiende a ser manipulado por todas las determinaciones exteriores y a ser dominado por su propia ley interna (super-ego).

Imaginario fantasma:

En la medida en que el imaginario y el fantasma no están más en posición central en la economía del deseo del esquizoanálisis, estas instancias deberán ser re-compuestas en el seno de nociones tales como agenciamiento. bloque, etc.

Interacción semiótica y diagramatismo:

Diagrama: expresión tomada de Pierce, Charles Sanders. "Principles of Philosophy, Element of Logic" en *Collected papers*. Belknap Press Harvard.

Este autor clasifica los diagramas entre los íconos; habla de ellos como "íconos de relación". Las interacciones diagramáticas o interacciones semióticas, en la terminología presente, se oponen a las redundancias semiológicas. Los primeros hacen trabajar los sistemas de signos directamente con las realidades a las cuales ellos se refieren. mientras que los segundos no hacen más que representar, dando equivalentes sin enganches operativos. Ejemplo: los algoritmos matemáticos, los planes tecnológicos, las programaciones informáticas participan directamente en el proceso de formación de su objeto, mientras que una imagen publicitaria nos dará sólo una representación extrínseca (pero ella está siendo productora de subjetividad).

Máquina (y maquínico):

Se distinguirá aquí la máquina de la mecánica. La mecánica está relativamente cerrada sobre sí misma y mantiene relaciones perfectamente codificadas con los flujos exteriores. Las máquinas, consideradas en sus evoluciones históricas, constituyen, por el contrario, un *phylum* comparable a los de las especies vivientes. Se engendran en forma recíproca, se seleccionan, se eliminan, haciendo aparecer nuevas líneas de potencialidad. Las máquinas, en un amplio sentido, es decir, no sólo las máquinas técnicas, sino también las máquinas teóricas, sociales, estéticas, etc., no funcionan jamás de manera aislada, sino por agregados o por agenciamientos. Una máquina técnica, por ejemplo, en una fábrica, está en interacción con una máquina social, una máquina de formación, una máquina de investigación, una máquina comercial, etc.

Molecular molar:

Los mismos elementos que existen en los flujos, estratos o agenciamientos, pueden ser organizados de una manera molar o molecular. El orden molar corresponde a las estratificaciones que delimitan objetos, sujetos, representaciones y sus sistemas de referencia. El orden molecular, al contrario, es el de los flujos, de los 'devenires', de las transiciones de frases, de las intensidades. Esta travesía molecular de los estratos y de los niveles, operadas por las diferentes clases de agenciamientos será llamada *transversalidad*.

Objeto pequeño 'a':

Término propuesto por Lacan en el marco de una teoría generalizada de los objetos parciales del psicoanálisis. El *objeto pequeño 'a'* es una función que implica el objeto oral, el objeto anal, el pene, la mirada, la voz, etc. A este 'pequeño objeto a' lacaniano yo había sugerido a su autor, adjuntarle *objetos pequeños 'b'*, correspondientes a 'los objetos transicionales' de Winnicott, y los *objetos pequeños 'c'* a los *objetos institucionales*.

Personológico:

Adjetivo para calificar las relaciones molares en el orden subjetivo. El acento puesto sobre el rol de personas, de

identidades y de identificaciones, caracteriza las concepciones teóricas del psicoanálisis. El edipo psicoanalítico pone en juego personas, personajes tipificados; reduce las intensidades, proyecta el nivel molecular de los investimientos sobre un teatro personológico, es decir, sobre un sistema de representaciones cortado de la producción deseante real (expresión equivalente: triangulación edíptica).

PHYLUM:

Término que proviene de la biología y de la zoología. Se refiere a un linaje de formas vivientes provenientes de un mismo origen, sucediéndose por filiación. Un Phylum puede ser más o menos vasto, contar con más o menos ramificaciones, según el punto de partida que se considere.

PLAN DE CONSISTENCIA:

Los flujos, los territorios, las máquinas, los universos de deseos, cualquiera sea su diferencia de naturaleza se relacionan al mismo plan de consistencia (o plan de inmanencia que no debe ser confundido con un plan de referencia); en efecto, estas diferentes modalidades de existencia de los sistemas de intensidad no exaltan idealidades trascendentales, sino procesos de creación y de transformación reales.

POLÍTICA DEL SECTOR:

A partir de 1960, los poderes públicos en Francia, apoyándose en las corrientes progresistas de la siquiatría institucional, quisieron hacer salir la siquiatría de los grandes hospitales psiquiátricos represivos. Se pretendía, entonces, aproximar la siquiatría a la ciudad. Esto condujo a la creación de lo que se ha llamado equipamientos extra-hospitalarios: dispensarios, hogares, talleres protegidos, hospitales diurnos, visitas a domicilio, etc. Esta experiencia reformista ha transformado el aspecto social exterior de la siquiatría, sin llegar a plantearse en la práctica una praxis de desalienación. Se han miniaturizado los equipamientos psiquiátricos; no se han cambiado fundamentalmente las relaciones de segregación y de opresión.

PROCESO:

Sucesión continua de hechos u operaciones que pueden terminar en otra sucesión de hechos y de operaciones. El proceso indica la idea de una ruptura permanente de los equilibrios establecidos. El término no está empleado aquí en el sentido en que la siquiatría clásica habla del proceso esquizofrénico, que implica siempre la llegada a un estado terminal.

Está próximo, por el contrario, de lo que Ilya Prigogine e Isabelle Steigers llaman "los procesos disipativos" (Prigogine, I./Steigers, I. *La Nouvelle Alliance, metamorphose de la science, 1*. París, Gallimard, 1980, pág. 152).

PRODUCCIÓN DESEANTE:

(Economía deseante.) A diferencia de la concepción freudiana, el deseo no está asociado a la representación. Independientemente de las relaciones subjetivas e intersubjetivas, está directamente en posición de producir sus objetos y los modos de subjetivación que les corresponde.

REDUNDANCIA:

Este término ha sido forjado por los teóricos de la comunicación y por los lingüistas. Se llama redundancia a la capacidad inutilizada de un código. Gilles Deleuze en *Différence et Répétition*, PUF, 1969, distingue la repetición compleja, siempre que esta última no se deje reducir a una repetición mecánica o material.

Aquí se encontrará igualmente la oposición entre redundancias significantes, cortadas de toda conexión con la realidad, y redundancias maquínicas, productivas de efectos sobre lo real.

RIZOMAS, RIZOMÁTICO:

Los diagramas arborescentes proceden por jerarquías sucesivas, a partir de un punto central, en donde cada elemento local vuelve a ese punto de origen.

Al contrario, los sistemas en rizomas o en *enrejados abiertos* pueden derivar al infinito, establecer conexiones transversales sin necesidad de centrarlos o cerrarlos. El término rizoma ha sido obtenido de la botánica, donde define los sistemas

de tallos subterráneos, de plantas vivaces que emiten botones y raíces adventicias en su parte inferior (Ejemplo: rizoma del lirio).

SOCIUS:

Noción que comprende las múltiples formas de interacción dentro de una comunidad, grupo, familia. El *socius* es la instancia básica de la socialidad, el organismo resultante de la interacción social desde sus formas más elementales (amistad, pareja, etc.) hasta las más complejas (sociedad global).

TERRITORIALIDAD. DESTERRITORIALIZACIÓN. RETERRITORIALIZACIÓN:

La noción de territorio es entendida aquí en un sentido muy amplio, que desborda el uso que se hace en etología y en la etnología. El territorio puede ser relativo a un espacio vivido, tanto como a un sistema percibido en el seno del cual un sujeto se "siente en casa". El territorio es sinónimo de apropiación, de subjetivación cerrada sobre ella misma. El territorio puede desterritorializarse, es decir, abrirse, implicarse en líneas de huída, partirse en estratos y destruirse. La reterritorialización consistirá en una tentativa de recomposición de un territorio comprometido en un proceso desterritorializante.

El capitalismo es un buen ejemplo de sistema permanente de reterritorialización: las clases capitalistas intentan constantemente rescatar los procesos de desterritorialización en el orden de la producción y de las relaciones sociales. Intenta así adueñarse de todas las pulsiones procesales (o *phylum* maquínico) que trabajan la sociedad.